

Robin Hood



EDICIONES PEUSER

ROBIN HOOD

ILUSTRACIONES DE
MANUEL UGARTE



INDUSTRIA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Derechos reservados - Hecho el depósito que marca la ley 11723

BIBLIOTECA "JOSE M. ESTRADA"
ESCUELA N° 18 - SAN MARTIN



ROBIN HOOD

TRADUCCION Y ADAPTACION POR E. M.
DEL TEXTO HOMONIMO INGLES

NATURA 87

B612

EDICIONES PEUSER - BUENOS AIRES

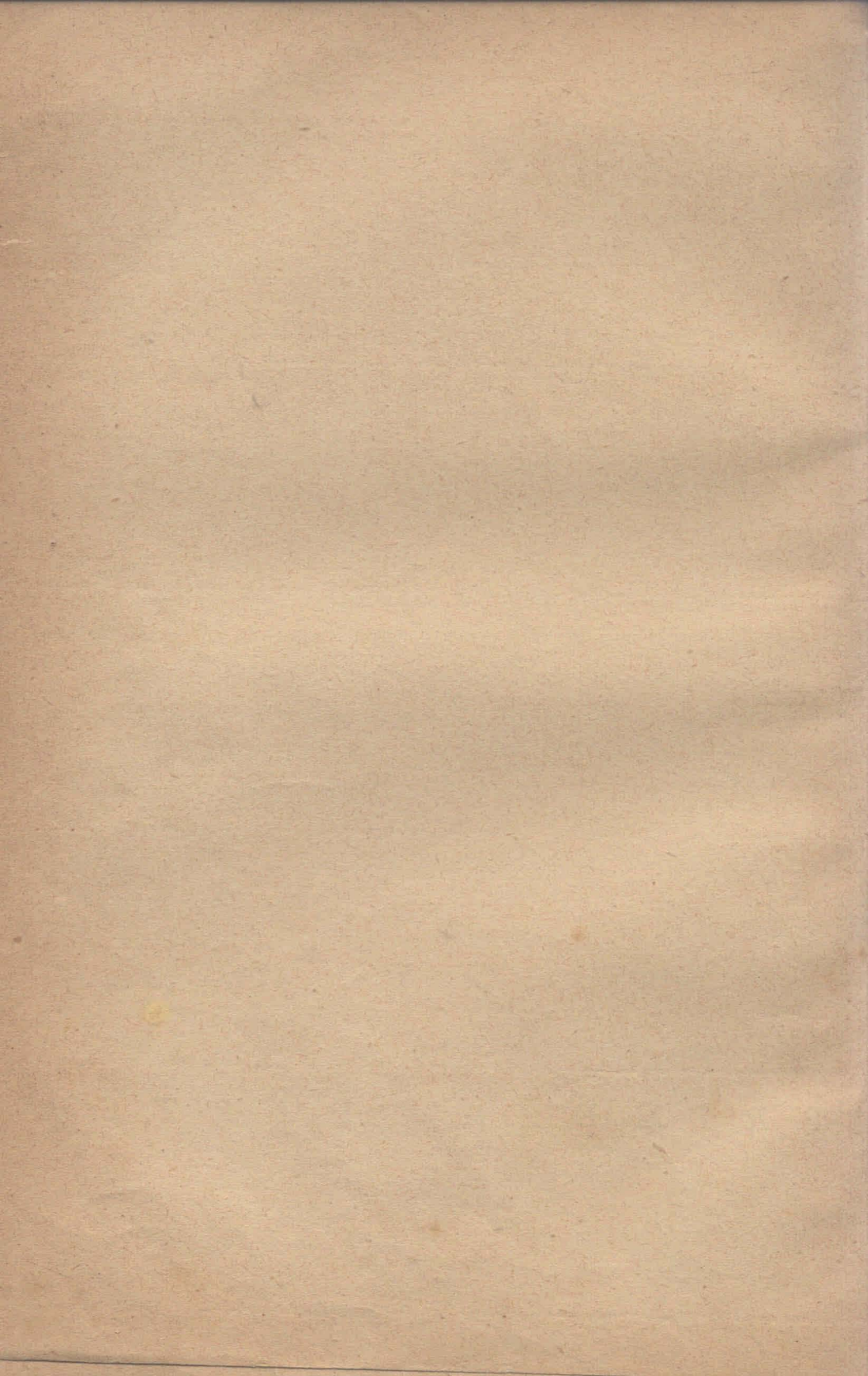
ENTARIO

SIGNATURA Bf

R61

INVENTARIO EJ 1

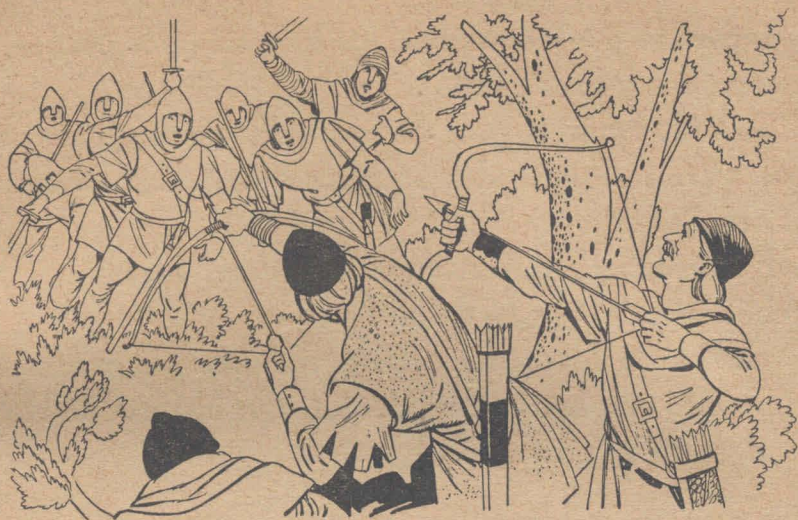
P R I M E R A P A R T E



5-10

Nº 26





I

Introducción a la leyenda

Hacia la mitad del siglo XII reinaba en Inglaterra Ricardo I, conocido por el sobrenombre de Corazón de León.

En aquel tiempo resonaba a menudo en los bosques de Huntingdon, en Inglaterra, el grito de: "¡Robin Hood!... ¡Robin Hood!... Era un grito que hacía estremecer hombres y plantas. Un grito deseado y temido.

Deseado por los buenos, los honestos, los pobres, los perseguidos y los abandonados.

Temido como el peor de los males por los malvados, ricos o pobres, por todos aquellos que causaban daño a sus semejantes.

Robin Hood, que en inglés significa “capucha”, “capuchón”, era el apodo de un hombre.

Cuenta la leyenda... Pero vamos a ser ordenados, y para ello empezaremos a contaros la historia de Robin Hood desde el principio.

II

Las ocho hadas

En los bosques de Huntingdon, en Inglaterra, había un castillo de elevadas torres y muros imponentes, erigidos sobre una roca, a orillas del mar que baña este país.

En este castillo reinaba gran alegría: la cigüeña acababa de traer un precioso niño, pequeño y rosado, que ahora, después de un largo viaje, descansaba en una cuna llena de puntillas, mecido por muchas doncellas de la corte de su padre, el conde de Huntingdon.

En aquellos tiempos, las hadas vivían en la imaginación de la gente; pero cuando la religión cristiana comenzó a hacerse más fuerte y los caballeros marcharon en Cruzadas a la Tierra Santa, en Palestina, para rescatar el Santo Sepulcro, que estaba en poder de los musulmanes, las hadas tuvieron que retirarse para siempre y resolvieron, aconsejadas por el hada Morgana, regalar

sus dones a un niño recién nacido antes de abandonar este mundo.

La casualidad hizo que eligieran a nuestro pequeño Robin, primer hijo del conde de Huntingdon, de Sherwood.

Allá se dirigieron nuestras hadas; cada una tenía un don precioso y muy valioso para nuestro pequeñín.

La primera le dió belleza; la segunda, inteligencia; la tercera, bondad; la cuarta, valor; la quinta, nobleza de corazón; la sexta, lealtad; la séptima, abnegación, y la octava le dió astucia; pero como tenía mucha para regalar y le parecía que una persona demasiado astuta sería más bien peligrosa que benéfica para la humanidad, decidió entregar parte de su don a otro niño que, justamente la misma noche, había llegado a casa de un mercader de la vecina ciudad de Nottingham.

Pero, leyendo con atención esta historia tan bonita, veremos que si la astucia no va acompañada por la bondad y por la nobleza de corazón, no se puede triunfar, y siempre sale triunfante el hombre bueno, honesto, inteligente y leal.

Así es como las hadas se retiraron para siempre de estas tierras de raras creencias y quedó nuestra fe, la verdadera: la fe cristiana.

Nuestro Robin creció con todas las cualidades recibidas de las buenas hadas.

Sus padres eran muy amigos de los condes de Fitz-

walter, quienes tenían una hija llamada Mariana, que era la alegría de sus padres y compartía los juegos de Robin. Ambos recibían la misma educación: eran muy estudiosos y cultos; cabalgaban y manejaban el arco con una maestría pocas veces vista. Así pasó la primera juventud de Robin y Mariana, llena de alegría y de despreocupación, ya que provenían de familias nobles y ricas y no tenían que luchar, como tantos otros niños.

Pero nunca sabemos lo que el destino nos reserva y, así, nuestros protagonistas, trazando planes para un futuro que se presentaba bajo tan buenos augurios, no sabían que pronto todo cambiaría.

III

La huída de Robin

Se preparaba la boda de nuestro ya conocido Robin con Mariana, cuando sobrevino una gran adversidad.

Ricardo Corazón de León se marchó con sus caballeros a las Cruzadas, en Palestina. Juan Sintierra, su hermano, quedó como rey en su lugar; lo llamaban así porque a él no le había tocado en herencia ninguno de los estados que componían el gran reino de Ricardo Corazón de León. El rey Juan era malvado y envidiaba el renombre y la bondad de su hermano. Hacía todo lo posible para obtener la ayuda de los normandos y sabiendo que con dinero podría lograr sus propósitos, no vacilaba en robar a cuantos podía.

En esas circunstancias, el padre de Robin cayó en desgracia y murió. Robin huyó a esconderse en los bosques de Sherwood, donde lloró amargamente su triste destino. Buscando la manera de hacer saber a su bien

amada el lugar donde se encontraba, tuvo cierto día un feliz encuentro con un pastor que se encargó de llevar él mismo a Mariana una carta en la cual Robin le devolvía la promesa de casamiento, creyendo no tener ya derecho a esperar que ella compartiese su vida aventurera.

El mismo pastor iba de lugar en lugar, buscando a los caballeros que se encontraban sin hogar y sin fortuna, como Robin. Bien pronto se vió éste rodeado de jóvenes que llevaban como él, una vida de sufrimientos; juraban no dejarlo nunca y eran felices con poder servir al hijo del hombre más honrado que había existido en toda la comarca. Estos hombres acudían de todos lados y se quedaba muy contentos junto al desdichado Robin.

IV

La selva de Sherwood

En los primeros tiempos, la vida en el bosque transcurría sosegada y alegre. Era verano y todo parecía más hermoso; el aire era fresco y tenían fruta y caza en abundancia. Pero llegó el otoño, y más tarde el invierno. Las noches se hacían largas y el frío más intenso.

Sus vestidos empezaban a gastarse y el viento se colaba por todos lados en sus rústicas viviendas. Pero se las compusieron construyendo amplias y buenas chimeneas que difundían un agradable calorcito en las chozas que constituyeron desde entonces sus palacios.

Pero cuando nuestros amigos tenían que salir con sus trajes desgarrados, tiritaban de frío. Entonces Robin decidió que alguno fuese a la ciudad en busca de abrigo para poder pasar el invierno, tan duro para ellos. Ninguno de los valientes que acompañaban a nuestro Robin

tenía valor para ponerse en viaje, por miedo de perder su cabeza, ya que todas habían sido puestas a precio.

Nuestro Robin dijo entonces: "Iré yo mismo, disfrazado de mendigo". Y no le costó mucho trabajo conseguir el disfraz: con sus vestidos en jirones parecía verdaderamente un mendigo de los más míseros, y así, como un pordiosero, Robin Hood entró en la ciudad con algunas monedas recibidas en el camino y con el cansancio que es de imaginar, a causa del largo viaje y del intenso frío.

Tenía mucha fe, sabía que Dios no lo dejaría caer en las manos de los ladrones que habían provocado la muerte temprana de sus padres y su desgracia.

V

El mercader y la alfombra

En esa ciudad vivía un mercader que era muy malo y tenía relaciones con los peores ladrones de la ciudad. Era conocido por su gran astucia y no había persona que pudiera salvarse de sus malas artes una vez caída en sus manos.

Este mercader tenía la misma edad que nuestro héroe, y si nuestros pequeños lectores recuerdan bien el principio del cuento comprenderán que este individuo no era otro que el niño del mercader a quien la menor de las hadas había regalado la astucia que le sobraba.

Robin entró en el comercio del mercader y eligió vestidos para todos sus compañeros. Como no tenía dinero suficiente, pensaba cómo arreglárselas para salir con toda esa ropa sin pagar nada.

Con esta preocupación, echó una mirada a su alrededor y, al pronto, no quiso dar crédito a sus ojos. Allí, cerca de él, había una alfombra grande, lindísima. Era un tapiz maravilloso. Ahora lo recordaba muy bien; su padre lo había traído de Persia a su regreso de una de

las Cruzadas. Robin había jugado muchas horas con Mariana sobre ese tapiz. Sus ojos se llenaron de lágrimas que empezaron a correr por sus mejillas. Veía al mercader como a través de una bruma. En la garganta se le hizo un nudo que le impidió hablar por algunos momentos. Le parecía ver a su madre, alta, rubia, buena y suave como un hada, avanzando hacia él sobre el tapiz y diciéndole sonriente:

—Hijo mío, no te aflijas. Ya estás en salvo; yo me quedaré a tu lado...

Pero, bruscamente, la voz arrogante del mercader le hizo volver a la realidad y comprender que soñaba... La hermosa visión que había tenido por unos momentos ante sus ojos, se desvaneció.

—Bien, joven, ¿te llevas todo y me pagas treinta libras?

—¿Cuánto has dicho, mercader? —preguntó Robin—. ¿Treinta libras? Yo te doy todo lo que tengo. Son sólo unas monedas; el resto te lo pagaré mañana o pasado, cuando tenga el dinero suficiente.

—¡Oh, no, joven! Aquí no se vende al fiado. O me pagas en seguida, o no te llevas la mercadería.

—Cómo, ¿no te fías de mí? —preguntó Robin.

—No, buen hombre, yo no me fío de nadie.

—Es curioso, mercader, lo que aseguras. Entonces, ¿cómo es que tienes una alfombra que pertenecía a una noble familia que yo conozco? Los bienes de esta fami-

lia fueron confiscados y ese tapiz — supongo que tú lo sabes muy bien — tendría que estar en otro lugar y no aquí.

—¿Qué quieres decir con esas palabras?

—Nada más que lo que has oído, mercader. Esa alfombra es robada; no te pertenece y tendrías que devolverla, probablemente, junto con muchas cosas que veo por acá — y paseó su mirada en derredor.

El comerciante se asustó. No le gustaban estas palabras, y menos aún ese joven que parecía tan astuto. Tenía miedo; sabía cuántas cosas robadas había comprado y no quería tener complicaciones. Se le ocurrió que el muchacho era un empleado del rey, disfrazado, y ello le sobresaltó. Si lo denunciaba, el rey, sin duda, lo haría ahorcar. ¡Y tenía tantas ganas de vivir!

Entonces dijo:

—Querido amigo, ¿cómo sabes que esa alfombra es robada?

A lo que contestó nuestro hombre con voz insinuante:

—La conozco, mercader, y justamente estoy buscando muchas otras cosas que veo por acá.

El mercader, cada vez más asustado, le suplicó:

—Escucha, señor: si no me denuncias te regalo, además de la alfombra, los trajes que me pediste.

Viendo el comerciante que Robin callaba, y suponiendo que estaba desconforme con el ofrecimiento, prosiguió:

—Te daré también dos barriles de vino.

Robin estaba tan sorprendido por las palabras del mercader, que no sabía qué contestarle.

—También te daré tres sacos de la mejor harina blanca que tengo.

—¿Cómo podría yo llevar sobre mis espaldas todas estas cosas? —preguntó Robin.

—Te ruego —repuso el mercader— que aceptes también aquel caballo negro que está delante de la tienda, y que me pertenece. Así podrás llevar fácilmente todo, sin cansarte. Siempre, naturalmente, que no me denuncies al rey.

Robin reflexionó unos instantes y después, fingiendo piedad por el pobre mercader, dijo:

—Bien; el asunto está arreglado, pero ten cuidado con otras compras, mercader. La próxima vez quizá no tengas tanta suerte.

Vemos, pues, que entre astutos siempre sale ganancioso el bueno y el honesto y nunca el mentiroso y malo.

Robin se llevó todo; y cuando llegó cantando y silbando a su refugio del bosque, la alegría fué muy grande. Ahora había ropa para todos. Abrigos calentitos, comida, vino. En su choza colmada colocó Robin la alfombra sobre la cual descansaría de allí en adelante soñando con sus padres, con la amada Mariana — a la cual no podía olvidar en ningún momento — y con todas las lindas cosas del pasado.

VI

Los primeros contactos con los animales de la selva

A fuerza de vivir en la selva, Robin comenzó a conocer y a tratar a todos los animales que la habitaban. Comprendía lo que ellos expresaban en su peculiar lenguaje y ellos, a su vez, parecían comprenderlo. Los pájaros que revoloteaban a su alrededor lo acompañaban durante leguas y leguas y le cantaban hermosas canciones.

Puesto que en aquel entonces no existían otros relojes que los de sol o los de arena, o bien los de agua, llamados clepsidras, que evidentemente no podían estar al alcance de nuestro Robin en la profunda selva, éste se servía del canto de las diferentes aves para medir el tiempo. Después de algún tiempo y de tan íntimo contacto con tan simpáticos animalitos, había observado que al alba cantaba un tipo de pájaro, un poco más tar-



de, otro, y así durante todo el día; a cada hora un pájaro distinto dejaba escuchar su voz. De este modo Robin no se equivocaba en absoluto en cuanto al tiempo.

Además, para llevar el cálculo de la duración de la proscripción en la selva, señalaba en un vetusto árbol, con tajos de diferente longitud, los días, semanas, meses y años.

De entre todos los animales del bosque de Sherwood, Robin quería de especial modo al alce real, con el cual parecía tener largas charlas. Entre los dos había gran afinidad y hablaban un lenguaje que sólo ellos entendían: el alce movía las orejas, los ojos, el hocico y la cabeza, y Robin emitía sonidos truncos y monosilábicos...

Robin aprendió con el tiempo a caminar con el paso majestuoso de su amigo el alce, el cual le servía de guía por los intrincados senderos del bosque y le abría paso con su hermosa cabeza coronada de cuernos. El noble animal, que tenía un olfato muy fino, le avisaba del peligro cuando éste todavía estaba lejos.

Le enseñó a refugiarse en la selva y a esconderse detrás de los imponentes árboles cuando los esbirros del rey lo perseguían.

Así pasaron días, semanas y meses.

VII

Formación de la banda de Robin y juramento de su propia ley

Muchas aventuras tuvo nuestro Robin, pero sólo algunas han llegado hasta nosotros, transmitidas verbalmente de abuelos a nietos. Se iniciaron estas leyendas, probablemente, con el relato de algún descendiente de los compañeros de Robin.

De estos cuentos, algunos serán auténticos; otros, con el tiempo, se han modificado o, tal vez, fueron inventados, o si refieren sucesos de verdad, no fueron siempre aventuras de Robin, sino de algún otro héroe y a él atribuídas.

Como dijimos, Robin vivía la mayor parte del tiempo en los intrincados rincones de la selva, y en el curso de los días aprendió a conocerla como ningún otro. Una vez en la floresta era invulnerable y nadie hubiera podido sacarlo de allí o hacerle daño alguno.

Sin embargo, a veces, Robin, solo o con su pandilla, abandonaba su reino para recorrer campos y ciudades, villorrios y castillos. Por donde pasaba, siempre quedaba por largo tiempo el eco de sus hazañas. En ocasiones se trataba de acudir en socorro de perseguidos por los señores normandos; otras, de castigar abusos de éstos contra el pueblo indefenso o contra los señores sajones que habían sido desterrados y cuyos bienes y castillos habían sido confiscados.

Robin Hood, en quien se concentraban todas las virtudes que hemos enunciado al principio de este cuento — virtudes heredadas de sus antepasados y regaladas por las hadas —, había sido propuesto ser el abanderado de las mismas y mantener siempre y en cualquier ocasión el alto concepto de la fe cristiana. Sus excepcionales cualidades de gentilhombre de buena cepa hacían que todos los hombres que se le habían unido lo venerasen como al jefe cuyas órdenes no se discutían.

Cierto día llamó a asamblea a todos sus hombres y les expuso la necesidad de adoptar un código de honor, una ley que fuera igual para todos y a la que todos hubieran de amoldarse y obedecer ciegamente. Los principios de esta ley consistían en la fe en Cristo, el amor al prójimo, la aplicación de la justicia y del bien, la defensa de los perseguidos y el castigo de los malvados.

—Amigos míos — dijo Robin —, queridos camaradas: en nombre de Dios, vamos a constituir una banda fuera

de la ley, pero no con la misión de hacer el mal, sino el bien. Sólo el bien. Vamos a luchar todos para uno y uno para todos. Ayudaremos a los pobres, a nuestros hermanos los sajones, que ahora trabajan como esclavos para los crueles normandos. Nunca debéis olvidar que tenéis que respetar a la mujer, al niño y al hombre pobre. Sobre esta alfombra que estaba siempre en la sala grande de audiencias, en el castillo de mi padre, os he llamado y os pido que juréis hacer sólo el bien y nunca matar sino en defensa propia.

Después de estas palabras tan enérgicas y decididas, nuestro Robin levantó la mano en señal de juramento, y con él juraron todos sus compañeros, bandidos y proscriptos, por el poder legalmente constituido.

Así quedó organizada una banda al margen de la ley, pero de hombres buenos, animados por el noble propósito de ayudar al prójimo necesitado.

Y después de este juramento, la hueste de Robin fué más que nunca fuerte e invencible, pero también amada y solicitada por los pobres — en cuya ayuda siempre acudía —, así como temida y combatida por todos los malhechores.

Puesto que los hombres de Robin vivían en chozas, grutas o troncos de árboles milenarios, dispersos en el bosque, cuando nuestro héroe los necesitaba los llamaba por medio de un cuerno de caza, que era oído a muchas leguas de distancia y cuyo eco resonaba en toda la selva.

Sólo sus hombres sabían cuál era el sitio donde se efectuaban las asambleas, de modo que, aunque algún extraño a la banda hubiera oído el cuerno, no hubiera encontrado nunca el lugar de reunión. Se llegaba a él a través de estrechos senderos disimulados entre las malezas del bosque, y para mayor precaución nuestros amigos escondían hábilmente la entrada con piedras y árboles. El más sagaz rastreador no hubiera hallado jamás el camino justo. "Gran salón de asambleas" lo llamaban los hombres de Robin y consistía en un gran claro de cerca de media legua, en lo más hondo de la selva, cubierto por árboles tan frondosos que no dejaban filtrar ni una gota de agua cuando llovía. Allí se congregaban cuando los llamaba Robin, discutían sus variados problemas y tomaban las resoluciones del caso.

Claro está que, por razones de seguridad, no permitían acercarse al "gran salón de asambleas" a ninguno que no fuese de los suyos, y para despistar a cualquier curioso o intruso conocían una cantidad de tretas de lo más ingeniosas.

Y para que nuestros lectores puedan formarse una idea sobre la astucia de que solían hacer uso los hombres de Robin, vamos a contarles de qué hábil estratagema se valieron en una ocasión.

VIII

La primera burla de Robin

Ocurrió cierta vez que dos campesinos, al buscar las ovejas que cuidaban y que se habían internado en el bosque, oyeron el cuerno de Robin y trataron de seguirlo para descubrir su refugio y delatarlo luego al alguacil de la ciudad, gran enemigo de nuestro héroe. Cobrarían así la importante suma con que se había puesto precio a su cabeza.

Cuando los hombres de Robin se percataron de las intenciones de los dos campesinos, decidieron prepararles una broma pesada. En efecto, valiéndose del eco — que reproducía innumerables veces el sonido del cuerno, de manera que era imposible averiguar de dónde llegaba — lo hicieron sonar en dos o tres lugares distintos.

Nuestros campesinos seguían el sonido, y ya creían haber llegado al lugar de donde provenía cuando, de repente, lo oían en un lugar completamente opuesto. Así caminaron en la selva leguas y leguas, hasta que cayeron

hambrientos y exhaustos, reconociendo haber perdido las ovejas, el tiempo, el premio y, además, haber sido burlados por los astutos hombres de Robin.

Robin y sus amigos carecían totalmente de las armas utilizadas en aquella época y sólo se servían de arcos y flechas, única que el bosque podía proporcionarles.

Debiendo valerse siempre de la misma arma para la defensa y ofensa y para cazar el venado que les servía de alimento, llegaron a tener tal maestría en su manejo que eran insuperables, además de ser temibles adversarios cuando se presentaba la ocasión.

Prueba del espíritu de broma de nuestros simpáticos amigos y de su destreza como arqueros es la siguiente anécdota:

Un día que en una ciudad cercana, el alguacil — el peor enemigo de nuestro Robin — organizó un torneo de arqueros, todos los hombres de Robin y él mismo tomaron parte, disfrazados de campesinos, burgueses, comerciantes y señores feudales.

Todos los premios los ganaron ellos, naturalmente, con gran asombro de los contrincantes y de los espectadores. El último y más importante premio, constituido por una bolsa de mil escudos, fué ganado por el mismo Robin, que superó sin esfuerzo la difícil prueba.

El alguacil quiso conocer a nuestro héroe, que vestía como un gran señor, y le preguntó su nombre.

— ¡Robin Hood me llamo! — contestóle aquél.



Mas el alguacil, tomándolo en el primer momento a broma, no tuvo reparo en entregarle la bolsa con los mil escudos, felicitándolo por su bravura y requiriéndole nuevamente su verdadero nombre.

Una vez en poder de los sonantes escudos de oro Robin se dió a conocer por quien efectivamente era; al oír el temido nombre todos los presentes quedaron paralizados y mudos, mientras el alguacil gritaba en vano a sus esbirros, con voz enronquecida por la rabia, que prendieran al bandido. Nuestro Robin, aprovechando el pánico y más veloz que una liebre, habíase puesto ya en salvo, siguiendo a sus hombres, que lo habían precedido en su retirada.

Como vemos, era una especialidad de nuestro héroe el hacer objeto de bromas pesadas a quien se lo merecía y nunca escatimaba esfuerzo alguno para dejar mal parado y burlado a algún prepotente.

IX

Robin se hace pasar por mercader

Hacía ya algún tiempo que vivían en el bosque, sin saber nada de lo que ocurría en el mundo, cuando Robin decidió salir en busca de noticias. Con seis hombres se puso en camino hacia Nottingham, la ciudad vecina donde esperaba poder satisfacer su sed de aventuras.

No tardaron en encontrar un hombre armado de un arco, que avanzaba mirando hacia todos lados.

—¿Qué buscas, buen hombre? — preguntó Robin.

—Y tú, ¿quién eres? — interrogó a su vez el desconocido, sin responder a la pregunta que le hiciera Robin.

—Yo soy un mercader — dijo Robin —. De cuando en cuando vengo a pasear por el campo. Mis negocios marchan bien y tengo gente de confianza, de manera que puedo darme el gusto de hacerlo cuando me da la gana.

—¡Qué dichoso! ¡Eres rico! De este modo puedes tener días de ocio y descanso gracias a tu buena fortuna.

—Y tú, ¿no tienes suerte? ¿No tienes dinero? ¿Por qué, entonces, paseas por el campo?

—No — contestó el desconocido —, no soy rico; soy un hombre pobre, pero espero adquirir muy pronto una gran riqueza.

—Cuéntame, buen hombre, ¿cómo es posible, así de repente, llegar a tener tanto dinero?

—Bien. Como eres hombre acaudalado, no tendré para ti ningún secreto: ando en busca de un peligroso bandido por cuya captura me han prometido quinientas libras.

—¿Cómo se llama ese bandido?

—Robin Hood — contestó el viajante.

—¿Robin Hood? ¿Y conoces a ese bandido? ¿Cómo piensas prenderlo? ¿Sabes dónde se oculta?

—No. Por desgracia, no sé dónde se oculta, pero lo estoy buscando y creo que está escondido en la selva de Sherwood.

—Bien — dijo Robin —. Entonces yo te ayudaré. Conozco a ese bandido y sé dónde se encuentra ahora; yo te conduciré a su escondrijo. Pero primero vayamos a Nottingham. Allá tengo mis negocios y te puedo ayudar en mucho, pues conozco a casi todas las gentes de buena posición.

Y ambos, como si fueran viejos amigos, se pusieron en marcha, camino de la ciudad. Frente a una cervecería, Robin dijo a su nuevo amigo:

—¿Qué te parece si entráramos? Tengo sed y hambre.

—¡Muy bien! — asintió el otro —. Yo también tengo mucho apetito.

Entraron, pues, pidieron jamón, huevos y pan y bebieron tanta cerveza a la salud de Robin Hood, quien haría la futura fortuna del pobre hombre, que éste terminó por caer bajo la mesa completamente dormido.

Entonces Robin salió a la calle muy satisfecho de haber comido y bebido abundantemente a expensas del incauto y por la burla que le hiciera. Por la noche fué en busca de las noticias que necesitaba. Ya tarde, se internó en el bosque, donde lo esperaban sus seis hombres.

X

Las cuatro manzanas

Una tarde, volviendo al bosque de regreso de una excursión por la ciudad vecina, encontró sentado sobre un tronco a un joven campesino, que parecía cansado y triste. Robin se le acercó y le preguntó:

—¿Qué te ocurre, buen hombre? ¿Qué haces aquí?

El interrogado levantó la cabeza, miró a su interlocutor y respondió:

—¡Oh, señor! Estoy muy triste, porque me encuentro en un grave aprieto del que no sé cómo salir.

—¿Es posible — exclamó Robin — que a tu edad y buen mozo como eres tengas un problema tan grave que no puedas resolverlo? Explícame eso.

—Escúchame, señor — contestó el campesino —, y cuando te haya referido mi historia quedarás tan perplejo como lo estoy yo ahora.

—Bien — dijo Robin —; cuéntame y veremos.

—Señor — comenzó tristemente el joven —, mi madre, que es ya viejecita y me ha cuidado con todo el amor y solicitud con que puede cuidar la madre más amante a su hijo, quiere que otra mujer joven y bonita se case conmigo para que, cuando ella ya no esté en este mundo, tenga yo a mi lado quien me cuide y asista.

—Todavía no veo — dijo nuestro buen Robin — dónde está ese gran problema. Porque en tal situación se encuentran, tarde o temprano, todos los hombres.

—Sí, señor, pero no todos los hombres se ven en el trance que me veo yo. Tengo que elegir entre cuatro bonitas muchachas: las cuatro me gustan infinitamente; las cuatro me quieren y cada una de ellas aspira a ser mi esposa.

Robin quedó silencioso, no ocurriéndosele al pronto qué solución podría sugerir al campesino.

Permaneció pensativo largo rato, al cabo del cual, volviéndose hacia el campesino, le dijo:

—Buen hombre, creo haber encontrado la manera de solucionar tu problema. Vuelve a tu casa y prepara una buena comida, a la cual convidarás a las cuatro muchachas. Al final de la misma ofrecerás a cada muchacha una manzana, no olvidando poner al lado de cada plato un tenedor y un cuchillo. Yo, sin ser visto, observaré cómo comen la manzana y después te diré cuál es la muchacha que te conviene.

—Encantado con tu propuesta, señor — respondió

el joven —, pero quisiera que tú también aceptaras la invitación de comer junto con nosotros.

—Bien, acepto —repuso Robin—. Estoy dispuesto a ir esta noche a tu casa, y así, después de la cena, tu madre sabrá con quién te habrás de casar.

Llegada la noche, Robin se dirigió a casa del preocupado campesino. Estaba contento de hacer un favor a la anciana, al campesino, a una de las cuatro muchachas y también a sí mismo, pues se le ofrecía una espléndida comida.

A la hora convenida llegaron las cuatro muchachas, ataviadas con sus mejores trajes, compuestas con el máximo cuidado y cada una más bonita que la otra. Hasta el buen Robin, tan astuto e inteligente, estaba perplejo ante la dificultad de la elección.

Al final de la comida, que transcurrió muy agradablemente, el campesino ofreció a cada muchacha, como había convenido con Robin, una manzana. Entonces Robin se dispuso a observar atentamente el comportamiento de las jóvenes.

La primera cortó la manzana en cuatro porciones, comió una y dejó las otras tres en el plato.

La segunda también la cortó en cuatro partes y la peló de manera que junto con la cáscara quedó más de la mitad de la manzana.

La tercera, con una mueca de disgusto, dejó a un lado la manzana diciendo:

—Yo no como esa fruta; no me gusta.

Por fin, la cuarta muchacha cortó cuidadosamente en cuatro partes la manzana, la peló despacito, despacito, con mucho cuidado para no desperdiciar nada de la pulpa, y luego la comió toda con buen apetito, saboreándola como si se tratara de un manjar.

—Joven campesino —dijo entonces Robin—, ésta es la muchacha para ti, y te voy a explicar el porqué. Como has visto, la primera no sabe hacer economías, pues tiró tres cuartas partes de la manzana, comiendo una sola. La segunda no es prolija, porque dejó una cáscara muy gruesa, desperdiciando gran parte de la fruta. La tercera es vanidosa, porque un fruto simple, sano y barato, lo cree indigno de ella, que quiere frutas exóticas y caras, que no están a su alcance. Por el contrario, la cuarta posee todas las cualidades que faltan a las demás y que debería tener toda buena esposa: es cuidadosa, serena, sana y siempre está alegre y de buen humor; sabe gustar de las delicias sencillas que le ofrece la vida. Cásate con ella, amigo mío, y vivirás siempre feliz.



XI

Presentación de Guy de Gisborn y sus compinches

Y ahora, ya ilustrado el lector por esta anécdota sobre la sabiduría de Robin Hood, tenemos que presentar uno a uno los varios personajes que figuran en esta historia. Estos personajes a veces nos serán simpáticos, porque desde ya nosotros — y ustedes también, amables lectores — nos hemos puesto a favor de Robin Hood; otras veces nos serán odiosos, pero no por eso podemos eximirnos de presentarlos. Vamos a empezar por estos últimos.

Los enemigos de nuestro Robin eran muchos, pero introduciremos sólo a los más importantes y a los que más a menudo tendremos que citar en el curso de este cuento.

Guy de Gisborn, acérrimo enemigo de Robin porque había sido objeto de muchas de sus burlas, era hombre de armas, orgulloso y feroz, especialmente cuan-

do se encontraba frente a los débiles o a los desarmados. Era también valiente cuando debía luchar contra hombres de su misma condición y fuerza. Este Guy de Gisborn administraba varias tierras confiscadas a nobles señores sajones y, en particular, a nuestro amigo.

En estas tierras el brutal señor hacía y deshacía a capricho, pues no debía rendir cuenta de sus acciones a nadie sino al rey Juan Sintierra, que lo había puesto en posesión de estos feudos.

Sus tierras estaban a poca distancia de la floresta donde vivía Robin. Fué así como cierto día, en una de sus incursiones por campos y poblados cercanos a la selva, Robin se encontró con un esclavo que trataba de ocultarse detrás de unos árboles.

Este esclavo, míseramente vestido, que mostraba los estigmas del hambre y la penuria, intentaba ocultar bajo la nieve — pues corría el más crudo invierno y la nieve caía abundantemente — un alce real que había matado para poder satisfacer su hambre.

Robin sabía que Guy de Gisborn castigaba muy severamente a los infractores de las estrictas leyes sobre la caza del ciervo. El rey había prohibido matar a esos nobles animales, no por amor a ellos, sino porque reservaba para sí ese aristocrático deporte.

Robin se acercó al hombre, quien viéndose descubierto se aprestaba para hacer uso del enorme cuchillo

que tenía en sus manos y que le sirviera para matar el animal.

—No me denuncies, señor —rogó a Robin al reconocerle—. Sé que eres amigo de los pobres, de los perseguidos y de los esclavos. Mi señor, el malvado Guy de Gisborn, me obliga desde la mañana temprano hasta entrada la noche a ejecutar las faenas más pesadas, sin darme suficientes alimentos para que pueda subsistir. Por su culpa mi pobre mujer y mi hijita murieron de inanición hace poco. Por eso, señor, cuando el odioso Guy de Gisborn me dijo hace unos días que sólo podían comer los que trabajan y que yo, estando enfermo, no tenía derecho a nada, resolví escapar de mi dolorosa esclavitud. Nada me liga a la choza donde he vivido tantos años, pues mi querida esposa y mi niñita ya no viven.

Muy conmovido, aunque no quería demostrarlo, nuestro Robin, después de haber escuchado esta triste historia, dijo al pobre hombre:

—Bien. Sígueme y ven a vivir conmigo y mis compañeros. Juntos estamos refugiados en la selva. Todos hemos sido proscritos por los barones y señores normandos con quienes tenemos cuentas pendientes, que un día u otro deberán ser ajustadas. En efecto, el libro del debe y haber es un gran libro que nunca parece terminar, pero siempre se llega a la rendición de cuentas. Sígueme y espero darte un poco más de felicidad

que la que tuviste hasta ahora y confiarte también, como a los demás refugiados en el bosque, una misión de venganza contra los usurpadores.

El pobre esclavo no se hizo repetir la invitación de Robin, y siguiéndolo como se lo permitían sus pobres pies, desnudos y ensangrentados, y sus escasas fuerzas, acompañó a Robin hasta el cuartel general de la banda.

Sigamos con la presentación de otros personajes del cuento.

Los hermanos Hugo y Roberto de Reinault eran, naturalmente, normandos, y habían sido designados, el primero, en su calidad de sacerdote, prior de la abadía de Santa María, y el segundo, como hombre de armas, *sheriff* de Nottingham.

Los dos hermanos, aunque no se quisieran mucho, tenían muchos vínculos comunes y muchos intereses coincidentes. Cuando se presentaba la ocasión se ayudaban recíprocamente, claro está que siempre mediante alguna compensación, ya sea en dinero, ya en especies.

Estos pocos amables personajes, de más está decirlo, no podían ni oír el nombre de nuestro buen Robin sin enfurecerse. Ambos habían convenido en hacer cuanto pudieran para obtener la captura del jefe de los bandidos y habían puesto precio a su cabeza, precio que aumentaba a medida que transcurría el tiempo. Ambos eran a menudo objeto de las pesadas bromas de nuestro héroe. Escuchemos una.

XII

El alfarero

Habían transcurrido algunas semanas desde que Robin y sus amigos se hubieron internado en la selva, cuando aquél decidió obtener algunas noticias del mundo de que se habían apartado, y para ello resolvió ir a la cercana ciudad de Nottingham. Al abandonar la selva encontró en el camino a un alfarero, al cual pidió que le cediera, por algunas monedas de oro, su carro con toda la mercancía y la mula que tiraba de él. Dejó bien custodiado al alfarero, no sin antes hacerlo despojar de sus ropas, que vistió él, de manera que le era en todo parecido. Así ataviado nuestro amigo se dirigió a la ciudad y una vez llegado a ella empezó a vender a precios muy bajos todo lo que contenía el carro, reservando sólo una vajilla de oro y plata.

La baratura de los objetos vendidos por nuestro hombre, que había llamado la atención de todos los

vecinos, llegó también a oídos de los siervos del abad Hugo de Reinault, y así, al pasar Robin con su carreta delante del monasterio, le invitaron a entrar para tratar la venta de su mercadería.

Era precisamente lo que éste deseaba.

Una vez en el interior del monasterio, se le acercó el abad, al que el fingido mercader, inclinándose con el mayor respeto, explicó que ya nada tenía que ofrecerle, pues acababa de venderlo todo en la ciudad, y que lo único que le restaba era una linda vajilla de oro y plata, la cual se atrevía, en consideración al sagrado lugar donde se encontraba, a ofrecer como homenaje al abad. Este, halagado y con los ojos brillantes por la codicia, aceptó con gran satisfacción el ofrecimiento.

Para retribuir de alguna manera lo que, naturalmente, no le costaría mayor esfuerzo ni dinero, invitó al mercader a comer junto con los hombres de armas de su hermano Roberto, que de paso en ese momento por la ciudad, habían hecho un alto en el convento.

Pudo así escuchar Robin interesantes conversaciones que se referían casi exclusivamente a él y a su banda. Supo de esta manera que ambos hermanos, el abad Hugo y el *sheriff* Roberto de Reinault, habían ya aumentado al doble el precio puesto a su cabeza, en la esperanza de conseguir finalmente que alguien, por odio a Robin o por amor al dinero, pudiera tomar prisionero o, simplemente, matar a nuestro héroe. Dijeron

además los hombres de Roberto, cuyo jefe era nuestro ya conocido Guy de Gisborn, que estaban preparando una batida con setenta u ochenta hombres, número que suponían por lo menos doble del que debía constituir la banda de Robin.

Este, al escuchar tales comentarios, sonreía silenciosamente y pensaba:

—Bueno, si hoy que mis hombres escasamente llegan a veinte, dan la impresión de ser cuarenta, mañana, a los ojos del pueblo y, por ende, de los hombres de nuestros enemigos, aparentarán ser muchos más de setenta u ochenta, y dentro de algún tiempo todos estarán convencidos de que la selva de Sherwood está infestada por estos diablos de mi banda.

Terminada la succulenta cena que le habían ofrecido, el supuesto mercader se levantó agradeciendo humildemente al abad Hugo, y se marchó luego tranquilamente del monasterio y de la ciudad.

Pero con no poco asombro de todos, en el lugar que ocupara Robin Hood la servidumbre encontró un pergamino que decía textualmente:

“Robin Hood agradece sinceramente al buen abad Hugo de Reinault su cordial hospitalidad y la succulenta cena, que espera poder retribuir en ocasión próxima en su castillo de la selva de Sherwood.”

No hay para qué describir el acceso de rabia que la lectura del mensaje provocó al buen abad, en cuyo

rostro la rubicundez habitual cedió a una espantosa lividez, en tanto que de un tremendo puñetazo sobre la mesa hacía rodar por el suelo, hecha añicos, la mejor vajilla del monasterio, que ordenara sacar en honor de sus huéspedes. Y, en efecto, llegó la oportunidad pronosticada por Robin de agasajar en su reducto del bosque al abad Hugo de Reinault. Pero esto sucedió tiempo después y lo ocurrido en esa ocasión lo vamos a relatar más adelante.



XIII

Una aventura en la selva

De regreso en la selva, nuestro Robin reunió a sus amigos para darles cuenta de las novedades recogidas en su visita al monasterio. Como es de suponer, todos coincidieron unánimemente en que era menester prepararse para recibir dignamente la expedición punitiva proyectada por los dos ya conocidos enemigos. A tal efecto, abrieron cierto número de falsos senderos para que al entrar la hueste de Guy de Gisborn en la selva empezara a desorientarse, perdiendo así el verdadero camino.

Cuando, algunos días después, los centinelas de Robin Hood apostados en los lindes de la selva vieron avanzar a las tropas del citado Guy, corrieron a avisar a Robin. Este dió las órdenes del caso y todos sus hombres se ocultaron rápidamente en lo más denso de la maleza, de manera tan perfecta que resultaban completamente invisibles a toda persona extraña.



Habíanse distribuído de modo que cada uno no sólo veía a sus compañeros y al enemigo al mismo tiempo, sino que podía hacer libremente uso de sus armas, las que, como ya hemos dicho, consistían únicamente en arcos y flechas. Además eran completamente invulnerables a causa de la inexpugnabilidad de su escondite.

Los hombres de Guy penetraron en la selva con mucha cautela. Tenían toda la intención de ganarse las quinientas monedas de oro ofrecidas en recompensa por la captura de Robin. Pero tanto a ellos como a su jefe, Guy de Gisborn, les animaba no sólo la codicia del dinero que, sin embargo, era móvil importante, sino que

además pregustaban el placer de ver la cabeza de su enemigo paseada por las calles de la ciudad.

El más absoluto silencio los acogió, pareciendo que la naturaleza misma, las plantas y los animales todos se hubiesen conjurado para recibirlos en una atmósfera de misterio y de peligro.

Hay que recordar que en aquel entonces muchas leyendas y supersticiones llenaban la imaginación de las gentes y que se contaban cuentos terroríficos. Se decía, por ejemplo, que en el corazón de la selva había un dragón negro cuya sola vista paralizaba de terror a cualquier ser con quien se topara devorándolo después en pocos minutos.

Se contaba también que habitaban la selva duendes y fantasmas que no sólo se divertían a expensas de los pobres mortales que penetraban en ella, sino que los transformaban en animales: ciervos, perros, cerdos, jabalíes, etc.

Otras historias narraban que en un lago ubicado en el centro de la selva nadaban extraños animales que semejaban peces con alas y tenían patas de gato. Según las referencias, parecía que estos horribles animales salían de las profundidades del lago a la superficie y con sus poderosas alas negras volasen sobre las copas de los árboles seculares en pos de una víctima humana para devorar.

Imaginen entonces nuestros lectores qué ánimo de-

bían tener esos hombres cuando, puesto el sol, empezó a anochecer rápidamente y la sombra fué apagando cada vez más las escasas claridades que se podían entrever a través del follaje de los gigantescos árboles.

Los hombres se habían detenido a descansar en un claro, con la intención de pasar allí la primera noche en la selva. Y mientras los centinelas trataban de descubrir el misterio de la obscuridad que los rodeaba, algunos de ellos — para matar el tiempo y en espera de que llegase el sueño — empezaron a contar las historias tantas veces oídas, cuando se encontraban, tranquilamente y fuera de peligro, sentados en su casa, frente a una amplia chimenea en la cual brillaba el fuego.

El corazón de estos hombres, de por sí no muy valientes, era fácil presa de los sentimientos de terror que infundían esos cuentos pavorosos. Ya empezaba alguno a manifestar su disconformidad con la aventura que recién había empezado, y otros expresaban claramente el deseo de no proseguir y volver a la ciudad.

De nada servían las incitaciones y palabras tranquilizadoras de Guy; de nada tampoco las amenazas de severos castigos para los que contaran esas historias. Queríase evitar que se desmoralizaran las tropas antes de empezar la aventura.

Después de haber logrado, en parte, persuadir a sus hombres, por las buenas o por las malas, de quedarse por esa noche en el sitio elegido para acampar, se dis-

pusieron a pasarlo lo más confortablemente posible, apostando dobles centinelas con turnos reducidos.

Guy, sin embargo, no había contado con la astucia de Robin y sus compañeros, quienes, conociendo el verdadero estado de ánimo de sus enemigos, habían ya dispuesto todo para aumentar, hasta llegar al pánico, su temor y miedo.

En lo más profundo de la noche algunos de los hombres de Robin deslizaron blancos lienzos de árbol en árbol y estos lienzos, a la tenue luz de las estrellas, parecían duendes o fantasmas o almas de muertos. Y cuando estos fantasmas desaparecían, oíanse carcajadas extrahumanas y risotadas irónicas que excitaban los ya tensos nervios de los pobres hombres.

Llegó así un momento en que de nada valían las palabras incitadoras del jefe, pues él mismo empezaba, no obstante el excepcional coraje y valentía de que hacía gala, a sentir por la espalda el escalofrío del miedo y se le ponía la carne de gallina.

Sin embargo, haciéndose el fuerte y el valiente trataba de impartir órdenes a derecha e izquierda, órdenes confusas que no eran obedecidas, pues sus hombres ya habían perdido toda noción de la realidad y toda capacidad de razonar.

Aterrorizados, habíanse levantado todos y discutían atropelladamente sobre lo que convenía hacer, cuando, antes de que pudiesen reponerse de la sorpresa, veinte

fantasmas envueltos en blancos lienzo se echaron, a una señal convenida, sobre los temblorosos hombres de Guy.

Nuestros lectores habrán adivinado que esos veinte fantasmas no eran sino nuestros amigos que, armados de gruesos palos, empezaron a propinar a los de Guy tal paliza que la confusión que allí se armó era indecifrable.

Cuando ya estaba lejos la hueste de Robin, la batahola seguía aún porque los hombres de Guy de Gisborn, que no sabían si se trataba de amigos o de enemigos, en la confusión y en la obscuridad de la noche se estaban pegando concienzudamente entre sí. Cuando largo rato después, maltrechos y doloridos, empezaron a darse cuenta de lo que había ocurrido, se restableció un poco la calma. Sin cuidarse de las órdenes perentorias de su jefe, quien a toda costa quería seguir buscando al enemigo, los hombres, unánimemente, decidieron volverse a la ciudad.

Guy de Gisborn se vió obligado a ceder y a volver también con ellos, pues advirtió que todas las armas que llevaba consigo habían desaparecido misteriosamente.

Es inútil agregar que no fué necesario que transcurriera mucho tiempo para que el éxito no muy satisfactorio de la expedición punitiva fuese conocido en la ciudad entera y en toda la campaña adyacente. Dejamos a nuestro lector imaginar la vergüenza que sentían Guy

de Gisborn y sus hombres al ser objeto de mal disimuladas sonrisas de burla y de risotadas por parte del pueblo y de los campesinos, y ello debido a que desde tiempo atrás todos manifestaban su particular predilección y simpatía por Robin y su banda, que tantas veces los habían tomado bajo su defensa, además de poner en ridículo a los odiados normandos.

Fácil es ahora comprender cómo se acrecentaba día a día el odio que contra Robin alimentaban Guy de Gisborn y los hermanos Hugo y Roberto de Reinault.

Llegó el momento en que los tres amigos, junto con algunos otros señores feudales de la comarca, se unieron contra Robin y su banda. El fin de esa hábil conjuración era el de conseguir que el rey Juan Sintierra declarase a aquéllos, definitivamente, hombres fuera de la ley.

Tuvieron éxito, y desde aquel momento Robin Hood y los suyos fueron considerados oficialmente como malhechores y bandidos peligrosos para el orden social y, especialmente, para el político. Con respecto a este último, no hay que olvidar que el de aquella época concedía todos los privilegios a los conquistadores normandos, en perjuicio de los pobladores sajones de la isla. \

XIV

Conocemos a Mariana y a Raúl de Bellamy

Pero dejemos a estos tres antipáticos personajes tramando planes para deshacerse del peligroso Robin y de su hueste, y echemos una mirada atrás para ver lo que le ha ocurrido a la linda y buena Mariana, la novia de Robin Hood.

Ante todo, corresponde decir que cuando Ricardo Corazón de León fué a Tierra Santa, lo acompañaron muchos nobles caballeros y señores feudales. Entre estos últimos se encontraba también el padre de Mariana. Se llamaba, como su rey y señor, Ricardo, y su apellido era Fitzwalter, siendo llamado también, simplemente, Ricardo "at Lea". Era fiel compañero, amigo y consejero del rey Ricardo.

Antes de abandonar a Inglaterra y considerando que su hijita ya no tenía madre que pudiese cuidarla, el



noble caballero había resuelto confiarla al abad Hugo de Reinault.

Era ésta una ocasión propicia para que el abad realizara sus designios. En efecto, no había transcurrido mucho tiempo desde la partida de Ricardo "at Lea", cuando ya el abad Hugo había madurado el proyecto de apropiarse de las grandes riquezas y de los extensos feudos que pertenecían a aquél y que, en caso de su muerte, heredaría legalmente la niña.

Entretanto ésta, que se iba transformando en una hermosa doncella, se acercaba rápidamente a la mayoría de edad. Este era el momento que aquél temía, pues cuando la muchacha llegara a ser mayor podría disponer libremente de su riqueza o decidir casarse, y en uno u otro caso el astuto abad se vería imposibilitado de apoderarse de sus bienes. Tampoco podría entonces continuar administrando esas enormes riquezas, administración que, claro está, favorecía singularmente al abad, en perjuicio de la menor.

Con el fin, por lo tanto, de evitar estos peligros y poniendo en práctica un plan concebido mucho tiempo atrás, hizo encerrar a la niña en un convento, esperando así que con el tiempo ésta fuese tocada por la gracia y, movida por el fervor religioso, tomara el velo. Tomar el velo significaba, naturalmente, renunciar a sus bienes en favor de la Iglesia, o sea, en este caso especial, de la abadía de Santa María.

Sin embargo, aunque su vida transcurría en el convento, Mariana no sentía ninguna vocación religiosa y rechazaba todas las tentativas que se hacían para persuadirla a tomar los hábitos.

Y durante todo este tiempo, nada se sabía de Ricardo Corazón de León, el buen rey que había partido en Cruzada libertadora del Santo Sepulcro. Por el contrario, la única noticia que se tuvo de su expedición fué la de que el barco en el cual viajaba el padre de nuestra heroína había naufragado sin que se conociese el motivo, pues el día del naufragio no se había registrado ninguna tormenta o ciclón. Por eso se supuso que manos criminales interesadas habían hecho naufragar el buque.

Ninguno de los caballeros que viajaban en dicho buque y entre los cuales se encontraba, como ya dijimos, el padre de Mariana, había regresado a Inglaterra o había llegado a Palestina para engrosar las filas de los cruzados.

Tal era la situación, mientras la joven Mariana seguía rehusándose a hacer los votos. Había, en efecto, penetrado los planes diabólicos del abad y además seguía siempre enamorada de nuestro Robin, con el cual quería, naturalmente, casarse lo más pronto posible.

La actitud de Mariana contrariaba los proyectos del abad. Este se encontró así en la necesidad de cambiar de planes para llegar a adueñarse de las grandes rique-

zas de la muchacha. Pensó que la solución de su problema podía encontrarla obligando a Mariana a casarse con alguien que él hubiese elegido.

Claro está que con este último se pondría de acuerdo en el sentido de concederle una ínfima parte de la dote de la muchacha, quedando él dueño de todo el resto.

Y como el diablo parece siempre proporcionar la ayuda del caso a los que recurren a él, no tardó en ofrecerle ocasión propicia de concretar sus sombríos designios. Sin embargo, vamos a ver de qué poco sirve la ayuda de Lucifer, pues las fuerzas del mal deben ceder siempre a las fuerzas del bien.

En cierto sombrío castillo situado sobre una colina que dominaba un valle por donde pasaban viajeros y mercaderes, vivía el señor Raúl de Bellamy. De aspecto repulsivo y mirada torva, brutal y salvaje, había sido tiempo atrás protegido del rey Juan Sintierra, quien, para compensarlo de muchas fechorías cometidas por su orden, le había conferido el título de barón y regalado el feudo en el cual vivía.

Desde su triste castillo, Raúl de Bellamy podía fácilmente bajar al valle y asaltar impunemente a cuanto mercader o viajero tuviera la mala suerte de transitar por aquella región.

Este era el personaje más indicado para servir de instrumento a los propósitos de Hugo de Reinault. Y puesto que dos delincuentes siempre encuentran la ma-

nera de ponerse de acuerdo para perjudicar a los honestos, no le fué difícil al abad persuadir al señor de Bellamy de que tomara por esposa a la joven y cándida Mariana.

Claro está que aquél no aceptó en seguida el ofrecimiento, pues aunque el negocio le pareciera bueno, no le faltaba cierta dosis de astucia, que le permitió descubrir los motivos recónditos por los cuales se le ofrecía esta componenda. Con hábiles transacciones no le fué difícil conseguir mayores ventajas en aquella infame empresa.

Nuestros filibusteros discutieron largamente las condiciones, hasta que llegaron a un acuerdo definitivo, por el cual Raúl de Bellamy consiguió que le fueran entregadas en el momento del casamiento las tres cuartas partes de los bienes de Mariana.

Por su parte, él se obligaba a suministrar en compensación una determinada cantidad de sus hombres de armas, bien equipados y armados hasta los dientes, quienes en unión de los hombres de Roberto de Reinault y de Guy de Gisborn, los tradicionales enemigos de Robin Hood, debían formar una poderosa expedición con el fin de expulsar definitivamente, en nombre del rey Juan Sintierra y de la ley promulgada por éste, a los peligrosos bandidos de los bosques de Sherwood.

Pero no obstante el gran sigilo de que rodeaban estas conversaciones los dos pícaros, nuestro Robin, que tenía espías por doquier, en las ciudades y en el campo, en los

castillos y en las chozas, llegó a enterarse de lo que se tramaba.

Robin esperaba la ocasión propicia que le permitiera salvar a su prometida, a sus hombres, a sí mismo y dar, al mismo tiempo, una severa lección a sus enemigos.

Nuestros lectores recordarán que cuando Robin tuvo que huir a la selva, había enviado a Mariana una carta en la que le devolvía su palabra de matrimonio, pues pensaba que, dadas las azarosas circunstancias de su nueva existencia, ya no tenía derecho a casarse con ella. Mariana, muy enamorada de su héroe, le contestó que si aquél era el único motivo que lo impulsaba a renunciar a su casamiento, nunca aceptaría este sacrificio y que esperaría todo el tiempo que fuese necesario para poder casarse con él. De nada valieron las generosas negativas de Robin, y el compromiso matrimonial quedó firme, siendo sólo postergado para tiempos más oportunos.

Cuando Mariana supo por la superiora del convento que el abad Hugo de Reinault la había prometido sin su consentimiento al señor de Bellamy, lloró mucho y se desesperó, pues conocía bien la maldad y las fechorías, como también la fealdad de aquel hombre.

Sin embargo, siendo Mariana una doncella inteligente, nacida de antigua y buena cepa, no se dejó dominar por la desesperación. Confiaba en la ayuda divina y en el amparo que le proporcionaría su amado Robin

Hood. Decidió aguardar el momento propicio para salvarse de la triste situación en que se encontraba, decidida a aprovechar, por su parte, cualquier oportunidad favorable que se le presentara para escapar.

Sucedió que cuando el grueso abad de Santa María llamó a su esbirro Guy de Gisborn para encargarle de ir a buscar al convento de Kirkless a la noble doncella, el malvado no cabía en sí por el regocijo de jugar una mala pasada a su enemigo Robin, pues sabía muy bien que Mariana era su novia. No se hizo pedir dos veces este favor, pues el encargo que le confiaba el abad coincidía singularmente con sus deseos y le agradaba sobremanera.

Estaba muy satisfecho de obligar a la orgullosa Mariana, que en una ocasión había rechazado sus propuestas de amor, a casarse con un hombre todavía más feo y malvado que él.

Una linda mañana de primavera, con treinta de sus mejores hombres se fué al convento de Kirkless, donde enseñó a la abadesa la orden de entrega de la joven, firmada por el mismísimo abad Hugo, y el mismo día, después de un breve descanso en el convento, volvía con la noble muchacha y su escolta, en viaje a la abadía de Santa María.

Como ya dijimos, Robin Hood siempre estaba al tanto de todo lo que se tramaba, ya sea en daño suyo como en perjuicio de su amada novia. Por lo tanto,

dispuso que una parte de sus hombres siguiesen a la comitiva de Guy de Gisborn, mientras él se adelantaba con algunos otros por un sendero que sólo él conocía, cortándole así el camino.

El sol ya empezaba a declinar y a esconderse paulatinamente detrás de una colina, inundando el paisaje con maravillosos resplandores rojizos, cuando la comitiva de Guy de Gisborn se encontró con Robin Hood y los suyos, que le obstruían el camino. Reconociendo aquél que no podría luchar con ventaja dió orden de retroceder, con la intención de encontrar refugio en la vecina ciudad.

No había hecho media legua cuando se encontró frente a frente con el lugarteniente de Robin Hood a la cabeza de los demás hombres de la banda.

XV

Juanito y Much

Antes de seguir a nuestros protagonistas en esta aventura, nos conviene hablar un poco de los amigos y demás componentes de la banda de Robin Hood, especialmente de los más importantes.

Robin Hood había elegido entre todos sus hombres dos que, por su capacidad y eficiencia, podían servirle de lugartenientes. Uno de ellos, llamado Juanito, acaso por contraste con su estatura, pues era un hombrón enorme que superaba a todos los demás por su tamaño y fuerza, era también un hombre culto e inteligente y muy amigo de Robin. Por esto Juanito se hizo inseparable e insustituible como primer lugarteniente, pues sabía hacerse respetar y obedecer por todos los hombres. Para dar una idea de la fuerza extraordinaria de este gigante, basta citar que en lucha cuerpo a cuerpo era capaz de poner fuera de combate, sin mayor esfuerzo, a ocho o nueve adversarios.

Ahora presentaremos al segundo lugarteniente de Robin.

Parecería ironía del destino que a este hombre, de estatura muy pequeña, muy por debajo de lo normal, le hubiesen impuesto el nombre de Much, que significa nada menos que "mucho".

En verdad, físicamente no se le podía considerar gran cosa; pero su falta de estatura estaba compensada por un espíritu particularmente fino, una cultura superior, astucia y carácter indomable y tenaz. En efecto, cuando había tomado una decisión, nada en el mundo le hubiera persuadido a desistir de su propósito.

Al igual que un mastín, no soltaba la presa cuando la había capturado; pero también al igual de ese feroz animal, era fiel, hasta la muerte, a su dueño. Constituía Much para Robin, por lo tanto, uno de los más bravos y valiosos de sus colaboradores, al que quería entrañablemente, como a un hermano.

XVI

El padre Tuck se une a la banda

No nos es posible nombrar y describir a todos los hombres que componían la banda de Robin, pero no podemos eximirnos de presentar a nuestros lectores a un personaje más, que jugará también un papel importante en la vida de nuestros protagonistas.

Era éste un fraile de nombre Tuck. De carácter rebelde, vivía solitariamente en señal de disconformidad con el comportamiento de sus semejantes, y especialmente con la intolerancia y las persecuciones de que la mayor parte del clero oficial de entonces hacía víctimas a sus conciudadanos. Por esta actitud de Tuck, el abad Hugo de Reinault había conseguido que lo excomulgaran, lo que por otra parte convenía perfectamente a nuestro fraile, pues le permitía practicar la religión y la fe según su conciencia y como entendía él que debía hacerlo y no como pretendían imponerlas aquellos malvados.

Ya dijimos que Tuck, nuestro fraile, vivía solo, solito;

habitaba cerca de un riachuelo, en los linderos de la selva de Sherwood, donde había construido una pobre cabaña. Allí encontraba un modesto abrigo y todo lo suficiente para subvenir a su frugal alimentación y un modesto abrigo, y también toda la tranquilidad necesaria para rezar y adorar a Dios.

Por la estimación universal de que gozaba, muy a menudo ricos y pobres de todo el condado lo visitaban, lo consultaban y le confiaban sus penas. A todos siempre daba acertados consejos y para todos tenía una buena palabra.

Con el correr del tiempo, la influencia de Tuck habíase extendido de tal manera que se tornó extremadamente peligrosa para el orden constituido. Con el fin de concluir de una vez por todas con el fraile, las autoridades políticas y eclesiásticas habían emitido una orden de arresto para procesarlo, condenarlo y encarcelarlo como hereje. Y una vez encarcelado y en poder de sus enemigos, muy poco segura estaba, por cierto, la vida del pobre hombre.

Como es natural, todo lo que se tramaba en contra del buen sacerdote llegó a oídos de Robin Hood por intermedio de sus informantes. La tradicional y conocida caballería de nuestro héroe no podía permitir que se le tocara un solo cabello al fraile, quien por la sola circunstancia de ser una posible víctima de sus propios enemigos ganaba de hecho su simpatía y su amparo.

Por otra parte, la situación de los refugiados de los bosques de Sherwood y los motivos que a ella los condujeran coincidían singularmente con los de Tuck. Unos y otro, en efecto, se encontraban en lucha contra enemigos comunes, y unos y otro debían guardarse cuidadosamente si querían salvar, por lo menos, el pellejo. Fué así cómo Robin, poco después de que le hubieron informado del peligro que amenazaba al fraile, decidió ir en su búsqueda, para invitarlo a unírsele.

Tuck, que había sido avisado por amigos y admiradores del peligro que se cernía sobre su cabeza, aceptó entusiastamente la propuesta de Robin, que mucho le alegraba, puesto que además de salvar el pellejo descontaba emprender una nueva vida. Esta le permitiría hacer mucho bien entre los hombres de Robin, los cuales desde que vivían en el bosque carecían de guía espiritual.

Ese mismo día, Tuck, precedido por Robin, penetraba en la selva de Sherwood. En el trayecto el buen fraile explicó a Robin sus deseos y sus propósitos, diciéndole que quería llevar la palabra de Dios y de la fe cristiana a sus hombres, que con toda seguridad serían mejores que los buitres que habitaban en la ciudad y en los castillos feudales. Proyectaba fundar una pequeña capilla y fomentar el servicio divino, diciendo misa todos los domingos y todas las fiestas ordenadas en celebración del sacrificio de Jesucristo.

Además era necesario suavizar un poco los ánimos de aquellos rudos hombres, dándoles una instrucción primaria y, quizás, algunos rudimentos de cultura humanística. Deseaba brindarles, por todos los medios a su alcance, una formación moral y cultural de que carecían. En esta forma confiaba sinceramente en elevar el nivel religioso, político y social de esa pequeña y primitiva colectividad de desterrados.

Desde luego, hacía falta concretar los propósitos del buen fraile con la máxima urgencia, porque pasado el tiempo esos hombres se tornaban cada vez más salvajes y feroces, y Robin Hood, a pesar de toda la autoridad que emanaba de él, tenía ya suma dificultad en mantener la disciplina. Hombres solos y abandonados, se les había unido con el tiempo una que otra joven, cuya presencia hacía peligrar aún más la armonía existente hasta entonces entre ellos.

Las compañeras de aquellos hombres ya habían empezado a crear familias, pero la falta de vínculos matrimoniales provocaba rivalidades e irrespetuosidades, además de una gran anarquía. Había que normalizar esta situación, y nadie tan indicado como Tuck para esta misión. El ministro de Dios llegaba así a buen punto para santificar estas uniones en nombre del Creador.

A medida que iban acercándose al campamento, nuestros amigos eran saludados por los hombres que hacían de centinelas en los alrededores.

A uno de éstos, que parecía ser un jefe, Robin dió algunas órdenes en voz baja, encargándole de avisar a todos los componentes de la banda, que se encontraban en el campamento, para que preparasen adecuadamente el "salón de asambleas", en donde quería agasajar con todos los honores al nuevo e importante compañero.

La sorpresa que se llevó el buen fraile al penetrar en el campamento y al ver la recepción que le brindaban no tuvo límites, pues ni remotamente se imaginaba que vivía ya tanta gente unida, en el destierro, en lo más hondo de la selva de Sherwood.

Grande fué el júbilo de nuestros amigos al enterarse de la incorporación del fraile a su comunidad, pero en especial modo se alegraban las mujeres, las que, más sensibles que los hombres y más adictas a las tradiciones y a la constitución de la familia, veían con alborozo la llegada del fraile. Se sentían felices de poder reconstruir en medio de la selva la existencia que creían perdida al huir de sus casas de las ciudades y los villorrios.

Concluídas las grandes fiestas organizadas en su honor, el fraile puso mano a la obra. Después de un examen de los alrededores eligió el más grande de entre todos los árboles que se encontraban allí. El tronco era enorme: y veinte hombres que se tuvieran por las manos en torno de él a duras penas hubieran llegado a unirse. Se acercó al árbol y vió — milagro de la Divina Providencia — que el tronco había sido totalmente vaciado

por un rayo. Dios le indicaba dónde había de fundar un templo en el medio del bosque. Tuvo así la hermosa idea de hacer del interior del árbol una capilla, levantando un altar y todos los elementos indispensables para poder celebrar cuanto antes la función divina.

Al cabo de tres días —era domingo—, nuestros bandidos se despertaron sorprendidos al oír el tañido de una campana. Mucho tiempo había transcurrido desde la última vez que escucharan el llamado a la misa. Ni uno de los habitantes de la selva faltó aquel día al llamamiento, como si fuera una cita de honor. Hombres, mujeres y niños se acercaban, quién emocionado, quién sólo curioso, a la capilla improvisada, para escuchar la palabra del fraile.

Después de un breve preámbulo éste empezó a decir la misa. Luego, en una función única celebró las nupcias de todas las parejas presentes, que se arrodillaron con unción.

Para terminar el acto, bautizó en nombre de Dios a los frutos nacidos de aquellas parejas y bendijo a todos los que allí estaban, incluso animales y plantas.

A muchos de estos toscos hombres, endurecidos por el dolor, la lucha y las privaciones, las lágrimas les surcaban las mejillas, curtidas por el sol y la intemperie. Fué una ceremonia inolvidable, que quedó perennemente grabada en el recuerdo de todos y se transmitió luego de padres a hijos y a los descendientes de éstos.

Como vemos, el buen fraile no perdió el tiempo y pronto dió comienzo a su benéfica obra. Después de haber implantado la observancia de los cánones religiosos, emprendió la tarea de instruir, dentro del límite de sus conocimientos, a niños y grandes, para darles una instrucción superior a la que tenían, pues si bien unos pocos eran cultos e instruídos, la mayoría carecía por completo de la más elemental instrucción.

A nuestro Tuck le gustaba en modo especial cuidar de la educación de los niños, por los cuales sentía gran cariño, que era, por cierto, retribuído por ellos.

Con el correr del tiempo las costumbres de esos hombres — que se habían vuelto, como dijimos, casi salvajes — se fueron suavizando gracias al cuidado, a la exhortación y al consejo del ministro de Dios.

Sin embargo, las miras del buen fraile iban mucho más allá del simple propósito de civilizar, educar o reeducar a los desterrados. Quería desarrollar en ellos las mejores aptitudes y conocimientos para cuando fuesen reintegrados — en un día que esperaba cercano — a una vida social normal.

Era, así, muy vasta la tarea del fraile, pues además de desempeñar sus funciones religiosas enseñaba a los hombres de Robin, y especialmente a los niños, a leer y a escribir, a hacer cuentas, algo de historia y tantas otras cosas que algún día podrían serles útiles.

Entre las innumerables preocupaciones de Tuck es-



taba también la de velar por la salud física de nuestros amigos, pues poseía nociones de medicina, por lo cual muy a menudo se le requerían sus servicios, y ocurrió más de una vez que pudo salvar la vida de algunos de los componentes de la banda. Eran sus conocimientos bastante rudimentarios y no se podrían comparar con los de un médico de nuestros tiempos, pero con todo brindó muchos y valiosos servicios a nuestros amigos.

XVII

Uu duelo entre Robin y Guy

Ahora que nuestros lectores conocen más íntimamente a los principales componentes de la banda, volvamos a aquella tarde en que Guy de Gisborn llevaba consigo a Mariana y se había encontrado tan inopinadamente con Robin Hood, que le impedía el avance, y Juanito, que le cortaba la retirada.

En aquella oportunidad el segundo lugarteniente de Robin, Much, había quedado en el campamento con el objeto de cuidar del orden y la disciplina. Con él quedaba también nuestro buen fraile Tuck, el cual nunca y por ningún motivo se hubiese unido a correría alguna o hecho de armas, pues muy atinadamente consideraba que estaba destinado a servir a Dios y a los hombres con la palabra, la piedad y el consuelo, y que no debía usar violencia de ninguna clase.

Pero volvamos a nuestro relato. Guy de Gisborn, al ver delante de sí a Robin, que le cortaba el camino, tuvo que reconocer que no podría luchar con ventaja. Se dió

cuenta en seguida de que los hombres de su adversario eran demasiado numerosos para tener alguna esperanza de que un ataque frontal le permitiera romper sus líneas y pasar adelante.

Dió, por lo tanto, orden de retroceder, confiando llegar a la ciudad antes de la caída del sol, para pernoctar en ella y pedir refuerzos para el día siguiente.

No había andado ni una legua cuando se encontró de manos a boca con Juanito, el primer lugarteniente de Robin Hood, que cabalgaba a la cabeza de las restantes fuerzas de aquél.

Comprendió al instante que había caído ingenuamente en una trampa. Furioso, dió media vuelta con su cabalgadura, espoleándola ferozmente. El caballo, aguijoneado de esta manera, dió un salto y se lanzó a gran galope hacia donde se encontraba Robin Hood. Guy, con la lanza en ristre, se disponía atropellarlo con violencia esperando matarlo de un solo golpe.

Pese al peligro inminente que se cernía sobre su cabeza, nuestro héroe no perdía la calma. Aguardaba tranquilamente el ataque, sabiendo que la cólera es muy mala consejera.

En efecto, Guy, furioso y encolerizado como estaba, había equivocado con toda seguridad el golpe. Haciéndose apenas a un lado, cuando ya parecía caer Guy sobre él, no le fué difícil a Robin esquivar el terrible choque. Aquél, arrastrado por la fuerza del propio im-



pulso, cayó pesada y violentamente unos pasos más lejos, con su cabalgadura, lanza y armadura, en tan ridícula posición que ni sus mismos hombres pudieron evitar la risa. Fuera de sí por esta situación se incorporó rápidamente y blandiendo amenazante su larga espada se abalanzó con todas sus fuerzas sobre Robin.

Este ya sabía que debía trabarse en duelo a muerte con Guy. No ignoraba, sin embargo, que tenía la enorme ventaja de conservar la calma, mientras que su adversario, a causa de lo que le había ocurrido, había perdido el control de sí mismo. Por este motivo lo esperó a pie firme, dejando que se le acercara hasta encontrarse a suficiente distancia para empezar el duelo con arma corta.

Fué así como los presentes tuvieron ocasión de presenciar un duelo memorable entre dos de los más ague-

rridos y valientes espadachines de aquel entonces, ambos igualmente decididos a desarmar a toda costa a su adversario.

Robin estaba, desde luego, en peores condiciones que Guy en cuanto a armadura, pues este último se hallaba bien acorazado y era casi invulnerable, con excepción de algunos puntos del cuerpo que no estaban cubiertos por la coraza y donde con una hábil maniobra el adversario podía hacer penetrar su espada.

Las ventajas de Robin, por el contrario, consistían precisamente en la falta de armadura, lo que le permitía moverse con gran agilidad y manejar su espada sin verse entorpecido en sus movimientos.

No vamos a describir punto por punto las fases de este duelo. Nos limitaremos a asegurar a nuestros lectores que la suerte — y no podía ser diferentemente — favoreció a nuestro héroe. Guy quedó tendido en el suelo malamente herido, mientras que Robin salió del certamen con algunos insignificantes rasguños.

Reconociendo los hombres de Guy de Gisborn que su jefe había sido vencido y creyendo que ya nada podían hacer en cumplimiento de las órdenes recibidas, decidieron retirarse del lugar, llevando consigo en angarillas al herido. Ni remotamente se acordaron de Mariana, que era el objeto principal de su misión. Sin preocuparse de su suerte abandonaron el bosque, volviendo a la ciudad, para dar cuenta de lo ocurrido.

XVIII

Los novios y el casamiento de Robin y Mariana

Durante el transcurso del duelo, claro está, los sentimientos y las simpatías de Mariana se inclinaban incondicionalmente del lado de Robin Hood, cuya identidad ella todavía desconocía, pues nadie se la había revelado.

Grande fué la sorpresa de la buena Mariana cuando supo que el jefe de los bandidos no era otro que su prometido. Se abrazaron largo rato sin decir palabra, y pasado el primer momento de emoción empezaron a hacerse preguntas uno al otro, al mismo tiempo, preguntas que quedaban sin respuesta.

Los compañeros y amigos de Robin, nada tontos, comprendieron que lo que más ansiaban ambos jóvenes era quedarse a solas para explayarse en sus confiden-

ESTRADA
ESQUELA N.º 12 SAN MARTIN

cias, y se alejaron discretamente del lugar dejando a nuestros tortolitos en la más amplia libertad.

Ya era de noche cuando decidieron volver al campamento. Se pusieron en marcha en el mayor silencio, pues ni uno ni otro necesitaban ya hablar. Con sólo mirarse en los ojos se entendían perfectamente. No vamos a describir las emociones de que era presa el ánimo de nuestros héroes en esos momentos, y nos limitaremos a decir que tanta era su felicidad que ni se dieron cuenta de que sus cabalgaduras los habían llevado al refugio de Robin en la selva. Llegados allí, fueron recibidos y vitoreados por todos los amigos y compañeros de Robin, que habían sido avisados previamente por Juanito.

E imaginando el buen fraile Tuck lo que desearían realizar en primer término nuestros prometidos, se anticipó a sus deseos y sin pedir permiso a nadie preparó todo lo necesario para celebrar, con los medios a su disposición, el más brillante casamiento que jamás se hizo en la selva.

Robin y Mariana estaban tan ensimismados en su felicidad que no se extrañaron por ello y consideraron, por el contrario, muy natural que todo estuviera listo para la ceremonia.

Mariana, ataviada con una maravillosa mantilla blanca de precioso encaje, hallada en uno de los baúles que llevaba consigo, fué unida en matrimonio a Robin y el casamiento fué santificado en la capilla por el mi-

nistro de Dios y celebrado públicamente con agasajos y fiestas que se prolongaron por muchos días consecutivos.

Pasada la primera semana de felicidad de nuestros amigos, siete días en los cuales ni aparecieron en el umbral de la choza que habitaban y que para ellos era el más lujoso y espacioso de los castillos, Robin consideró llegado el momento de iniciar a Mariana en los misterios de la selva y de hacerle conocer el pequeño y ecléctico pueblo con el que tendría que convivir de ahora en adelante, y quién sabe por cuánto tiempo.

Inútil es decir que nuestra Mariana se granjeó en seguida todas las simpatías, y que todos se percataron que Mariana era señora y ama por nacimiento y por educación y que de ella emanaban autoridad y cariño; mucho cariño y bondad para con los pobres y los enfermos, a los cuales prodigaba ayuda y consuelo.

Mariana admiró muchísimo la organización realizada en el pueblo por el buen fraile. Se enteró de cómo éste daba clase a los niños bajo frondosos árboles y les inculcaba, haciendo alarde de paciencia y de sapiencia, toda clase de nociones prácticas, de moral y de religión, no desperdiciando ninguna oportunidad para modelar los dúctiles caracteres de los pequeños. Tampoco descuidaba los juegos infantiles, enseñándoles toda clase de pasatiempos divertidos e instructivos al mismo tiempo.

Vió también Mariana cómo el buen fraile cuidaba de la educación y la instrucción de los adultos, con una paciencia y un fervor dignos de la causa que profesaba.

Pudo Mariana, además, admirar a Tuck en su actividad sanitaria. Ella misma, en el convento, había recibido una instrucción que comprendía también algunas nociones médicas, las que puso en seguida en práctica colaborando con el fraile en la medida de sus fuerzas. Juntos se propusieron y consiguieron mejorar las condiciones higiénicas de su nuevo reino, para evitar dentro del límite de lo posible las enfermedades contagiosas y epidémicas entre sus súbditos.

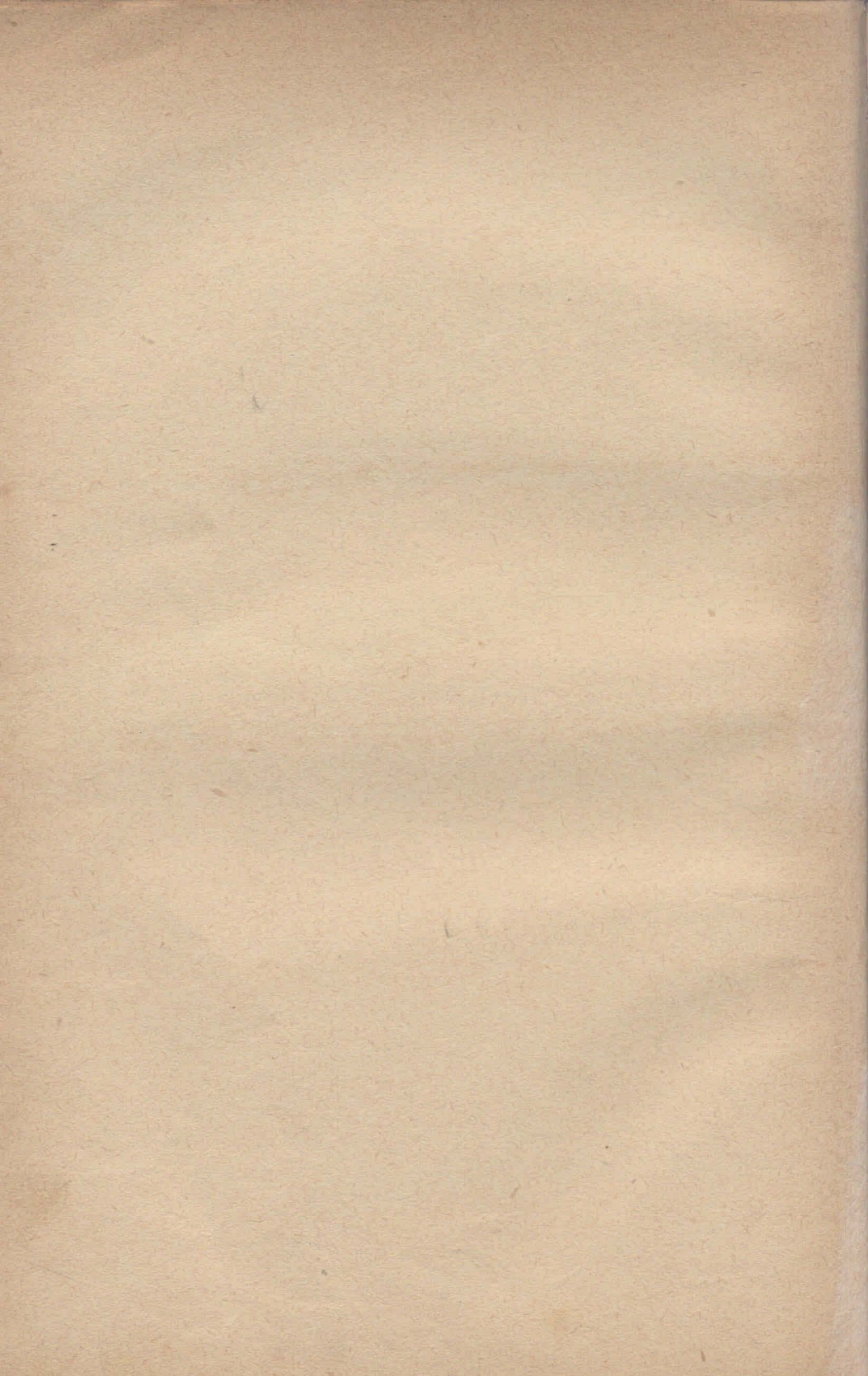
Esta era ciertamente la mejor manera para hacerse amar por todos los habitantes de la colectividad. Y tanto llegó a hacerse querer Mariana en poco tiempo, que entre aquellos hombres, y aun entre los niños, no había uno solo que no hubiese sacrificado su vida con la sonrisa en los labios para salvar la de la joven o para evitarle el más pequeño disgusto.

No obstante la enorme tarea filantrópica que se había impuesto nuestra reina de la selva, encontraba tiempo suficiente para acompañar en muchas ocasiones a su amado esposo, en sus andanzas.

Y eran entonces largas cabalgatas en la selva o carreras en las campiñas que se extendían en los linderos de ésta; o también bulliciosos juegos, zambullidas y brazadas en las aguas del lago o de los ríos que cru-

zaban el bosque, donde nuestros héroes se entretenían con la misma ingenuidad y entusiasmo de los niños. Y, en efecto, se sentían entonces niños otra vez, y recordaban y repetían así, a menudo, los juegos de su infancia, en los cuales habían sido tan felices y despreocupados. Eran también ahora felices, como entonces, pero tenían muchas preocupaciones, pues Robin y Mariana, haciendo honor a su noble estirpe, no habían rehusado asumir las graves e importantes responsabilidades que comportaba el gobierno de los hombres en la selva.

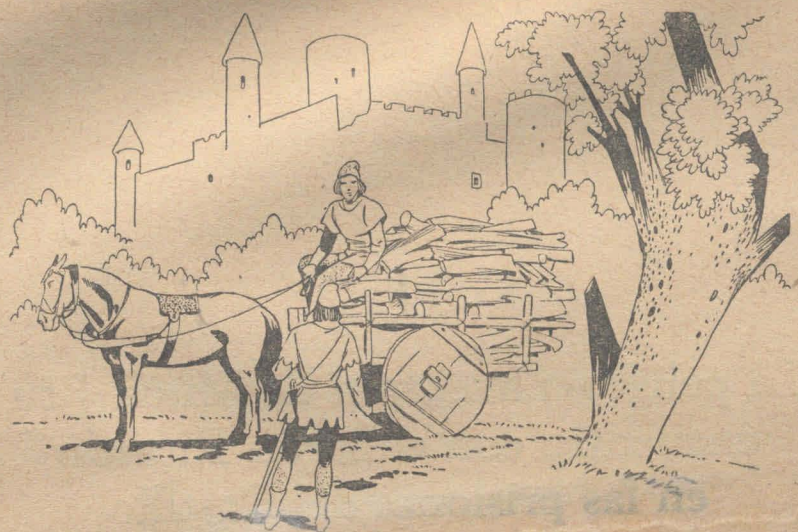
S E G U N D A P A R T E



La peligrosa aventura de Much y su encuentro con el barón Ricardo en las prisiones del Castillo

Pero está determinado por el Destino que la felicidad humana no sea eterna. Después de algunos meses de relativa tranquilidad, Robin fué informado por los espías que tenía en la ciudad de Nottingham, de un ataque conjunto que tramaban sus enemigos contra él y los suyos.

Las cosas se complicaron aún más cuando Much, el segundo lugarteniente de Robin, fué enviado a la ciudad vecina en busca de más detalladas noticias. Robin eligió precisamente a Much para esta delicada misión por considerar que su pequeña estatura le permitiría fácilmente pasar inadvertido y penetrar eventualmente, con ayuda de la Providencia, en el castillo de los mismos enemigos.



Debía, por lo tanto, contribuir mucho al éxito de la misión, como dijimos, la minúscula estatura de nuestro héroe. A tal efecto se vistió con ropas de niño y se dirigió a la ciudad. Así disfrazado y con actitud desenvuelta, entró en el castillo del señor de Reinault por la puerta de servicio, pretextando ser el sobrino de uno de los cocineros. La estratagema dió resultado y pudo llegar hasta las cocinas señoriales sin obstáculo alguno.

Una vez allí se puso a la obra para conseguir lo más pronto posible todas las noticias que pudieran ser de algún interés para Robin.

En un principio la suerte lo asistió. En efecto, el cocinero del cual se decía sobrino estaba ausente por haber sido encargado de las compras en la feria cerca-

na. Ninguno en el castillo, al menos por el momento, podía darse cuenta de la superchería, de modo que lo dejaron ambular tranquilamente por todas partes.

No tardó en iniciar amistosa conversación con los demás servidores del castillo y no le fué difícil hacerlos hablar. Supo así que el señor Roberto de Reinault, el señor Guy de Gisborn y el barón Raúl de Bellamy estaban precisamente en aquel momento celebrando una conferencia, bajo la presidencia del abad Hugo de Reinault.

No había que ser muy listo para adivinar el tema de aquella conferencia. Much, deseando saber más, decidió arriesgar el todo por el todo, esperando poder referir a Robin con la mayor exactitud lo que tramaban sus irreconciliables enemigos.

Fingiéndose un muchacho estúpido pero servicial, propuso al jefe de los cocineros que le permitiera ayudar a los marmitones a llevar la vajilla a la sala donde estaban los señores comiendo y bebiendo abundantemente, y alcanzar las viandas y los vinos, descontando que de esta manera podría atrapar alguna que otra palabra de particular interés.

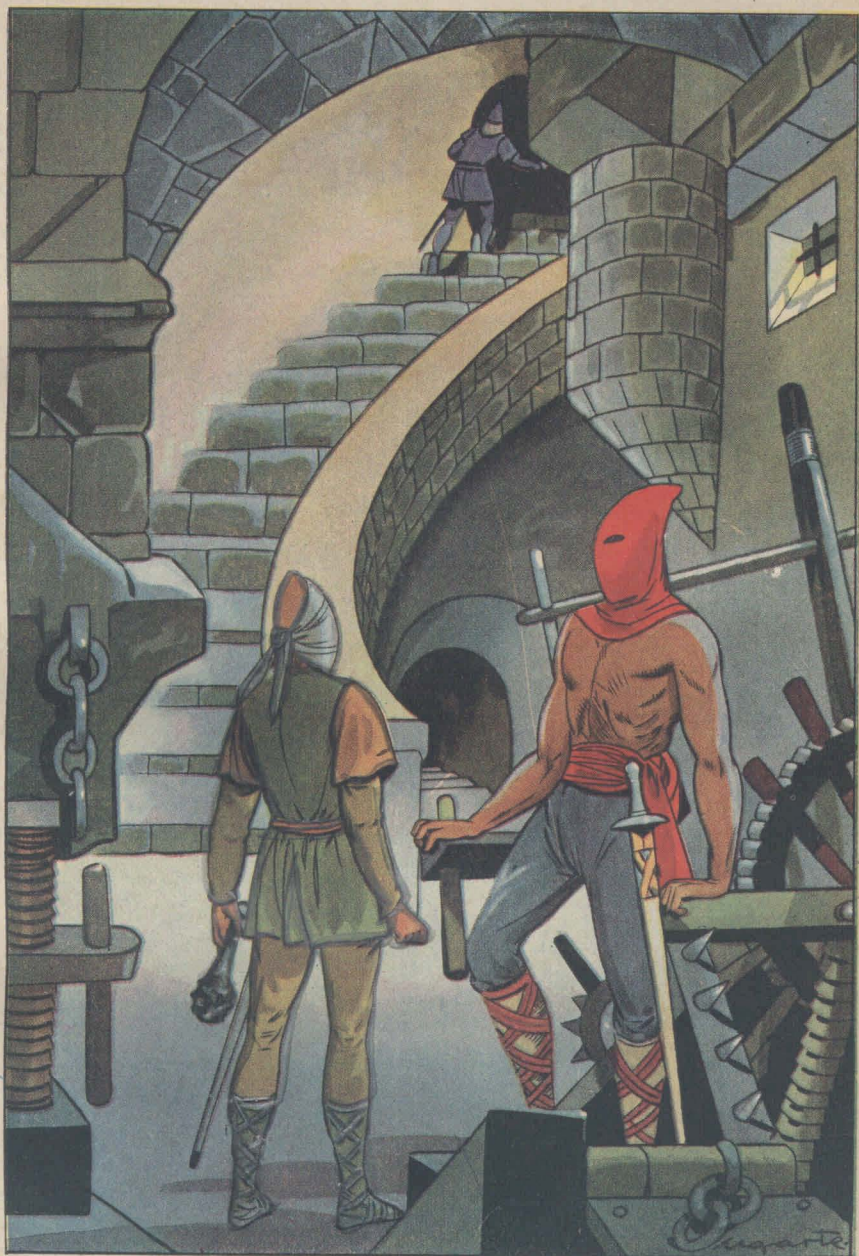
Largo rato hacía que estaba sirviendo cuando oyó al señor de Bellamy jactarse de disponer de un centenar de hombres de armas en su feudo, hombres que ponía, como es de suponer, a completa disposición de sus amigos.

Roberto de Reinault y Guy de Gisborn, por su parte, ofrecieron cada uno de setenta a ochenta de sus mejores guerreros, de modo que la expedición sumaría doscientos cincuenta hombres, más o menos, o sea casi un pequeño ejército; todos irían bien armados y decididos a realizar las mayores proezas para ganarse el rico premio que se pensaba ofrecerles por la captura de Robin y su banda.

Faltaba sólo que el abad Hugo de Reinault, que era el más inteligente de los cuatro y por esto el espíritu de la conjura, fijase la fecha definitiva para invadir con esa poderosa hueste la selva de Sherwood y estableciese un plan práctico y eficiente para ejecutar el proyecto.

El plan fué largamente discutido por los conferenciantes y cada uno aportó sus ideas para un mayor perfeccionamiento del mismo, hasta que se aceptó, enmendándola en algunos puntos, la proposición presentada por Hugo de dividir el bosque de Sherwood en varias zonas. Cada zona debía ser sistemáticamente explorada y limpiada por una bien organizada batida, para asegurarse de que ya nadie quedaba oculto en la misma. Todos los hombres debían ser utilizados conjuntamente en cada batida, con el objeto de no dispersar las fuerzas y llegar así con el ejército intacto y unido al corazón de la selva, donde Robin había establecido su reducto.

Hugo de Reinault se explayaba en los más minucio-



sos detalles del ingenioso plan, cuando vió plenamente la cara de nuestro Much mientras éste le servía vino en una copa de oro. Le pareció conocer esa cara, sin poder recordar al momento dónde y cuándo la había visto. Pero la memoria de Hugo fué fatal para nuestro Much, pues aquél, después de una corta reflexión, se acordó dónde y en qué circunstancias había conocido al pequeñuelo. Recordaba ahora muy bien que tiempo atrás había sido víctima de un atraco por parte de la banda de Robin. En aquella oportunidad un gigante y un enano le habían llamado poderosamente la atención. Los dos personajes, muy singulares por cierto, contrastaban enormemente por su estatura. El contraste se advertía mayormente porque tenían la costumbre de caminar siempre juntos, brazo a brazo. Daban órdenes a diestro y siniestro a los demás hombres, que se apresuraban a ejecutarlas, demostrando así que ellos eran los jefes.

Eran precisamente éstos quienes se habían burlado entonces cruelmente del abad. Hugo de Reinault se había jurado no olvidar jamás sus fisonomías, esperando la ocasión propicia para vengarse. Y ahora, una de estas fisonomías se le aparecía delante, en traje de niño; era, no le cabía duda, el más pequeño de sus burladores. No quería dar crédito a sus ojos...

Sin dar señales de haber reconocido a Much, Hugo hizo una señal a los dos hombres armados que guar-

daban la entrada a la sala, y cuando éstos se le acercaron les murmuró algo al oído. Al regresar Much, ahora con una bandeja llena de las mejores frutas de la temporada, el abad, sin revelar sus intenciones y con aire socarrón dejó que se acercara a la mesa y depositara a su lado lo que traía. Luego, con la actitud más natural, lo despidió.

Nuestro espía, creyendo todavía no haber sido reconocido y sintiéndose seguro, se dirigió hacia las puertas del castillo para salir definitivamente de la guarida de sus enemigos, pues ya había oído lo suficiente respecto de lo que se tramaba en contra de los suyos. Pero ya era tarde; al franquear el umbral, los dos guardias lo sujetaron con violencia, golpeándolo rudamente a cada tentativa que el pobre hacía para liberarse. De nada le valió su denodado forcejeo y en vano trató de huir. Fuertemente atado, lo llevaron, como un paquete, a una lóbrega mazmorra, no sin antes haberle suministrado una feroz paliza por orden del abad, en presencia de éste y de sus convidados.

Todos ellos profirieron contra Much insultos y agravios de toda especie, por cierto no muy dignos de su condición de gentilhombres, y le amenazaron con hacerle ahorcar al día siguiente, después de haberle sometido a los más refinados suplicios que mente humana pudiera concebir.

Tan maltrecho dejaron a Much los guardias, que quedó desvanecido mientras lo conducían a prisión circunstancia que le impidió ver, por fortuna, la sala de tormentos que atravesaron. Tras recorrer un laberinto de pasillos y descender un sinnúmero de escaleras, llegaron a los sótanos del castillo.

Allí, el carcelero, un viejo cojo y medio ciego que llevaba un gran manojo de llaves sujeto a la cintura, se hizo cargo del infeliz prisionero. Abrió una de las celdas, quizás la más oscura y húmeda, y de un empujón lo arrojó sin consideración ni piedad alguna al suelo. Luego cerró la celda con doble vuelta de llave y se fué silbando, con la satisfacción del deber cumplido.

Much quedó largo rato tendido en el suelo, dolorido y sin poderse dar cuenta de lo que le había ocurrido. Pausadamente fué recobrando el sentido y empezó a recordarlo todo. Se estremeció de pies a cabeza. Incorporándose penosamente, trató de escudriñar en la penumbra.

Echando una ojeada a su alrededor, comprobó, o más bien adivinó, en la semioscuridad, que estaba encerrado en uno de los más tristes calabozos del castillo y que se hallaba fuertemente aherrojado con cadenas empotradas en la pared, sin posibilidad alguna de desligarse. Aquéllas le atenaceaban pies y manos, causándole atroces dolores a cada movimiento.

En lo alto de la pared, frente a la pequeña puerta de entrada, una estrecha abertura a guisa de ventana per-

mitía pasar tan sólo un tenue rayo de luz y un poco de aire, apenas lo suficiente para que quien ocupara la celda no muriese asfixiado. El ventanuco era tan estrecho e inaccesible que ni nuestro amigo ni ser humano alguno, por delgado que fuese, hubiera podido huir por él.

No había una mala cama ni un catre y el desventurado Much debía descansar en el suelo húmedo, donde pululaban inmundas alimañas que le prestaban forzada compañía.

Sus ojos empezaron a acostumbrarse a la penumbra; un poco aliviado después de unos instantes de inmovilidad, intentó no sin dificultad darse vuelta para mirar a sus espaldas, pues había percibido un leve ruido semejante al de la respiración humana. Aguzando la mirada distinguió en un rincón un extraño bulto, que parecía ser un cuerpo humano sentado. En este bulto se destacaban únicamente dos ojos brillantes y febriles, que lo observaban con curiosidad. Después de un buen rato el misterioso ser dirigió a nuestro amigo este macabro discurso:

—Ya estás enterado, amigo, de que quien entra aquí no sale sino muerto y después de haber padecido los peores suplicios. Yo mismo no sé a qué atribuir el hecho de que hace mucho tiempo — tanto que ya he perdido la cuenta — me encuentro aquí, sin que me hayan dado el

golpe de gracia. Tal vez me hayan olvidado los dueños del castillo; sólo el carcelero se acuerda de traerme una vez por día, acaso por simple hábito, un trozo de pan y un jarro de agua. Me parece que estoy vegetando desde tiempo inmemorial en esta cueva. . .

No eran seguramente éstas las palabras que deseaba y necesitaba nuestro Much. Tampoco eran las más apropiadas para tranquilizar su ánimo, por cierto ya muy inquieto.

Sabía muy bien, en efecto, que si los verdugos lo sometían al tormento, ni él ni ningún ser humano podría resistirse a confesar todo lo que interesaba a sus enemigos y que éstos querrían arrancarle por la fuerza. No le cabía duda de que lo que querrían saber de él era el lugar exacto por donde atacar de sorpresa y sin peligro el campamento de Robin Hood, para destruir de un solo golpe al jefe y a toda la banda.

En ese preciso momento recordó que poseía un anillo antiguo, regalo de Robin Hood, que debía servirle en un caso extremo como el actual. Anillos semejantes usaban Robin Hood y los demás componentes de su banda que, por su cargo y por las misiones que se les encomendaban, se exponían al peligro de ser capturados. Este anillo contenía un potente veneno que causaba una muerte instantánea y era conducido por una finísima aguja hueca — como los dientes de las serpientes venenosas por los cuales sale el líquido ponzoñoso —, que de un

solo y leve rasguño hería el dedo, liberando a su dueño, para siempre, de las infelicidades de este valle de lágrimas.

Consolábase Much confiando en este último recurso para no cometer una traición, tan a su pesar, contra sus amigos. Ya algo tranquilizado por estos pensamientos, se volvió hacia el desconocido y le preguntó:

—¿Quién eres tú? ¿Por qué estás reducido a esta situación, como si fueras un despojo humano? ¿Y por qué te encerraron aquí?

Hubo un largo silencio. Al cabo, no sin hesitación, respondió el interpelado, con voz casi imperceptible:

—Me llamo Ricardo Fitzwalter, y soy el barón At Lea. Un día seguí a mi amo y señor, el gran rey Ricardo Corazón de León, para combatir junto con él a los infieles de Tierra Santa. Pero en el buque en que hacíamos la travesía del Canal de la Mancha viajaban también criminales anónimos. Manos desconocidas provocaron un incendio que destruyó el buque... No sé quién, aparte de mí, pudo salvarse. Sé solamente que fui recogido en una playa de la Bretaña por humildes pescadores, quienes me asilaron durante un tiempo. He vivido con esos excelentes hombres casi un año, compartiendo su misma existencia, comiendo su pan, ayudándoles en la pesca y demás faenas, durmiendo en sus chozas. Luego una barcaza pasó por aquel lugar, permitiéndome embarcarme y volver a mi patria.

"Cuando desembarqué en las costas de Inglaterra ya nada quedaba de mi armadura, ni de mis armas, ni de mi traje de gentilhombre. Parecía yo un pobre mendigo y sólo por el anillo, del cual nunca me había desprendido, se me identificaba. No sin penurias y privaciones, padeciendo hambre y frío, llegué a esta ciudad, donde sabía que enseñando el anillo, cualquier persona habría reconocido, por las armas labradas en la piedra, que se trataba de las pertenecientes a la baronía At Lea. Me presenté, por lo tanto, a un caballero del cual sabía que me conocía de muchos años atrás. Tratábase del señor Guy de Gisborn; éste, sin embargo, aparentando no reconocerme, me acompañó al castillo del señor Roberto de Reinault, quien también se negó a hacerlo.

"Ya algo alterado por el contratiempo e intrigado por el extraño comportamiento de ambos caballeros y no explicándome el motivo misterioso que los impulsaba a tratarme en esa forma, pedí ser llevado a presencia del abad Hugo de Reinault, quien no hubiera podido, por cierto, negar que me conocía. Sin embargo, sucedió lo inesperado. Jamás hubiera imaginado lo que iba a acontecer.

"Me llevaron, en efecto, a presencia del abad Hugo de Reinault, pero éste, con gran sorpresa de mi parte, negó categóricamente haberme visto alguna vez, afirmando que yo debía ser un desvergonzado impostor. Encolerizado por esta actitud, enseñé mi anillo, y al

ver que no me prestaban atención reaccioné violentamente. Entonces llamaron a algunos guardias y me hicieron arrestar, arrastrándome ante un tribunal de vulgares ladrones y criminales.

"Delante de un juez, que sospecho improvisado y falso, los tres sostuvieron unánimemente no conocerme y declararon y juraron con solemnidad que yo era un ladrón que me había apropiado del anillo del pobre barón de Fitzwalter, del que sabían a ciencia cierta que había perecido un año antes en un naufragio en el Canal de la Mancha. De nada valieron mis enérgicas protestas y amenazas de castigar en su debida oportunidad a los perjurios. Me trajeron encadenado a este calabozo, donde me encuentro desde hace no sé cuántos días, meses o años, esperando que la muerte me libere de mis sufrimientos. Yo ya nada puedo esperar en esta tierra, pero lo único que lamento es que no me será posible ver jamás ni abrazar a mi hijita Mariana, que si vive debe ser ya toda una señorita, y saber lo que le ha ocurrido. Nada más, nada más puedo esperar de la vida...

Cual un monótono estribillo repetía el miserable las últimas palabras: "nada más, nada más puedo esperar...", en voz tan baja que casi no se oían. Luego, por largo rato se hizo el mayor silencio en la celda. Cada cual quedó sumido en sus meditaciones. Much, atando cabos, se dió cuenta de que el prisionero no era otro que el padre de Mariana, la esposa de Robin Hood. Con

mucha cautela y paso a paso le fué dando noticias de su hija. Se propuso, en fin, darle ánimos e infundirle esperanzas en el auxilio de Robin y de su banda, que a buen seguro harían lo imposible por rescatar a Much y con él a su compañero de celda.

II

El pasaje secreto y la salvación

Mientras esto ocurría, Robin Hood era informado de que Much había sido hecho prisionero en el castillo. Uno de los servidores del mismo, que además de simpatizar con Robin y con su banda era también — cosa que por suerte ignoraban sus dueños — cuñado de uno de los hombres de la selva, se las ingenió para enterar al instante a Robin de los últimos acontecimientos del castillo y del inminente peligro que amenazaba a su lugarteniente.

Dada la gravedad de la situación, se imponían medidas de emergencia. Robin estaba firmemente decidido a tentar lo imposible para no perder a su valiente amigo y colaborador.

Convocó, por lo tanto, a todos los componentes de la banda, hombres y mujeres, y les informó de la crítica situación y del designio de salvar a Much por todos los

medios a su alcance. Les explicó claramente que si no salvaban a tiempo a Much todos ellos se encontrarían muy pronto amenazados por graves peligros. Pidió a todos que colaboraran exponiendo concretamente sus puntos de vista, que serían estudiados en asamblea, adoptándose el que mayores posibilidades de éxito pudiera tener.

Largas horas estuvieron deliberando nuestros amigos. Al fin tomó la palabra uno que dijo:

—Robin, si me permites te voy a dar un consejo que espero sea bueno y realizable.

Robin contestó:

—Ningún consejo o plan será rechazado sin haber sido antes cuidadosamente examinado en todos sus aspectos. Habla, que te escuchamos con la mayor atención.

—Bien —replicó el hombre—. Antes de expresar mi plan conviene que sepas que conozco muy bien el castillo y su disposición. He trabajado hace cuarenta años como albañil y cerrajero en la erección del mismo. El dueño de entonces, que era el duque de Norfolk, fallecido hace más de veinte años, me encomendó la construcción de un pasaje secreto que llevase desde los sótanos del castillo, a través del Canal, hasta un lugar cercano a una casa situada a una legua del castillo mismo. Otro obrero, el duque y yo éramos los únicos que conocíamos este detalle. El duque y mi compañero han muerto, así que ninguna otra persona sabe nada sobre

el particular, pues yo nunca he revelado el secreto; pero ahora, si mi revelación puede ser útil estoy dispuesto a dar mayores detalles acerca del pasaje, que podrá servirnos para liberar a nuestros amigos y dar una severa lección a nuestros enemigos.

Robin pudo observar en los rostros de los presentes que la esperanza renacía en sus corazones. Pidió por lo tanto al ex albañil que describiera detalladamente el pasaje secreto.

—Escuchadme bien —dijo el hombre—; la puerta del pasaje en el castillo está muy cerca de las celdas de los prisioneros y da al pasillo de las mismas. Esta circunstancia nos será particularmente favorable. El pasaje conduce desde el sótano, por debajo del foso, a las afueras y desemboca, como os dije, cerca de una casa que fué demolida. En el mismo lugar existe ahora un molino cuyos dueños ignoran que podrían, sin dificultad y sin que ninguno los viera, penetrar en el castillo. Dado que existen a todo lo largo del pasaje secreto, varias puertas que separan un tramo de otro, es necesario obtener una llave que las abra todas, lo que no sería muy difícil para mí, pues durante muchos años he sido el mejor cerrajero de toda la comarca.

Entusiasmado por el proyecto, Robin Hood agregó:

—En nombre de todos los presentes y también en nombre de Much, que en estos momentos languidece en la prisión del castillo, te agradezco de todo corazón. Tus

indicaciones nos serán muy útiles y esperamos que con tu ayuda, si Dios lo quiere, podamos salvar a nuestro común amigo.

—Permitidme que os dé un consejo — interrumpió Tuck —. Propongo que para evitar peligrosas indiscreciones los molineros sean alejados de su casa con prudente anticipación.

—Bien dicho, fraile — contestó Juanito —. Creo que la mejor solución está en invitar a estos hombres a la taberna más cercana y emborracharlos concienzudamente. En efecto, con algunos litros del mejor vino del lugar quedarán dormidos como ángeles y podremos entrar libremente.

Robin y su ayudante, con la cooperación del buen fraile y de los consejos prudentes de su esposa, Mariana, estudiaron larga y cuidadosamente todos los pormenores con el objeto de reducir al mínimo los riesgos de la expedición. Se preveía para aquella noche una fuerte niebla, que ocultaría la luna, lo que favorecería enormemente la realización del proyecto.

Se resolvió así que una vez alejados del molino sus dueños, un grupo de seis hombres encabezados por Robin penetrarían en el pasillo, guiados por el cerrajero y con la ayuda de las llaves que éste poseía, hasta llegar al alojamiento del carcelero, al cual despojarían de las llaves de las mazmorras.

La hazaña presentaba, por cierto, muchos peligros.

Pero nuestros valientes no se amedrentaban cuando se trataba de salvar la vida de uno de los suyos. Además, esperaban encontrar en las prisiones del castillo muchas otras víctimas de sus perversos dueños, y pensaban aprovechar esta oportunidad para salvar también a estos infelices.

Con gran previsión habían dispuesto todo lo necesario para trasladar lo más rápidamente posible a los prisioneros de sus celdas al campamento de la selva. Hasta llevaban camillas para los que por vejez, desnutrición o heridas no estuviesen en condiciones de evadirse por sus propios medios o montados. Parecía una procesión de negros fantasmas la que se internó silenciosamente por el estrecho corredor que por debajo del foso llevaba al castillo. La oscuridad era densa y debieron encender los faroles que llevaban para el caso.

Después de haber marchado durante media hora, que se les hizo larguísima, la comitiva se encontró frente a una puerta de hierro que parecía no haber sido franqueada desde muchísimo tiempo atrás. Robin hizo una seña a sus hombres para que guardaran silencio e indicó al cerrajero que diera comienzo a su tarea. Este no tuvo grandes dificultades, a pesar de que la cerradura estaba herrumbrosa por la humedad, y a los pocos minutos la pesada puerta de hierro giró silenciosamente sobre sus goznes.

Con toda cautela Robin se adelantó, espada en ma-

no, penetrando en una habitación donde, sobre un jergón, dormía despreocupado el carcelero. Inmediatamente dos de los acompañantes de Robin se arrojaron sobre aquél y antes de que hubiese logrado despertar del todo se encontró maniatado y amordazado. Esto fué cumplido en forma rápida y sigilosa, para no llamar la atención de los guardias que seguramente vigilaban no lejos de allí.

De repente la mirada de Robin fué atraída por un grueso manojo de llaves que pendía de la cintura del carcelero, y aunque el cerrajero sabía hacer uso diestrísimo de su ganzúa, Robin se apoderó de aquéllas y las distribuyó entre sus compañeros para que, sin más tardanza, abriesen las celdas.

El mismo retuvo una y la probó en algunas cerraduras, sin éxito. Al fin, en una de ellas la llave giró. Robin empujó la puerta y a la escasa luz de su farol distinguió, echada en tierra y cargada de hierros, una diminuta figura que le era muy querida: la de Much, imposibilitado de moverse por el peso de sus cadenas y el castigo recibido.

Al oír ruidos hizo un instintivo movimiento de defensa creyendo que entraban sus verdugos. Robin contempló un instante el rostro demacrado y doliente de su amigo y lanzó una exclamación de pena y cólera:

—¡Much!...

Recién entonces reconoció Much a su jefe. Para liberar al desdichado tuvo que intervenir el cerrajero,



abriendo con su ganzúa las prisiones que le sujetaban al muro. Pero Much no podía andar y hubo que llevarlo de allí en hombros. Mas antes de abandonar la celda dijo a Robin, con un soplo de voz:

—Ocúpate de mi compañero de mazmorra. Es un anciano caballero que te alborozarás de haber salvado.

Fué todo lo que pudo decir, y se desvaneció. Pero para Robin estas palabras constituían una orden y se apresuró a dar instrucciones para que sacaran al otro prisionero. Como a Much, tuvieron que conducirlo en hombros, pues el infeliz anciano era incapaz de andar por sí mismo.

Todos los demás presos se hallaban ya libres, y en el mayor silencio la comitiva se puso en marcha.

Entretanto, el castillo dormía. Tan sigilosos y hábiles fueron nuestros amigos, que ninguno de sus moradores vió, oyó ni sospechó siquiera nada de cuanto ocurría en los sótanos.

Al abandonar el lóbrego pasaje secreto, los componentes de la banda dejaron tan perfectamente clausurada la puerta que no quedó rastro de su visita, pues estaba bien oculta y los dueños del castillo ignoraban su existencia.

A la mañana siguiente encontraron bien sujeto y amordazado al carcelero, quien no pudo explicar cómo habían desaparecido todos los prisioneros.

No habiendo visto nada, tampoco supo quién lo había amordazado ni por dónde se habían fugado libertadores y presos. Los castellanos trataron por todos los medios de averiguar el paradero de los prisioneros interrogando, entre centenares de personas, a los dueños del molino. Pero tampoco éstos pudieron dar noticia alguna, pues nada habían visto cuando regresaron, esa memorable noche, borrachos como cubas. Y los pobres, afirmando no haber visto nada que pudiera despertar sus sospechas, obraban efectivamente de buena fe, pues nada en absoluto pudieron ver ni oír dado que nuestros amigos no habían dejado huellas de su paso.

Pero volvamos a nuestros amigos, a quienes dejamos a las puertas del pasaje secreto.

Favorecidos por la oscuridad de la noche, habían llegado sin tropiezos al bosque que los albergaba. Allí los aguardaban sus compañeros, quienes habían dispuesto todo lo necesario para cuidar y curar a los infelices prisioneros.

En el trayecto, Much relató todo lo que le había ocurrido y explicó quién era el anciano que había sido rescatado junto con él.

Robin, emocionado y feliz por haber salvado la vida del padre de su querida Mariana, comenzó, con gran precaución, a explicar al viejo caballero quién era, ya que consideraban bandido al que había contraído nupcias con su hija.

Al llegar al refugio de nuestros héroes, en la selva, se desarrolló una escena emocionante cuando Robin dijo a Mariana:

—Querida Mariana, sé fuerte y agradece infinitamente a Dios. No sólo he vuelto yo, cumplida mi misión, sino que traigo conmigo a alguien que está muy cerca de tu corazón: tu padre...

Difícilmente reconoció Mariana en aquel despojo humano a su progenitor reducido a piel y huesos y en el cual no se podía descubrir al brillante caballero de antaño, tal como ella lo había visto por última vez, cuando al salir para las Cruzadas la había dejado en el convento.

—¡Padre mío, en qué estado te encuentro y cómo debes haber sufrido! —exclamó Mariana.

—Hija mía — dijo con voz débil y temblorosa el viejo —, Dios me dió fuerzas para sobrevivir y me concedió la gracia de poderte abrazar una vez más.

—Necesitarás muchos cuidados, padre mío — dijo Mariana —, y mi cariño te hará olvidar todas las penas y maldades que te hicieron sufrir tus enemigos.

Efectivamente, el anciano necesitó muchos meses de cariños y cuidados y sabias curas de Mariana y del fraile Tuck para reponerse. Mucho contribuyó a su salvación la felicidad del viejo caballero al ver que su única hija, tan linda y buena, estaba sana y salva y era dichosa esposa de Robin Hood, el actual bandido, quien era y seguiría siendo el conde de Huntingdon, grande y noble caballero, honrado defensor de los pobres y de los perseguidos.



Donde se habla de Ricardito y del rapto de Mariana

Empezó entonces un período de mayor felicidad para nuestros héroes. Para acrecentar, si fuera posible, la dicha de Robin Hood, una linda mañana en que las hojas doradas por el sol otoñal caían lentamente, empujadas por un débil viento, Mariana se acercó a Robin con aire misterioso y le susurró al oído algunas palabras.

Anunciaba Mariana a su querido esposo que para el fin de la siguiente primavera esperaba el advenimiento de un hijo.

Imaginemos cuál no sería el alborozo de Robin y de todos sus amigos al enterarse de esta buena nueva. Todos consideraban como príncipe heredero del reino de Sherwood al hijo de Robin que iba a nacer.

Los días y los meses transcurrieron velozmente en espera del fausto acontecimiento. Y cuando éste se produjo fué inenarrable el regocijo de todos.

Habían sido preparadas grandes fiestas en honor del hijo de Robin, pues, en efecto, nació un varón, como era el deseo de todos. Le impusieron el nombre de Ricardo, como su abuelo materno, y fué solemnemente bautizado en la capilla del bosque de Sherwood. Constituía el pequeño Ricardo la joya y la esperanza de sus padres y de todos los desterrados de la floresta, que veían en él al sucesor de su amado jefe.

El pequeño crecía sano y fuerte y estaba dotado de gran inteligencia. De corazón bondadoso, era obediente y cariñoso con sus padres, a los que quería entrañablemente, y del mismo modo amaba a todos sus compañeros.

Cuando el niño llegó a los cinco años, el buen fraile lo tomó bajo su custodia e inició su educación.

En las horas que le dejaban libres los estudios impuestos por Tuck, el padre le enseñaba a Ricardito a cabalgar, saltar fosos, nadar, trepar a los árboles y toda otra actividad deportiva, para desarrollar sus músculos y fortificar su cuerpo.

No obstante su vida en la selva, su educación era tan buena como la que podía tener un príncipe en el más lindo castillo.

Crecía fuerte y ya antes de caminar sabía usar el arco y la flecha como el mejor de los arqueros de la selva.

Era el digno heredero de estos nobles sajones, y el padre lo preparaba para que un día pudiera sucederle eficazmente en la dirección del condado, si la suerte le permitía reconquistar el título y las posesiones de los condes de Nottingham.

Fueron éstos, indudablemente, los años más felices que pasaron nuestros amigos en la selva de Sherwood.

Pero no hay dicha duradera en este mundo terrenal.

Cumplía Ricardo los ocho años cuando recrudeció la encarnizada guerra que le hacían a Robin y su banda sus tradicionales enemigos. Estos no le perdonaban las feroces burlas de las cuales habían sido objeto y esperaban el momento oportuno para vengarse. Y este momento llegó.

Cierta tarde Mariana y Ricardo estaban recogiendo flores en un prado, cuando dos hombres bien armados y que provenían, con toda seguridad, del castillo de Guy de Gisborn, se les acercaron sin ser vistos ni oídos. No conocían al hijo de Robin y de Mariana, pero sí reconocieron a esta última y decidieron raptarla.

A tal efecto esperaron que el pequeño se alejara lo suficiente de la madre, y al incorporarse Mariana con algunas hermosas flores en las manos, le interceptaron de improviso el paso y la sujetaron rápidamente, sin cuidarse de los gritos que profería la joven. Ricardo sólo alcanzó a ver cómo los dos hombres ponían a su madre sobre un caballo y emprendían un veloz galope, hasta

desaparecer de su vista. Apenas salió de su estupor corrió al refugio, gritando:

—¡Padre Tuck!... ¡Padre Tuck!... ¡Han raptado a mi madre!

Tuck salió precipitadamente de la capilla y pidió al pequeño que le narrase lo sucedido.

No fueron necesarias muchas palabras para que Tuck se diera cuenta de la triste realidad. Y muy apenado, se preguntaba cómo explicar a Robin, cuando volviera de caza, lo ocurrido a Mariana.

Pero no hacía falta decir nada, porque en aquel momento Robin llegaba y oía las últimas palabras de su hijo.

Quedó Robin mudo y con los ojos fijos en el vacío, paralizado por el dolor y la cólera. Mientras tanto, la noticia de la desaparición de Mariana ya era conocida por todos. Much y Juanito llamaron a Tuck y conferenciaron animadamente, en espera de que Robin se recobrase.

El carácter resuelto de Robin no le permitía permanecer mucho tiempo sin tomar una decisión y obrar en consecuencia. Con sus amigos se puso a discutir la mejor forma para salvar a su querida Mariana, dejándose llevar más de una vez, sin embargo, por la cólera y el dolor, pues en algunos momentos no podía dominarse.

Nuestros amigos sabían que en manos de sus adversarios peligraba no sólo la vida, sino también el honor

de Mariana, pues con toda seguridad la llevarían al castillo de Bellamy, donde el señor de éste se complacería en vengarse ferozmente de Robin, llegando quizás a matar a su esposa.

Había, por lo tanto, que resolver lo que convenía hacer, y obrar rápidamente. Pero no era cosa de niños penetrar en el castillo para salvar a Mariana. Había que proceder en idéntica forma que cuando nueve años atrás se trató de salvar a Much y al padre de Mariana de las garras del malvado Roberto de Reinault.

IV

Iron, el caballero desconocido

Mientras discutían diversos planes llegó uno de los centinelas, para advertir a Robin de que se oía el eco del galope de una cabalgadura a dos o tres leguas de distancia.

Interrumpieron la reunión y Robin se dirigió al puesto del centinela. No había transcurrido mucho tiempo cuando se vió avanzar a un caballero montado sobre un maravilloso caballo blanco y cubierto con una espléndida armadura, cuya visera baja le ocultaba el rostro.

Cuando llegó al lugar donde estaba Robin, éste saltó delante del caballo del desconocido y lo tomó por las riendas deteniéndolo, con gran estupor del caballero, que lo interpeló con estas palabras:

—¿Quién eres tú, que te atreves a interceptar mi camino, y por qué lo haces?

El tono altanero y firme de gran señor con que las pronunció intimidaron por un momento a Robin, quien reponiéndose de la estupefacción que le causaron, le preguntó a su vez:

—¿Qué haces tú por acá, loh señor!, en el reino de Sherwood? ¿No sabes que yo soy el rey de la selva y que ninguno puede entrar en ella sin mi consentimiento, a menos que sea el mismísimo rey Ricardo, Corazón de León? ¿Y por qué en vez de pedir hospitalidad en el castillo más cercano, para pasar la noche, prosigues tu viaje por la selva, sin cuidarte de los peligros y sin demostrar miedo alguno, aun cuando desconocidos puedan interceptar tu camino?

El caballero pareció meditar un momento la respuesta, y luego dijo:

—Al parecer he topado con los bandidos de la selva de Sherwood, que son comandados por uno apodado Robin Hood. Me habían advertido de este peligro, pero he querido encontrarme a solas con ellos, pues me dijeron que tienen sus buenas razones para combatir a los señores barones. ¿Estoy en lo cierto?

—Extrañas palabras, en verdad, para un caballero que lleva las armas de los normandos. ¿Me encuentro frente a un amigo o a un enemigo? —preguntó Robin.

—Aunque normando como dices, puedes considerarme como un amigo, por el momento —dijo con grata voz el desconocido.

—Sí, señor — contestó entonces Robin —, soy precisamente aquel que buscas, Robin Hood, y me pongo a tus órdenes. ¿En qué puedo servirte?

—Quiero conocer los verdaderos motivos por los cuales tú y tu banda os habéis rebelado contra el rey Juan Sintierra y la ley dictada por él. Si vuestras razones son justificadas, me pondré de vuestro lado y combatiré junto con vosotros a los señores barones. Y si no me convencen, os combatiré a ti y a tu banda, hasta haberte aniquilado.

—Sígueme a mi refugio: allí te explicaré todo lo que quieres saber y estoy convencido de que después de haberme escuchado te pondrás con el alma y el corazón de mi lado. No soy un bandido ni un criminal. . .

Y así diciendo ayudó al caballero a bajar de su cabalgadura y lo condujo al refugio.

Después de haberle dado abundantemente de comer y beber, estando de sobremesa empezó a contarle su historia, que, aunque muy larga, fué escuchada con la máxima atención por el desconocido, quien fué enterándose de los pequeños detalles, como también del rapto de Mariana, recién acaecido.

—Puesto que tenéis que discutir un plan de acción para penetrar en el castillo — dijo el desconocido —, os dejaré solos; mientras, meditaré sobre vuestra situación. Es mejor así, pues todavía no he decidido qué actitud adoptar, y si tuviese que rechazar vuestra proposición, juzgo que es más honrado no conocer vuestro plan de

combate. Voy a descansar un rato y cuando vuelva, dentro de un buen par de horas, os daré mi contestación. Seguid, mientras tanto, deliberando...

Y el caballero se levantó de la mesa y se retiró a cierta distancia, tendiéndose a descansar sobre las hojas secas amontonadas bajo un frondoso árbol y cubriéndose con una preciosa manta que llevaba consigo.

Todas las simpatías se inclinaban a favor del caballero desconocido, que demostraba con su actitud y sus palabras tener un sentido muy superior al común sobre la equidad, la justicia, la caballerosidad y la bondad, unidas a ese especial aspecto que poseen aquellos que están acostumbrados al mando. Robin, como los demás, esperaba, por lo tanto, que el misterioso extranjero se uniese a él y a los suyos, y habíale designado in mente para el cargo que más concordante le parecía con sus notorias dotes innatas de jefe.

El sol se ocultaba lentamente detrás de los árboles cuando el desconocido volvió y, dirigiéndose a Robin, le dijo:

—Robin Hood, he meditado profundamente sobre todo lo que me has contado. Estoy seguro de que es la pura verdad y confieso que además de encontrar justo vuestro proceder, siento hacia todos vosotros mucha simpatía y reconozco que vuestras razones son buenas. Necesitabais mucho valor para tomar la decisión — y realizarla — de vivir como habéis vivido hasta ahora en el

bosque de Sherwood, en lucha contra los perseguidores y enemigos implacables, que son los barones y señores feudales, desde hace más de una década. Aunque a veces os habéis excedido en vuestras venganzas, las pruebas a las cuales habéis sido sometidos os justificaban y absuelven. Estoy, por lo tanto, resuelto a ayudaros con todas mis fuerzas, para castigar a esa gente como se lo merece, lo que me proporcionará un particular placer. Estoy ahora a vuestras órdenes, y mande Robin Hood, que es el verdadero jefe de la selva.

—Nos sentimos todos muy felices de tener entre nosotros a un hombre como tú — contestóle Robin —. Te llamaré “el caballero Iron”, por tu armadura, ya que no diste nombre alguno ni quisiste darte a conocer. Tendrás el mando de un grupo de mis hombres y deberás ejecutar el plan que te explicaré luego. Ahora, propongo que todos vitoreen a nuestro nuevo compañero. ¡Viva Iron! ¡Viva Iron!

—¡Viva Iron! ¡Viva Iron! — gritaron con el máximo entusiasmo, en coro, los presentes.

—Gracias — dijo el caballero desconocido, y no agregó ni una palabra más.

V

Un consejo de guerra, un plan ingenioso y su feliz éxito

Robin Hood, una vez acallados los vítores, reunió a sus lugartenientes y a Iron y les expuso el plan que había madurado en su mente. Era el siguiente:

Robin Hood, a la cabeza de algunos de los más valientes de sus hombres y acompañado por Much, repetiría la hazaña ya realizada una vez, penetrando en el castillo por el pasaje secreto que conocemos. Había que alejar ante todo a los molineros, que todavía vivían en el lugar. Una vez asegurada la libre entrada del pasaje secreto, alcanzarían los sótanos del castillo.

Todos los que formaran parte de la expedición debían vestir indumentarias cómodas, para tener la mayor agilidad posible, y llevar únicamente armas blancas y cortas. Una vez adentro debían deshacerse, lo más silenciosamente posible, de los carceleros que moraban en los

sótanos. Luego se dirigirían a los pisos superiores, hasta llegar a la sala donde sabían, por información fidedigna, que estaba encerrada Mariana. Por afortunada casualidad esta sala era contigua a la escalera que conducía al sótano, de modo que si nuestros amigos tenían suerte, podrían aprovechar el momento en que nadie anduviera por los pasillos, para rescatar a Mariana y ponerla rápidamente en salvo. Esta última tarea estaba encomendada a Much, quien debía acompañarla por el pasaje secreto hasta el molino, y de allí, con las cabalgaduras ya preparadas de antemano, llevarla hasta un lugar seguro, donde la esperarían el pequeño Ricardo, su padre y el fraile Tuck.

Mientras tanto, Robin, en el interior del castillo, no perdería el tiempo y trataría de llegar hasta el local de guardia, donde se encontraban las palancas que servían para maniobrar el puente levadizo, para bajarlo y de esta manera permitir a Iron y Juanito, a la cabeza de todos los demás hombres de la banda, penetrar en el castillo con el máximo ímpetu, para aumentar así la sorpresa de sus moradores.

Los invasores debían ir, por supuesto, montados, revestidos de invulnerables armaduras y bien armados.

Una vez que Iron y Juanito se hubiesen reunido con Robin y los hombres de su expedición en el castillo mismo, debían prenderle fuego, atacando a todo aquel que se resistiera. Y puesto que todos los hombres de

armas que estaban al servicio de los señores de Reinault, Bellamy y Gisborn eran mercenarios, o sea que combatían y los defendían únicamente porque eran pagados con escudos contantes y sonantes, descontaban nuestros amigos que poca o ninguna resistencia opondrían a las resueltas tropas de Robin.

Preveían, sin embargo, que algunos pocos, y los mismos castellanos lucharían hasta verter la última gota de sangre, por lo que no esperaban prenderlos con vida.

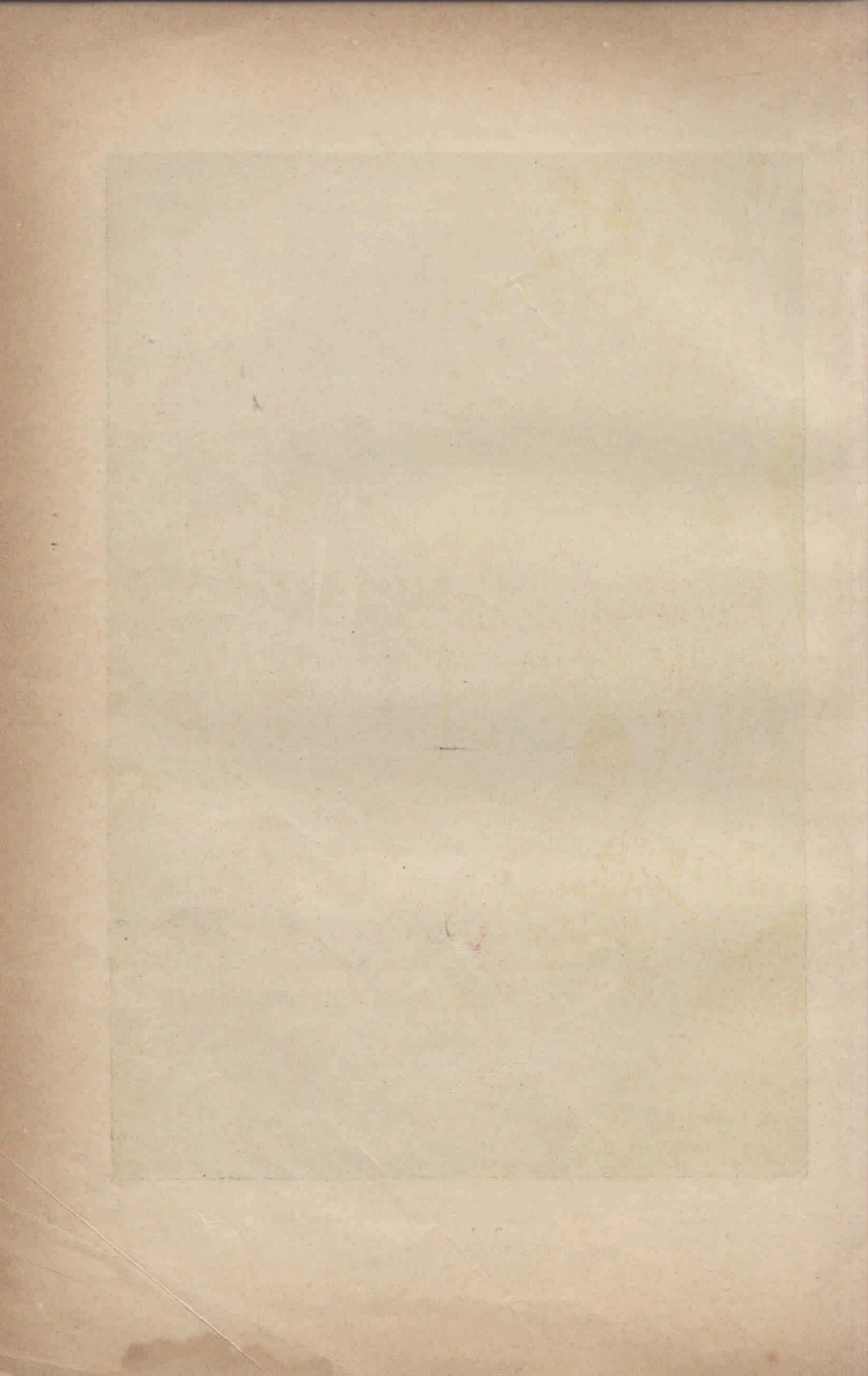
Al promediar la noche, por suerte sin luna, cada cual, bien impuesto de su cometido, empezó la realización del ingenioso pero arriesgado plan.

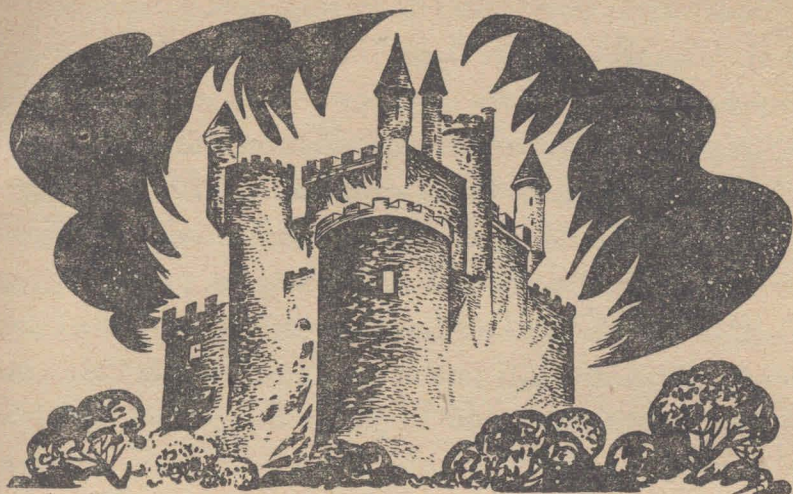
Los molineros ya habían libado abundantemente en honor de Baco y roncaban ruidosamente en la taberna del pueblo, cuando Robin, Much y los demás penetraban en el pasaje secreto. No tuvieron ningún impedimento y llegaron a los sótanos del castillo, donde el carcelero dormía profundamente.

Robin estaba ya a su lado y se aprestaba a maniatarlo cuando aquél, probablemente despertado por algún ruido insólito, se echó a gritar dando así la alarma a la gente del castillo.

El cerrajero y Much, que ya habían llegado hasta él, le pusieron inmediatamente una mordaza; pero ya estaba el castillo sobre aviso y esto complicaría inesperadamente la ya difícil misión que estos valientes hombres se habían propuesto.







No perdieron más tiempo en el sótano y se precipitaron en masa por la escalera, llegando en pocos segundos al pasillo que conducía a aquélla. Al abrir la puerta se encontraron con tres hombres de la guardia, que acudían a los gritos, pero que todavía no habían localizado el lugar de donde provenían. Eran tres contra tres y la sorpresa fué para ellos la mayor desventaja, pues Robin, Much y el cerrajero, sin mayor lucha, los dejaron fuera de combate.

Sin embargo y a pesar de su brevedad, fué lo suficientemente ruidosa como para llamar la atención de Guy de Gisborn, que se encontraba a poca distancia de allí. Se dió cuenta de inmediato de lo que sucedía y antes de que nuestros amigos pudieran adivinar su intención corrió

a la habitación donde se encontraba Mariana y la cerró tras sí. Cuando Robin llegó, aquella puerta ya era infranqueable.

Sin desconcertarse por esto, los tres amigos aguardaron algunos minutos, hasta que hubieron llegado arriba los demás compañeros. Robin dió orden a dos de ellos de guardar la salida de la habitación citada, para evitar que por allí huyese Guy. Tres hombres debían seguir a Much, quien trataría de salir por la ventana de una sala contigua y arrastrándose a lo largo de la cornisa penetraría por la ventana del aposento donde se había encerrado Guy y en el cual peligraba nuestra Mariana. Esto debía ser ejecutado, naturalmente, con la máxima cautela, y requería una buena dosis de coraje, presencia de ánimo y abnegación.

Robin y sus acompañantes, conociendo perfectamente el plano del castillo, se dirigieron sin pérdida de tiempo al local de guardia, bastante alejado de donde estaban, por cuyo motivo los guardias nada sabían de lo que había pasado. Fué por lo tanto una verdadera sorpresa para ellos cuando, sin que nada lo hiciera prever, fueron maniatados y amordazados en tan breves instantes que no les fué posible proferir ni un lay!

Se disponían nuestros amigos a efectuar lo más urgente, o sea bajar el puente levadizo, cuando fueron interrumpidos en esta tarea por una veintena de hombres armados hasta los dientes, que creyendo poder vencer

fácilmente a esos que parecían completamente desarmados, se echaron sobre ellos.

No habían contado, sin embargo, con la agilidad y la habilidad de nuestros amigos, que como si fuera cosa de juego los inutilizaron, haciéndolos rodar por el suelo, trabados por las entorpecedoras armaduras, y luego los ataron unos con otros, permitiendo a Robin proseguir en su importante ocupación de manejar las palancas del puente levadizo.

No habían conseguido bajarlo aún completamente que ya se habían reunido en el patio del castillo la mayoría de las tropas montadas, y Robin y sus amigos se vieron frente a frente con Roberto de Reinault y Raúl de Bellamy, armados de punta en blanco.

Entonces comenzó la verdadera batalla. Todos sabían que se trataba de una lucha sin cuartel y que ninguno daría tregua al adversario hasta no haber dejado muertos a buen número de enemigos. El duelo fué largo, feroz y sangriento: era cuestión de vida o muerte, pero para nuestros héroes la victoria significaba mucho más: el triunfo de la justicia sobre el mal, de la seguridad de todos los suyos contra la persecución de los malvados. Y por esto Robin y sus compañeros, sin cambiar palabra, resolvieron luchar con todas sus fuerzas, dispuestos a ser ellos los vencedores.

Cuando llegaron Iron, Juanito y los demás, presenciaron las últimas fases de la batalla y pudieron auxiliar

a Robin y a los suyos, liberándolos del peligro inminente que se cernía sobre ellos de ser vencidos por la fuerza bruta. Hicieron prisioneros a los tres jefes enemigos y en seguida se precipitaron, con Robin a la cabeza, en el interior del castillo, para salvar a Mariana. Al llegar ante la sala cerrada golpearon enérgicamente a la puerta, instándole Robin a Guy de Gisborn a que se rindiese, pues la partida estaba decidida.

—Nunca me rendiré — respondió Guy —. Antes bien, me mataré y mataré por venganza a tu esposa, que se encuentra en mi poder. Os conviene, por lo tanto, dejarme marchar sin tocarme ni un cabello, ya que me valdré de Mariana como un escudo.

Mientras trataban esto llegó uno de los hombres que acompañaran a Much, para decir a Robin que estaban a punto de introducirse en la sala donde Guy se había refugiado, sin que éste se percatara de lo que ocurría a sus espaldas.

Robin ordenó entonces al hombre que regresara junto a Much y le indicara que tan pronto Guy hubiera abierto la puerta y se dispusiera a abandonar la sala, le disparara una flecha, cuidando de no herir a Mariana.

Esperó Robin el tiempo que creyó suficiente para que el enviado transmitiera su mensaje a Much, y dirigiéndose a Guy le dijo:

—Bien, Guy de Gisborn, por esta vez has ganado la partida. Te dejaremos salir, pero acuérdate de que no nos

faltará oportunidad para desquitarnos y hacerte pagar cara esta acción tuya.

Satisfecho por el éxito de su tratado, Guy abrió la puerta llevando delante de sí a Mariana, a modo de escudo, la cual, por valiente que fuera, sentíase desfallecer de miedo y de la emoción causada por esas horas de cautiverio.

En ese preciso instante un certero flechazo salvó la situación. El dardo, que había sido arrojado por Much, le penetró por entre las escápulas a Guy, atravesándole el corazón. Lentamente fué doblándose sobre sí mismo, cayó de rodillas, en actitud de orar, y expiró sin pronunciar palabra, no sin antes arrancar el limbo del traje de Mariana.

Sin cambiar vanas palabras, Robin y Mariana se dieron un corto e intenso abrazo. En seguida Robin dió orden a Much de poner en salvo a su esposa.

Hecho esto corrió adonde combatían Iron, Juanito y los demás, para ayudarlos con los hombres que tenía a su disposición, hasta que todos los mercenarios, hombres de armas y servidumbre del castillo, renunciaron a seguir luchando. Para evitar peores males se rindieron todos y aceptaron, a cambio de la vida, alejarse del castillo. Después de esto, cuando ya ningún ser viviente quedaba en él y todas las riquezas y objetos de valor y de arte habían sido sacados de allí y cargados sobre caballos, mulas y carros tirados por bueyes, Robin y los suyos

prendieron fuego a la maldita morada y se alejaron a prudente distancia para contemplar la total destrucción del castillo por las llamas.

Cuando Robin se dió vuelta en busca de Iron, éste había desaparecido. Ni Robin ni ninguno de su banda supo quién era ese generoso caballero que los había ayudado.

Esta fué la única nube en la dicha de nuestros héroes. Su alegría y felicidad al reunirse todos, Mariana y Robin, Ricardo y Ricardito, Tuck, Juanito, Much y todos los demás, fué intensa y la festejaron dignamente con cantos, bailes y una succulenta comida, no sin antes acercarse a Dios bajo los auspicios del buen fraile Tuck, en acción de gracias, en la pequeña capilla levantada en la cavidad del árbol más grande del bosque de Sherwood.

VI

El padre Tuck va a la ciudad

Llegó el otoño. Fué un otoño triste y húmedo; llovía a menudo con esa lluvia fina, peculiar de los países del norte. Raras veces el sol tenía la fuerza de horadar las nubes y llegar hasta la tierra para darle un poco de calor. Muchos de los árboles de la selva y del campo habían perdido su verde vestimenta. El suelo, que rezumaba agua, hacía impracticables los caminos.

Nuestros amigos, los bandidos del bosque de Sherwood, se habían ocultado en sus refugios impenetrables y esperaban ansiosamente que llegara el invierno, que, aunque más frío, les permitiría salir a cazar y reanudar casi normalmente sus ocupaciones y tareas acostumbradas.

Durante este triste y monótono período nada notable aconteció, igualmente a lo que ocurría todos los años,

pues había una neta separación entre los moradores de las ciudades, campos y castillos y los de la selva de Sherwood. Era sin duda el período más tranquilo, aunque el más penoso, por la inactividad forzosa de nuestros amigos y porque paulatinamente menguaban las reservas acumuladas durante las buenas temporadas.

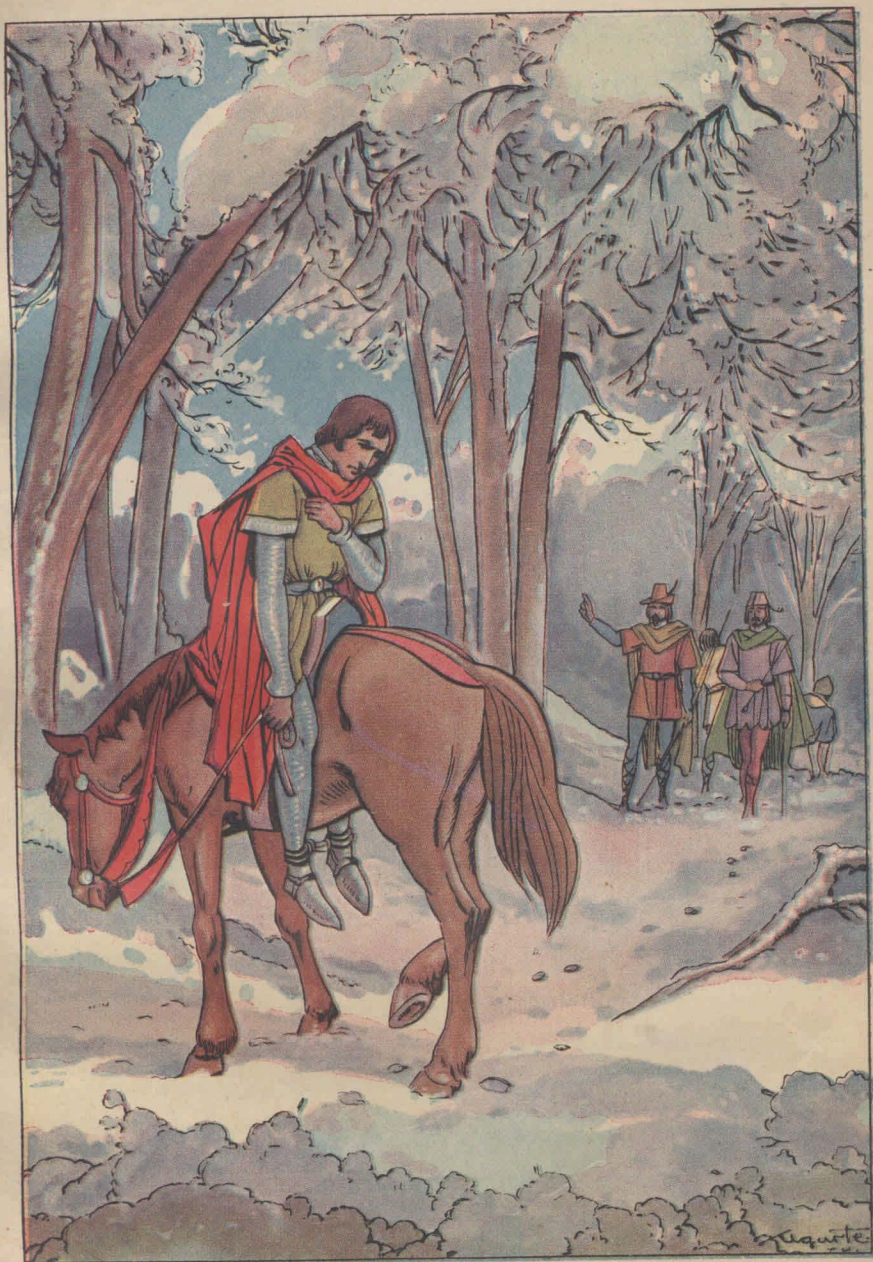
La población había crecido notablemente, pues entre nuevos adeptos, otras mujeres llegadas al campamento y muchos niños nacidos en los últimos años, alcanzaba casi al medio millar.

Hacían falta abundantes provisiones para satisfacer las necesidades de esta población, y las preocupaciones de Robin y de sus lugartenientes eran muy grandes en estos meses.

Cuando por fin llegó, casi tímidamente, el invierno, dejando caer lenta y suavemente, en una calma atmosférica que parecía irreal, gruesos y brillantes copos de nieve, el acontecimiento fué festejado por todos con el mayor júbilo.

Poco después toda la comarca se vistió con una cándida sábana que cubría las asperezas e irregularidades del suelo. Los manantiales y los pequeños ríos de la selva se helaron, y en las fuentes de las campiñas y ciudades pendían iridiscentes cristales que reflejaban rayos multicolores en sus faces prismáticas.

Todo esto significaba para nuestros amigos el reanudamiento de sus paseos y batidas de caza y sus incursio-



nes por los campos y pueblos, para ejercer su tan deseada y temida justicia distributiva de las riquezas.

Era ya una tradición que los pobres y los perseguidos recibieran de Robin, en los comienzos del invierno, la ayuda que pudieran necesitar.

El pueblo todo estaba con el alma del lado de Robin Hood, del que había hecho ya su héroe legendario, pues era el abanderado de la reacción contra los usurpadores y los barones.

La corona ya sentía la necesidad de apoyarse en el pueblo, en contra de los señores feudales, cuyas pretensiones iban siempre en aumento, pues querían someter al pueblo en la máxima medida, obteniendo de la corona, por otra parte, las mayores ventajas y privilegios posibles.

Cuando apenas habían caído las primeras nieves, Robin llamó a Tuck y le dijo:

—Mi buen amigo, necesito que vayas a la ciudad para ponerte en contacto con nuestros amigos de allá. Ellos te informarán de lo ocurrido en estos últimos tiempos y te ruego escuches muy atentamente lo que te digan, porque de esos informes dependerán todos los planes de los meses venideros.

—Ya sabes, querido Robin, que nunca he rehusado los encargos que me confiaste. Sé que mi ausencia durará algunos días, y lo único que verdaderamente lamento es que nuestros compañeros y amigos, los niños y las muchachas, quedarán todo este tiempo sin los servicios reli-

giosos, la asistencia sanitaria y la instrucción diaria que desde que he entrado a tu servicio les he proporcionado. Pero es necesario tener paciencia; por mi parte, trataré de ejecutar tus órdenes lo más rápidamente posible para volver cuanto antes junto a vosotros.

—Gracias, padre Tuck. Sé que puedo contar contigo. Que Dios te guarde y cuide en tu misión.

Después de estas palabras Tuck dejó a Robin y fué a su choza a prepararse para el viaje.

Al caer la noche se dispuso a partir y se despidió de todos. Deseaba aprovechar la magnífica noche de luna, que se reflejaba sobre la nieve alumbrando el camino, y descontaba llegar a la mañana siguiente a la ciudad.

En efecto, durante la noche no era posible entrar en ella, pues las puertas estaban cerradas y estrictamente vigiladas y se abrían solamente a la mañana, con las primeras luces del día. Había, por lo tanto, que tratar de penetrar en la ciudad en compañía de algún comerciante o viajero que entraba para ofrecer sus mercaderías. Por este motivo, Tuck, una vez en camino hacia la ciudad, esperó pacientemente que se presentara la ocasión propicia, sentado bajo un árbol.

Pasó el tiempo y nuestro buen Tuck, un poco por el hambre, un poco por el frío y mucho por el cansancio, se quedó dormido.

El ruido de unos carruajes y de pasos de personas lo sacó del reino de los sueños. Abrió los ojos y se vió ro-

deado por una caravana que contemplaba, curiosa y sorprendida, al fraile durmiente bajo el árbol.

El que parecía jefe le dirigió la palabra:

—¡Oh!, buen fraile. ¿Estás enfermo, te sientes mal? ¿Podemos, yo y mis compañeros, servirte en algo?

No bien se hubo repuesto Tuck de la sorpresa del primer momento, comprendió las ventajas que le presentaba el encuentro con esa comitiva, que parecía muy bien dispuesta hacia él. Contestó, por lo tanto:

—Gracias, amigos, tengo mucho frío y estoy hambriento, y como primera cosa os ruego servirme de alguna bebida fuerte para que reaccione, y luego, un buen trozo de pan con lo que tengáis disponible.

No había terminado de expresar su deseo cuando tres de las más lindas muchachas de la caravana ya le estaban ofreciendo, con una amable sonrisa, una, un jarro de fuerte licor, que el fraile aceptó con gratitud, bebiendo ávidamente su contenido; la segunda, un trozo de buen pan negro, y la tercera, un gran trozo de tocino.

—Lamentamos no tener nada mejor que ofrecerte, porque nada más tenemos, pero somos felices de poderte ayudar en este trance difícil — le dijo el jefe de la caravana —. Supongo que te dirigías a la cercana ciudad de Norfolk, y si estoy en lo cierto, permíteme que te ofrezca un puesto en mi “carroza” — e indicaba al mismo tiempo un pobre carro cubierto con un toldo desteñido y agujereado —. ¿Aceptas?

—Claro que acepto lo que con tan buena voluntad me ofreces; Dios os dará las gracias por mí — contestó Tuck.

Y sin hacérselo repetir saltó con una agilidad extraordinaria para un hombre tan corpulento y de edad ya bastante avanzada, que todos aplaudieron, poniéndose en marcha los dos carruajes de la comitiva.

Cuando después de dos horas de viaje llegaron a la ciudad, Tuck pidió que lo dejaran en el mercado, adonde por coincidencia también iban sus nuevos amigos.

Al separarse se prometieron verse otra vez, y el jefe le dió cita al fraile en la misma plaza para ocho días después, a la caída del sol.

VII

Vuelve acompañado por los titiriteros y el padre Rodolfo de Boulon

Muchas diligencias tenía que realizar Tuck en esos pocos días. Visitó a muchos amigos y por ellos supo que corrían insistentes rumores de que el rey Ricardo I, Corazón de León, había vuelto al país, después de haber sido rescatado de su cautiverio mediante importantes sumas de dinero recolectadas por su hermano, el rey Juan Sintierra.

Se narraba también que el favorito de Ricardo Corazón de León, el trovador Blondel de Nesle, había encontrado a su señor prisionero del duque Leopoldo de Austria, contribuyendo eficazmente a su liberación pues por su condición de poeta y trovador le eran accesibles todos los castillos feudales. Ricardo I, encerrado en la torre de un castillo, habría reconocido la voz de su can-

tor en una copla cuya melodía y versos habían compuesto juntos en sus felices años de juventud. Muchas otras valiosas informaciones consiguió en aquella ocasión, hasta que llegó el día en que se había citado con sus compañeros de viaje en el mercado y, por lo tanto, del retorno.

Nuestro buen fraile era muy puntual a sus citas; el sol todavía no se había puesto y ya se encontraba él frente a la iglesia, en la plaza del mercado, donde debía reunirse con sus amigos.

Había en la plaza gran movimiento, pues era día de feria y en un rincón del mercado se apiñaba una muchedumbre de grandes y chicos, mirando algo que nuestro fraile no podía distinguir.

La gente parecía divertirse mucho, pues se oían carcajadas infantiles y se veían sonrisas de satisfacción y de buen humor en el rostro de niños y mayores.

Tuck no era curioso por temperamento; pero, ya porque nada tenía que hacer y esperaba a sus amigos, ya porque quería saber qué atraía a toda esa gente, haciéndola permanecer en la calle, casi entrada la noche y con aquel frío intenso, se acercó y abriéndose paso con los codos llegó a ponerse en primera fila.

Fué grande su sorpresa cuando vió que se trataba de un teatro de títeres. No era un teatrillo común, donde el titiritero maniobraba con los dedos recubiertos de títeres que encarnaban a personajes primitivos y burdos, des-

tinados, por su trivialidad, a la gente menuda, sino que se veía un escenario parecido a un cuadro real, en el cual diminutos pero perfectos personajes movíanse impulsados por hilos invisibles, con una naturalidad casi humana. Declamaban estos pequeños y simpáticos protagonistas, cantaban con voz angelical pequeñas hadas de cabellos de oro, cubiertas con mantos maravillosos, y bailaban y saltaban, todo lo cual hacía creer que se contemplaba a través de un cristal que todo lo empequeñecía, un espectáculo fantasmagórico e irreal, como si se tratase de un sueño.

Muy maravillado quedó nuestro buen fraile, pues nunca había visto cosa similar; y él también, como el más cándido de los niños, permaneció absorto y con los ojos brillantes de alegría y de felicidad. Y empezó a pensar lo bonito que sería si esos titiriteros fueran a alegrar a niños y grandes del campamento. Hubiera dado parte de su ser para poder realizar este deseo.

Quedó allí hasta el final de la función, sin acordarse de la cita que tenía con sus nuevos amigos. De improviso se le ocurrió una idea y, sin perder tiempo, se dispuso a realizarla.

Una vez acabada la función se metió resueltamente detrás del escenario, para proponer al dueño de los títeres que fuera con él al bosque, terminada la temporada, pues suponía que durante el invierno muy poco habrían de ganar los titiriteros con sus espectáculos.

Llegó el instante en que el titiritero bajaba las escaleras que conducían al escenario y reconoció, con sorpresa, al jefe de la caravana que con tanta amabilidad lo había ayudado a llegar a la ciudad. Muy animado por esta circunstancia, lo llamó para conversar con él.

Mientras tanto, caía la noche; la oscuridad se hacía cada vez más impenetrable, interrumpida aquí y allá por alguna luz que brillaba en una ventana. En las casas de algunos pocos, evidentemente de los ricos, había grandes candelabros con numerosas velas, y la luz que irradiaban las ventanas alumbraba la zona circundante con resplandecientes haces que reverberaban sobre la nieve.

Nuestros amigos apenas podían verse las caras.

—¿Te gustó la función, amigo fraile? — preguntó el titiritero.

—Es sorprendente — le contestó Tuck — lo rápido que se me pasó el tiempo al asistir a tu espectáculo. Tanto que me olvidé que tenía cita contigo en este mismo punto. Me has proporcionado verdaderamente una gran emoción y una agradable sorpresa. Te felicito sinceramente porque eres un gran artista y debo confesarte que me he entretenido muchísimo.

—Mucho me alegra que te haya gustado nuestra obra. Nosotros vivimos de esto.

—Dime — preguntó Tuck al titiritero —. ¿Estás satisfecho de tu vida y de la marcha de tus negocios?

—No puedo quejarme. Tengo satisfacciones morales,

pues yo y mis compañeros gozamos con hacer divertir a la gente, sean grandes o chicos.

—Lo he comprobado conmigo mismo —dijo Tuck—, pues me quedé asombrado de la perfección artística de tus personajes.

—Lo sé — dijo el titiritero —. Me gusta ver cómo, asistiendo a mis espectáculos, los adultos rejuvenecen, remozados por el toque mágico del optimismo, de la poesía y de la gracia espiritual.

—Y esto te hace feliz, ¿verdad?

—¡Sí! Los pequeños también se divierten mucho y pasan horas encantadas en nuestra compañía. Aseguran a sus padres que serán buenos y obedientes, con sólo que se les prometa traerlos a ver mis muñecos.

—Dime, titiritero, ¿quién canta tan dulcemente, que parece un ángel caído del cielo?

—Es mi hija, la menor de las tres muchachas que ya conoces. Tiene diecisiete años y me ayuda muchísimo. Además, el chicuelo que has visto, mi hijo, de diez años, y mi esposa, manejan bajo mi dirección los hilos que mueven los títeres.

—Pero, ¿y los negocios? — preguntó Tuck—. ¿Son florecientes?

—Bueno, te confesaré que en primavera, verano y otoño nos defendemos y ganamos bastante para vivir. Lo malo para nosotros es siempre el invierno, porque con el frío la gente no sale de sus casas, por temor a que se

enfermen los niños, y dan poco dinero porque ellos también, en su mayoría, no ganan mucho en invierno.

—¿Y pasáis a menudo hambre? — preguntó interesado el fraile.

—Hambre, verdaderamente, no podemos decir, pues sería desconocer la bondad de Dios. En efecto, durante las buenas temporadas siempre ahorramos algo que nos sirve luego para el invierno. Claro está que tenemos que repartirlo con mucho cuidado para hacerlo durar todo el tiempo necesario.

—Tengo una propuesta que hacerte, titiritero, pero antes dime cuál es tu nombre, pues todavía no me lo dijiste. El mío es Tuck.

—A mí me llaman tío Trick, pero mi verdadero nombre es Alejandro.

—Bien, escúchame, Trick; yo vivo en la selva con la banda de Robin Hood, que tú con toda seguridad habrás oído nombrar.

—¡Robin Hood! — interrumpió el tío Trick—. ¡Claro que he oído hablar de él! Todos dicen alabanzas de él y de su banda, y especialmente los pobres lo adoran como a un protector y amigo que nunca hizo daño a nadie que fuese decente.

—En su nombre te invito a seguirme y venir a la selva para pasar con nosotros los meses de invierno. Creo que te gustará y que tú y los tuyos os sentiréis muy felices.

—¿Pero tú puedes invitarme en nombre de Robin?

—Sí. Yo soy el único religioso que comparte la suerte de Robin Hood y de los suyos. ¿No os disgustará aceptar mi invitación?

—¡Oh, mujer — gritó el hombre—, hemos hecho nuestra fortuna! Nos vamos con el fraile, que nos lleva consigo para divertir al rey de la selva de Sherwood y a su banda. Allí pasaremos también, de la mejor manera, el próximo invierno, que se presenta bajo auspicios no muy favorables, pues los augures han pronosticado que será excepcionalmente crudo. ¡Ya ves, querida esposa, cómo Dios es bueno y nos ayuda!

—Bien, bien — repuso la mujer—, sin querer lo he oído todo, pues estaba detrás del toldo, y tengo que confesarte que estoy tan emocionada que se me saltan las lágrimas . . .

Pasó un buen rato antes de que los presentes pudieran hablar, pues todos estaban absortos en sus pensamientos. Luego, palmeándole cariñosamente el hombro, Trick dijo a Tuck:

—Querido amigo, tu propuesta me parece inmejorable desde todo punto de vista. Pero yo no puedo tomar una determinación sin consultar antes a todos mis compañeros, pues ellos tienen derecho de expresar su opinión en un asunto tan importante y que les concierne personalmente. Espérame un momentito y traeré la contestación, que creo será afirmativa.

No tardó mucho el titiritero en volver e informar a

Tuck de que todos unánimemente habían aceptado seguirlo a la floresta, para dar a sus habitantes funciones teatrales durante las largas noches de invierno, proveyendo al mismo tiempo a su propio mantenimiento durante esa crítica temporada.

Y todos empacaron sus avíos, los cargaron en los carros y se pusieron en camino a la madrugada, sin revelar a nadie su itinerario y sus proyectos.

Después de algunas horas de viaje llegaron a un pueblito cerca del cual pasaba un río, ahora congelado. Allí decidieron hacer un alto. Y mientras hacían los honores a un frugal banquete y charlaban amigablemente, la atención de Tuck fué llamada por el trote de cabalgaduras que se acercaban.

—No me extrañaría que tuviéramos algún mal encuentro — exclamó —, pues cerca de aquí está el castillo de Roberto de Reinault y un poco más lejos la abadía de Santa María.

—¿Por qué dices esto? — preguntó inquieto Trick—. ¿Qué es lo que te preocupa?

—El dueño del castillo y el prior de Santa María son hermanos y viejos enemigos de Robin y nuestra banda, y tienen muchas cuentas pendientes con nosotros. Les deleitaría poder prender a alguno de nosotros, y más aún si ése fuera yo, el jefe espiritual de la colonia.

—Puedes estar tranquilo — aseguró Trick—; ninguno de nosotros te va a traicionar; eres uno de los nuestros

y estás ahora bajo nuestra protección; nos esforczaremos para que no te ocurra ningún daño.

—Gracias, amigo, no esperaba menos de ti y de los tuyos —dijo Tuck—. Lo único que temo es que me reconozcan como perteneciente a la banda de Robin, y en este caso, si nuestros adversarios son más numerosos que nosotros, no podrás impedir que me capturen; te convenirá, por lo tanto, fingir, para bien de todos, que no sabes que pertenezco a la banda de Robin. Pero una vez que se hayan alejado corre al cruce de este río con el otro, donde encontrarás un centinela de Robin. Este te llevará a su presencia y le explicarás la situación para que pueda acudir a salvarme.

No había terminado de hablar cuando una comitiva de treinta caballeros, capitaneados por Roberto de Renault, a cuya vera cabalgaba el abad Hugo, llegaron junto a ellos y detuvieron el paso.

Cuando después de haber paseado la mirada sobre los presentes el abad descubrió a Tuck, le gritó, colérico:

—¿Cómo te permites, miserable comediante, usar la vestidura sagrada de un fraile? No permito y nunca permitiré que los titiriteros ostenten el traje reservado sólo a hombres de la Iglesia.

Y dirigiéndose hacia sus hombres ordenó:

—Despojadle inmediatamente de su hábito. Si se resiste, matadlo sin piedad.

No tuvo tiempo ni de decir ¡ay! nuestro pobre padre Tuck, cuando ya dos hombres del abad se habían abalanzado sobre él y en pocos instantes el desdichado fraile quedó sin ropa, tiritando bajo el frío intenso del día nevado.

Con toda prudencia no opuso resistencia, pues sabía muy bien que la amenaza de la cual había sido objeto era real y arriesgaba su cabeza si intentaba la menor protesta.

Ninguno de los nuevos amigos de Tuck pronunció palabra y esperaron muy juiciosamente que los enemigos, que ya habían reanudado la marcha, se hubieran alejado suficientemente, para proporcionar a Tuck un buen abrigo de lana, no sin antes haberlo friccionado bien para evitar que el frío soportado lo enfermase.

Una vez repuestos de la emoción concluyeron la comida y descansaron un rato antes de ponerse otra vez en marcha para llegar antes de la noche al refugio de la selva.

Viajaron muchas horas seguidas, apresurándose para llegar a la desembocadura del río en el pequeño lago. Allí debían encontrar a los centinelas de Robin Hood, bien ocultos en la maleza, vigilando el camino. La misión de estos guardias era la de avisar a Robin de la llegada intempestiva de algún extranjero o enemigo, a fin de tomar las oportunas precauciones en caso de peligro.

Por este motivo y para no alarmarlos inútilmente,

Tuck se adelantó solo hasta ser visto de los centinelas y explicarles que llegaba acompañado.

Luego esperó que se le reunieran sus nuevos amigos, y ya estaba por emprender otra vez el camino cuando uno de los centinelas llegó a su presencia, seguido por un hombre harapiento que, más que caminar, se arrastraba penosamente apoyándose sobre un grueso bastón.

—Padre Tuck —dijo el guardia—, este hombre, que parece llegar de muy lejos, quiere hablar con Robin y dice que no se irá sin haber cumplido su propósito.

Tuck reflexionó un momento, examinando con gran atención al recién llegado, y dijo a éste:

—Pero ¿cómo llegaste hasta aquí sin haber sido descubierto?

Pero antes de que el recién llegado respondiera, se adelantó el centinela:

—¡Oh, no, padre Tuck! No llegó sin haber sido visto por nadie, pues a mis ojos de lince nada escapa. Yo lo descubrí a una legua de acá y lo traje conmigo.

—¿Y por qué infringiste las órdenes estrictas de Robin?

—No sé, padre Tuck, es la primera vez que lo hago, pero este hombre supo convencerme; me dijo que era cosa muy urgente e importante y me suplicó que lo acampañara allá. Tome sobre mí por lo tanto, la responsabilidad.

Al oír estas palabras Tuck volvió su mirada al desconocido y lo contempló otra vez con la mayor atención.

Observó que tenía el traje hecho jirones y sucio; parecía el más miserable de los pobres que había visto hasta entonces. El sólo mirarlo incitaba a la piedad. La larga, negra y descuidada barba no podía ocultar los rasgos de pasada nobleza. En el rostro, de finas facciones, brillaban los ojos, llenos de inteligencia y de bondad.

Tuck, conmovido, le dijo:

—Ante todo, buen hombre, descansa un rato. Siéntate aquí, a mi lado, y cuéntame lo que te ocurre y qué te trajo hasta aquí.

No bien se habían sentado cómodamente sobre una estera, cuando ya las muchachas de la caravana traían de beber y comer y lo ofrecían, con sus deliciosas sonrisas, al mendigo.

Este, agradeciendo con la mirada, se puso a devorar, literalmente, lo que tenía delante, hasta saciar su hambre, que debía remontar a muchos días atrás.

—Ahora que te sientes mejor dime, ¿cuál es tu nombre?

—Rodolfo me llamo y vengo de muy lejos.

—¿Qué has hecho para que te encuentres en este estado? Porque veo muy bien que no eres un pordiosero; tienes el aspecto de un noble y gran señor, aun cubierto de harapos.

—Mi historia es muy larga de contar. Si tengo la suerte de haberme ganado tus simpatías, llévame contigo



ante Robin Hood. Permíteme viajar en el carro, pues tal es mi fatiga que ya no puedo dar un paso más. En el carro te haré compañía y al mismo tiempo te contaré mi larga historia.

—Trato hecho —exclamó Tuck, conquistado por las palabras de Rodolfo—. Sube a aquel carro y yo te acompañaré.

Y se pusieron en marcha, prosiguiendo el viaje.

—Ya te dije que mi nombre es Rodolfo. Mi apellido es Boulon, barón de Châteauneuf. He nacido en Francia, en la provincia del Loira. Mis padres eran poderosos y ricos; me dieron una educación esmerada y me hicieron estudiar latín, griego, filosofía y una cantidad de cosas útiles e inútiles. Cuanto más estudiaba, más y más me iba percatando de que todo es relativo y transitorio en este mundo. La luz de la enseñanza superior me hizo conocer la verdad, o sea que nada existe en este mundo sin la voluntad de Dios y que sólo El es eterno.

—Mucho me interesa lo que dices —le interrumpió Tuck, porque aunque no lo parezca, pues recientemente me despojaron de mi hábito religioso, yo soy fraile y hombre de Dios.

—Con esas concepciones ocupándome la mente y con la guía espiritual de un santo monje —continuó Rodolfo de Boulon—, decidí que la misión para la cual había nacido era la de servir a Dios. Servirlo con todas mis fuerzas psíquicas y físicas, con el corazón y con el

alma. Me presenté, por lo tanto, ante mi padre y le expliqué mi determinación de alejarme de todo bien terrenal, de dejar riquezas y honores, amores y placeres, para buscar la paz en la soledad, para estar más cerca de Aquel que tanto sufrió en la cruz por la redención humana; con todo eso, debía abandonar también a mis queridos padres...

—Bien te comprendo, amigo mío —dijo Tuck a Rodolfo de Boulon—. Yo también en mis años mozos pasé por un trance similar. Y me decidí por abrazar la verdadera vocación. Sigue contándome tus aventuras, que son muy interesantes.

—Permanecí seis años en un monasterio, donde transcurrieron los días más hermosos de mi vida. Pero esta felicidad acabó cuando me nombraron prior del monasterio. Para obedecer los designios de Dios tuve que aceptar cargo de tanta responsabilidad. Y entonces desapareció mi paz. Me vi mezclado en intrigas políticas contra mis principios y se me hizo una guerra despiadada, durante muchos años; hasta que, cansado y desesperado, abandoné la lucha y huí, dejando mi hábito religioso... Desde entonces nunca me ha abandonado el remordimiento de haber renunciado deliberadamente a mi deber, impulsado por una cobardía indigna de un hombre de la noble estirpe de que yo desciendo. Desde entonces ando errante por el mundo, tratando de olvidar el pasado y deseando que Dios, en su infinita bondad,

me conceda su gracia y me perdone, dándome una oportunidad para rehabilitarme y servirle otra vez.

Al concluir su relato Rodolfo de Boulon calló, cerrando los ojos; parecía agobiado, más por sus recuerdos que por el largo viaje que lo había llevado hasta allí.

El comprensivo Tuck compartía el sentimiento de pesar de Rodolfo y lo dejó sumirse en sus pensamientos, sin interrumpir su silencio.

Al cabo de un buen rato, pareciéndole haber respetado suficientemente la meditación del ex prior, le dijo:

—Yo soy un pobre fraile, sin ninguna instrucción y preparación comparado contigo. Sin embargo, comprendo muy bien tus sentimientos, y si, como creo, Robin no opone objeciones, serás uno de los nuestros. Allí, en nuestro refugio de la selva de Sherwood, continuarás meditando y pedirás perdón a Dios por tus pecados. Tenemos allí una capillita donde podrás ejercer las prácticas religiosas todas las horas del día, y puesto que eres prior de un monasterio, a ti corresponderán el derecho y el deber de asumir la guía espiritual de nuestra comunidad.

—De ninguna manera —exclamó asustado Rodolfo—. Yo he renunciado al priorato por mi propia voluntad y me sentiré feliz de poder oficiar, pero siempre bajo tu dirección. Ya no tengo el derecho de ser el jefe de una comunidad, cualquiera que ella sea . . .

—Respeto tu deseo y tu sentimiento de humildad —le contestó Tuck—; esto te honra grandemente y te acercará cada vez más al perdón de Dios.

—¿Crees, mi nuevo amigo, que Robin me aceptará entre los suyos? Este es ahora mi más vivo deseo. Aspiro a vivir en este sitio tan alejado de todo mal, de tanta gente ambiciosa, malvada e inhumana. Espero no causarte molestias ni dificultades y ayudarte en todo lo que pueda. Te secundaré en tus plegarias y en tu actividad educacional de chicos y grandes. Sé mucho de medicina y muchas cosas más y confío en que seré un buen colaborador para ti.

—Dentro de poco llegaremos al refugio y te presentaré a Robin en la forma más favorable posible. Desde ya descuento que no hará objeción alguna a tu incorporación a nosotros.

Cuando por fin, ya entrada la noche, llegaron por laberínticos caminos al refugio, Rodolfo, extenuado por el cansancio, estaba tan profundamente dormido que no se percató de que la comitiva se había detenido.

Apenas descendió, Tuck, como primera providencia fué en busca de Robin y mantuvo con él una larga conferencia, que duró hasta la mañana siguiente, pues tenía muchas cosas que contarle.

Cuando, ya entrado el día, Rodolfo despertó y se encontró tendido en el carro, Tuck le informó alegre-

mente que Robin había aceptado su propuesta y que podía desde ya quedarse definitivamente en el campamento.

Toda la colonia prodigó una gran recepción al nuevo allegado y Tuck acompañó a Rodolfo por todo el campamento, haciéndole ver todo lo que se había realizado en esos últimos años e indicándole cuál sería su misión.

VIII

La primera función de los titiriteros

El domingo siguiente, después que los dos religiosos hubieron oficiado la misa, toda la población se dirigió al "salón de asambleas", donde Trick, el titiritero, había levantado su teatrillo para realizar una función en honor de sus nuevos amigos.

No describiremos el júbilo y la alegría con que fueron celebrados los titiriteros al finalizar el espectáculo. Grandes y chicos obligaron a aquéllos a repetir la función, la que, sin embargo, fué sabiamente modificada por los titiriteros para no aburrir al público.

Comprendían Robin y su estado mayor, con aquel sentido político que los distinguía, que el teatro era, más que cátedra o tribuna, un conductor de muchedumbres. Y aunque en este caso se trataba de un teatro de títeres, a falta de un verdadero y propio teatro, sus ficciones podían servir muy bien como propaganda

religiosa y como poderosa guía moral y cultural, que llenara las lagunas de la instrucción proporcionada por Tuck y su nuevo amigo. Opinaban que había que estimular y proteger ese teatro, imprimiéndole directivas certeras para convertirlo en un educador del pueblo y formador de la inteligencia y el gusto del mismo. Debía el teatro divertir y también instruir a sus espectadores. Además, debía servir como poderoso medio de propaganda en las ciudades y en las campiñas, para dar a conocer bajo una luz favorable las hazañas de Robin Hood y de su banda. Con miras a lo futuro, pensaban acertadamente que una vez de regreso a los centros poblados los titiriteros, bien instruídos de antemano, servirían como poderosa arma contra las clases dominantes que sometían al pueblo.

Convinieron así, Robin con su estado mayor y los titiriteros, en que, al volver la primavera, éstos recorrerían ciudades, villorrios, castillos, pueblos y campiñas, con un repertorio estudiado expresamente para hacer conocer al pueblo y a los desconformes con el régimen existente el movimiento subterráneo cuyo jefe era Robin Hood. Uno de los principios que debían divulgar era el de que la corona necesitaba el apoyo del pueblo, y de que un amplio sector de los señores feudales, en lucha contra una minoría prepotente, trataba, de acuerdo con la corona, de conseguir libertades y derechos para todas las clases sociales, sin distinción.

IX

Un poco de historia

Para comprender la situación de ese momento debe recordarse que Guillermo el Conquistador, el Bastardo, una vez vencido Haroldo, sucesor de Eduardo III el Confesor, en la batalla de Hastings (1066), había llegado a ser dueño absoluto del país. Los sesenta mil normandos que habían llegado con él dominaban Inglaterra toda, conquistando poco tiempo después también Londres, única ciudad que ofreció alguna resistencia. Allí, para imponer respeto a los sajones, hizo erigir la Torre de Londres, que debía admonestar a sus súbditos contra cualquier insurrección.

Los nuevos dueños del país, contrariamente a las directivas de Guillermo, que aconsejaba la máxima moderación en el gobierno, impusieron a los sajones tales vejaciones que éstos se sublevaron durante un viaje que el rey hizo a Francia. A su regreso a Inglaterra e instigado por los señores normandos, trató a los insurrectos con gran crueldad y dividió a Inglaterra en sesenta mil



feudos, despojando así a los señores sajones. Otro tanto hizo con el clero anglosajón, que fué perseguido y despojado de sus bienes para beneficio del clero normando.

Los acontecimientos marchaban muy mal en los primeros tiempos, pues Guillermo el Conquistador trataba a sus súbditos vencidos con cruel rigor, hasta que se produjo un movimiento de resistencia, en el cual se formó un ejército de rebeldes que se opuso abiertamente a los nuevos dueños del país.

Este ejército fué, sin embargo, derrotado, y sus componentes exterminados, pudiéndose salvar muy pocos de la muerte, los cuales se refugiaron en los bosques, empezando la resistencia individual y luchando como bandidos contra los señores normandos. Los hostigaban continuamente y eran armados por el pueblo. Fué el primer núcleo de resistencia de los nativos.

Guillermo el Conquistador tuvo un fin miserable combatiendo a Felipe I, rey de Francia; dejó tres hijos: el mayor, Roberto, que había conspirado durante años contra el padre, fué al Asia y al regresar fué vencido y muerto en batalla por su hermano menor, Enrique.

Mientras tanto, Guillermo, llamado el Rojo, segundo hijo de Guillermo el Conquistador, había ocupado el trono de Inglaterra, siendo peor soberano aún que el padre. Fué muerto de un flechazo en una partida de caza y le sucedió en el trono su hermano Enrique I.

Guillermo el Conquistador había dejado también

una hija, llamada Matilde. Esta, al morir Enrique I, se trabó en guerra con Esteban de Blois, nieto de Guillermo, para apoderarse de la corona, hasta que terminaron la lucha y firmaron un tratado por el cual Esteban, que había asumido el gobierno, reconocería al hijo de Matilde, Enrique Plantagenet, como sucesor suyo en el trono de Inglaterra.

Enrique Plantagenet reinó en Inglaterra desde 1154 hasta 1189, iniciando su gobierno bajo buenos auspicios, pues quería granjearse las simpatías del pueblo sometido por sus antecesores. Enrique II conquistó Irlanda en 1171; persiguió cruelmente a los sajones que se habían levantado nuevamente contra él y tuvo que luchar, además, contra el Rey de Francia, Felipe Augusto.

Enrique Plantagenet tuvo dos hijos: el mayor, Ricardo, duque de Goyena, y el segundo llamado Juan Sintierra. Los dos hijos se rebelaron contra el padre y se pusieron de parte de Felipe Augusto. Enrique fué vencido en 1189 por sus hijos.

Le sucedió en el trono su hijo Ricardo, apodado Corazón de León por su espíritu aventurero y caballeresco. Entusiasmado por lo que había oído contar de las Cruzadas, decidió participar en la tercera uniéndose al rey Felipe Augusto de Francia, su antiguo aliado.

Durante la expedición surgieron muchas desavenencias entre ambos soberanos, por la envidia que despertaba en el rey francés el éxito de las hazañas de Ricardo.

Por este motivo Felipe Augusto abandonó la Cruzada, dejando a Ricardo Corazón de León solo en Palestina, en lucha contra los usurpadores del Santo Sepulcro. Perdió en estas guerras sus riquezas y su ejército y fué abandonado por todos, y al fin resolvió regresar a Inglaterra.

Cuando volvía, al atravesar Alemania fué reconocido, no obstante su disfraz, por la gente del duque de Austria. Fué hecho prisionero y llevado a presencia de Leopoldo, quien deseaba vengarse de determinadas ofensas que Ricardo le infiriera en ocasión de la toma de San Juan de Acre. Cumpliendo así su venganza cedió a Ricardo a Enrique VI, emperador de Alemania, quien tendría gran satisfacción en eliminar un peligroso soberano del otro lado del Canal de la Mancha.

Como ya hemos dicho, Juan Sintierra se había apoderado mientras tanto del trono y gobernaba a su antojo.

Sin embargo Ricardo Corazón de León consiguió su libertad en 1196; fué a Francia para combatir a su enemigo Felipe Augusto, hasta que el Papa, que no podía permitir que dos reyes cristianos peleasen entre sí, consiguió reconciliar a ambos rivales.

Después de esto Ricardo se trasladó a Inglaterra y Juan Sintierra tuvo que cederle el trono, esperando oportunidad favorable para adueñarse de él. Fué precisamente el período que coincide con los acontecimientos narrados en la presente leyenda.

X

El caballero desconocido revela su identidad y Ricardo I, Corazón de León, perdona a Robin y a su banda

Ya hemos dicho que Tuck había sabido muchas cosas interesantes en la ciudad. Entre otras, le habían dicho que Ricardo Corazón de León había vuelto al trono y que se preocupaba del motivo por el cual un gran sector de la población era adverso al gobierno, y de la existencia de tantos bandidos que infestaban los caminos.

Comprendía el soberano que poderosas razones debían existir para que Robin Hood, amado por el pueblo, se rebelase continuamente contra determinados señores feudales, dejando en paz a los demás.

Por esto decidió averiguar por sí mismo qué había de verdad y qué de calumnia en lo que le contaban

el rey Juan Sintierra y sus secuaces acerca de Robin Hood y de su hueste.

Fué entonces cuando ocurrió aquella aventura que ya hemos relatado, del caballero desconocido que había penetrado sin temor alguno en la selva y ayudado a Robin Hood en aquella hazaña en la cual había sido destruído por el fuego el castillo de Roberto de Reinault. Aquel caballero desconocido no era sino el rey Ricardo Corazón de León, quien, cumplida la hazaña, había desaparecido sin darse a conocer.

Mucho había meditado sobre esta aventura Ricardo Corazón de León.

No se conformó con aquella única fuente de información para conocer la verdad. Largos meses pasaron hasta que supo cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Tuvo que reconocer —pues era profundamente justo y bueno— que su hermano y los baroneses que lo rodeaban le habían contado falsedades, y resolvió, por lo tanto, hacer justicia.

No era sólo un motivo de equidad el que lo impulsaba a distribuir justicia entre sus súbditos. Con su fina intuición de hombre político había comprendido el peligro que podía representar en lo futuro para la corona y para el orden constituído la lucha subterránea de la banda de Robin Hood, apoyada incondicionalmente por todo el pueblo y por muchos feudatarios. Era necesario, por lo tanto, prevenir cualquier insurrección armada,

que podría significar el derrumbamiento del sistema político en vigencia, que amenazaba los privilegios de la corona.

Sabía el rey Ricardo que nunca le sería posible penetrar en la selva de Sherwood y llegar hasta el refugio de Robin Hood si fuese allí con su séquito.

Por esto resolvió ir solo, como la otra vez, para darse a conocer sólo cuando se encontrase en presencia del jefe de los bandidos.

Ricardo preparó cuidadosamente su expedición, disponiendo antes de partir que sus allegados fueran a buscarlo al cabo de ocho días a la ciudad de Nottingham, que se encontraba cerca de la selva de Sherwood.

No tuvo dificultad en reconocer el camino que había recorrido pocos meses antes, y en el mismo lugar donde había visto por primera vez a Robin Hood oyó una voz que le daba el alto. Tratábase de un centinela de la banda de Robin Hood, al cual pidió ser conducido ante Robin.

El centinela reconoció al caballero Iron, cuya actuación no había sido olvidada por ninguno de los miembros de la banda. Por esto lo acompañó hasta el refugio sin hacer mayores preguntas, avisando a Robin del feliz reencuentro con el caballero.

Grande fué la alegría de nuestros amigos al oír esta noticia, y Robin salió en seguida para saludar a su amigo.

Cuando se vieron, Robin y el caballero se dieron un estrecho abrazo y aquél dijo:

—Bien venido entre nosotros, Iron; siempre esperábamos que volvieras, y nuestra constancia ha sido premiada: nos sentimos felices de tenerte aquí.

—Gracias, amigo mío —contestó el rey—; he venido en tu busca porque tengo que hablar seriamente contigo.

—No importa el motivo por el cual llegaste hasta nuestro refugio; para nosotros es ya motivo de suficiente regocijo el tenerte otra vez aquí. Un caballero y héroe como eres tú, difícilmente se encuentra otra vez. Yo espero —agregó Robin— que hayas decidido quedarte con nosotros para siempre. ¿Estoy en lo cierto?

—No exactamente —contestó el rey—. Deja que descanse un rato y luego hablaremos detenidamente de nuestros asuntos. Mientras tanto quisiera saludar y obsequiar a tu esposa y ver cómo sigue tu hijo Ricardo. Entre otras cosas, ¿sabes que tu hijo lleva mi nombre?

—No lo sabía, pero esta circunstancia me alegra mucho y alegrará más aún a mi hijo, quien estará orgulloso de tener el mismo nombre que tú y que nuestro amadísimo rey Ricardo Corazón de León, el héroe de las Cruzadas y el rey bien amado de su pueblo.

Así diciendo se dirigieron hacia la choza donde vivía Mariana con su esposo y su hijo.

Ricardo fué agradablemente sorprendido por la elegante disposición y comodidad de la choza.

No había muebles como los usados en los castillos, pero sí almohadas rellenas de plumas y cubiertas con suaves pieles, alfombras también de pieles, todo dispuesto de una manera muy elegante, práctica y cómoda a la vez. No tenían camas, sino que descansaban sobre las almohadas que cubrían catres bien disimulados.

En el centro de la choza había, formada por un ancho tronco de árbol, una mesa, a la cual estaba sentado, estudiando, el pequeño. El padre Tuck se hallaba a su lado y, ayudándole a tener una pluma entre los dedos, le enseñaba los elementos de la escritura. Era un lindo cuadro de intimidad familiar, pues en un rincón de la choza, Mariana, siempre buena moza no obstante los años transcurridos, tejía una manta para su esposo. Ricardo quedó conmovido por la escena, lamentando no tener la suerte de Robin Hood, pues nunca se había casado y no tenía hijos.

—Te hemos echado muy de menos —dijo Mariana a Ricardo I, al ver al rey adelantarse hacia ella—. Esta choza es tu casa; te ruego quieras compartir con nosotros nuestra modesta cena.

—Gracias por tu hospitalidad, que no pienso ni remotamente rechazar, pues bien sé que me la ofreces con todo el corazón. Me quedaré algunos días porque tengo que discutir varios importantes asuntos con Robin y con todos vosotros; mientras tanto, si no es molestia puedes servirme algo de comer y luego indicarme dónde puedo

descansar: el largo viaje me ha fatigado enormemente y quiero dormir un rato.

—Compartirás nuestra comida, Iron. Sigueme al comedor.

La pequeña comitiva se dirigió hacia una gran choza de madera, construída no muy lejos, y entraron en ella Robin, Mariana, el rey Ricardo, Ricardito y Tuck.

Al penetrar en ella el ilustre huésped quedó estupefacto al ver que alrededor de una larga mesa había sentadas sobre bancos rústicos hasta una docena de personas, que reconoció ser los personajes más importantes de la colonia. Al acercarse ellos, todos se levantaron y brindaron, con las copas llenas de vino, por el recién llegado, ofreciéndole el buen licor en una copa de oro, en señal de la mayor distinción.

Terminado el homenaje al visitante todos volvieron a sentarse y prosiguió la comida.

Al terminar la cena, Robin explicó a Ricardo que en el campamento existía una regla uniforme para todos en cuanto se refería a la comida. Todos debían recibir la misma cantidad de alimentos, de acuerdo con sus necesidades, para lo cual todos, sin excepción, debían trabajar también de acuerdo con sus propias fuerzas y capacidad. No había privilegio de ninguna especie y todos eran iguales frente a la ley suprema que había sido aceptada por todos.

Siguió Robin explicando el funcionamiento y la organización de la sociedad, encontrándola el rey digna de consideración y de un más profundizado estudio.

Después de dos buenas horas de charla se retiraron, acompañando Robin a Ricardo a la choza que le había sido asignada, reservada expresamente para huéspedes de consideración. Era una de las mejores, provista de las mayores comodidades, donde el invitado podría descansar a sus anchas.

La calma y el perfume de la selva que embalsamaba el aire, fueron propicios al sueño del rey, quien durmió como no había dormido desde hacía mucho tiempo.

A la mañana siguiente, bien descansado y repuestas sus fuerzas con un sabroso desayuno, Ricardo llamó a Robin y le dijo:

—Querido Robin, escúchame ahora con paciencia, porque tendré que decirte algunas cosas de gran importancia no sólo para ti personalmente y los tuyos, sino también para mi reino. Esto te lo digo porque yo soy el rey Ricardo, Corazón de León. Mira este anillo y reconocerás mis armas.

Y así diciendo le tendió la mano para que Robin pudiese cerciorarse de la veracidad de sus palabras.

Atónito, por no decir asustado, Robin se acercó y miró el anillo, y reconoció, efectivamente, el blasón de la casa real. Convencido ya de que se encontraba frente

a Ricardo I, Corazón de León, se arrodilló e inclinándose respetuosamente besó la mano de su rey. Luego salió de la choza y llamó a todos los hombres.

Cuando todos estuvieron reunidos les explicó — no sin antes haber pedido, claro está, autorización al rey — quién era el ilustre visitante, y luego cedió la palabra al monarca:

“—Amigos míos — empezó el rey —, conozco desde hace un tiempo todo lo que se refiere a vosotros y a vuestro jefe. Sé que no sois bandidos, sino hombres escapados de las persecuciones y vejaciones de los barones, y en especial de los señores Guy de Gisborn y Roberto de Reinault y del abad Hugo de Reinault, protegidos de mi hermano Juan Sintierra. Sé también que tuvisteis que abandonar vuestras casas y granjas para salvar la vida, que muchos de los vuestros fueron torturados, que os han confiscado vuestros bienes, dejándoos en la más grande miseria.

“Ha llegado el momento de la rehabilitación para vosotros. He dado órdenes estrictas para que antes de partir nuevamente para combatir en Francia, os reintegren a todos vosotros vuestros bienes y posesiones. Abandonad la selva y rehaced vuestra vida, reintegrándoos a la sociedad. Esta es mi voluntad.

“Sé que todos vosotros habéis cometido alguna vez algo reprochable, pero todo será olvidado y perdonado.

Espero que volváis a ser buenos ciudadanos y mejores súbditos y que me obedezcáis."

Tras unos segundos de profundo silencio, un estallido unánime de júbilo y vítores acogió las palabras del monarca. Todos se abrazaron y besaron, presa de la más delirante alegría.

Robin, que había quedado él mismo sorprendido por las palabras de Ricardo Corazón de León, impuso silencio y habló:

—Majestad, interpretando el sentimiento de todos mis compañeros, os doy las más vivas gracias por lo que acabáis de ofrecernos. No abundaré en palabras vanas, sino que afirmo solemnemente en nombre de todos los presentes que la gratitud hacia Vuestra Majestad será eterna, y que seguiremos siendo todos, como un solo hombre, fieles servidores de la corona. Nos sentimos todos inmensamente dichosos de volver a una vida normal, gracias a la buena disposición de nuestro rey.

Y dirigiéndose a sus compañeros, exclamó:

—Por Su Majestad, nuestro soberano generoso y bueno, jurad conmigo sobre la cruz de esta espada, eterna fidelidad a la monarquía, declarando que gustosos sacrificaréis vuestras vidas para mayor gloria de la misma. Por Ricardo I Plantagenet, llamado Corazón de León, tres veces ¡viva!

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva! — gritaron a coro todos los presentes.

El rey, no queriendo dejar traslucir su emoción, agradeció brevemente y volvió a su choza. Luego, acompañado por Robin Hood y por sus lugartenientes, emprendió el camino de retorno.

Febrilmente empezaron los preparativos para reintegrarse a la vida civil. Al cabo de algunos días la selva de Sherwood había sido abandonada por todos nuestros amigos, quienes rehicieron su vida en la ciudad y en los pueblos de donde habían venido.

Robin Hood, acompañado por su inseparable esposa y su hijo, volvió al castillo paterno.

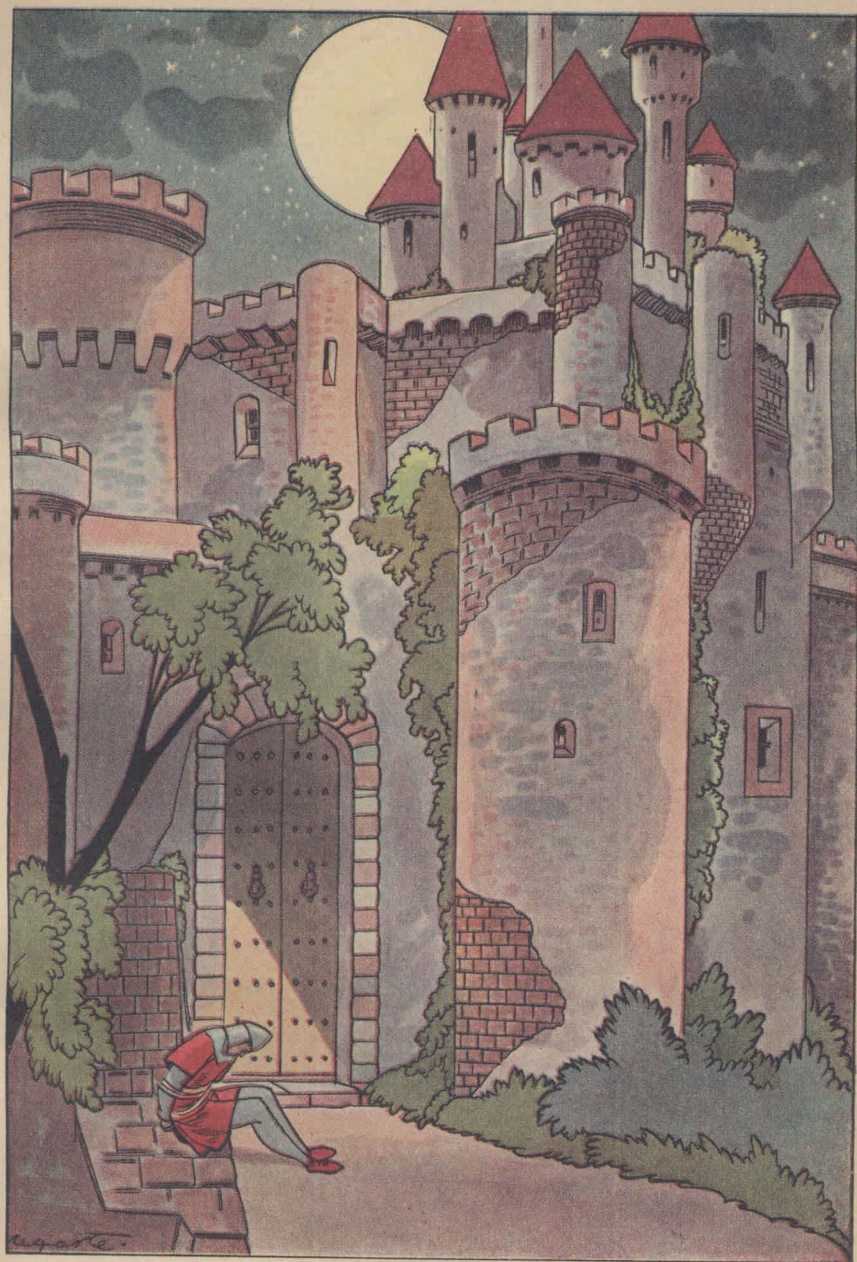
Además de sus riquezas había recobrado el título de conde que le correspondía y, con el mismo, el derecho de ser consejero permanente del rey.

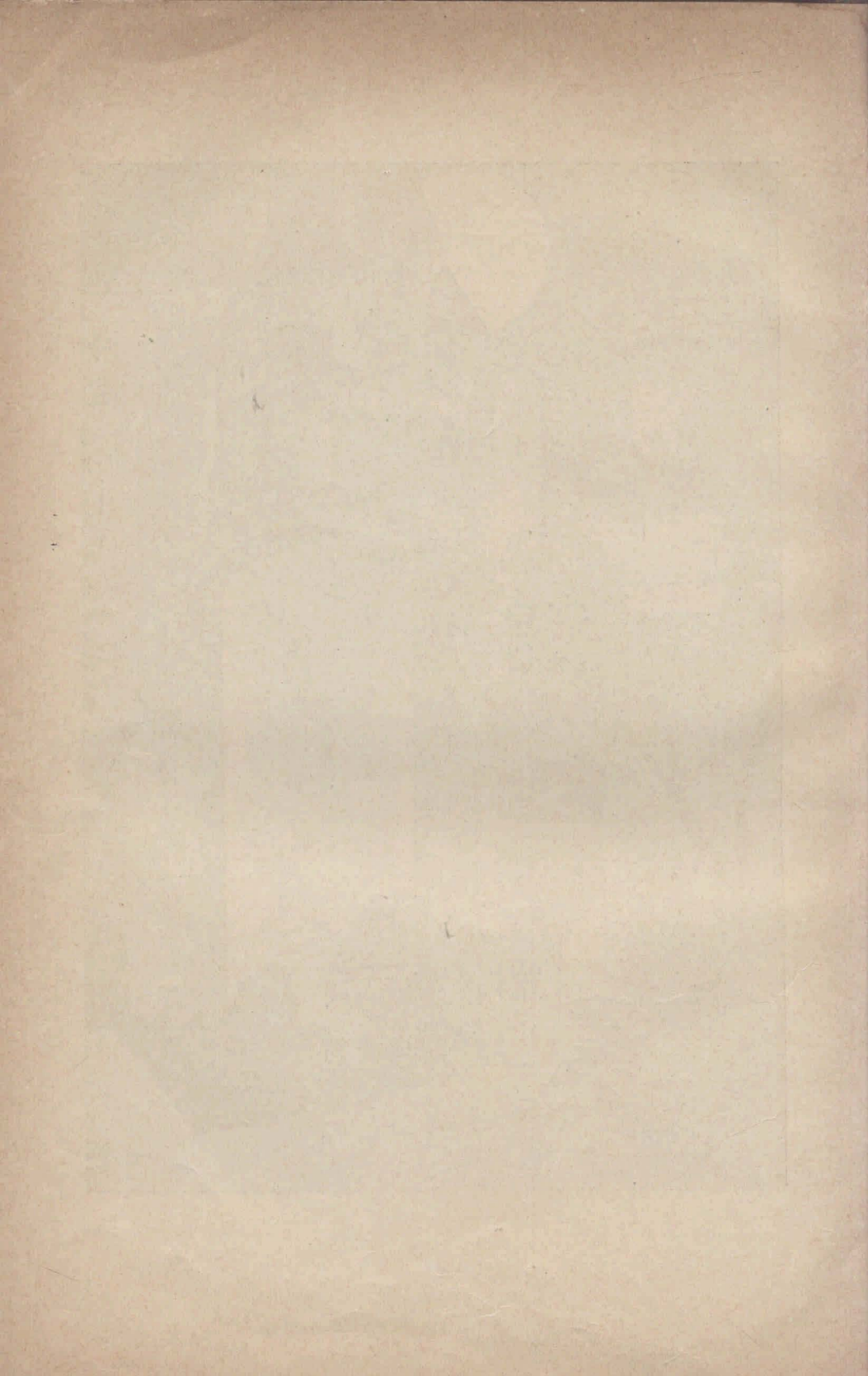
En cuanto a Ricardo At Lea, también puesto en posesión de sus bienes, encomendó a Robin que velara por ellos para seguir siempre al lado de su señor y rey Ricardo en sus nuevas empresas guerreras.

Mas no les fué tan bien a nuestros conocidos y tradicionales enemigos de Robin y de su banda. Sin la intervención en su favor del mismo Robin, el rey los hubiera hecho ahorcar, como criminales comunes. Fueron, por el contrario, ajusticiados como nobles señores, de conformidad con su respectiva jerarquía, lo que representaba sin duda una gran ventaja para ellos, pues sus hijos y descendientes podían así heredar los bienes y los títulos nobiliarios que dejaran.

El único que escapó a la acción de la justicia fué Roberto de Reinault, quien, al incendiarse su castillo e intuyendo que las cosas iban de mal en peor, pensó que era oportuno desaparecer por el momento de la escena. Nada se supo de él por largo tiempo, hasta que un día . . . Pero esto lo relataremos a su debido tiempo.

T E R C E R A P A R T E





Una fiesta en el castillo

Un año había transcurrido.

Había sido un año de felicidad y de alegría. Robin, ahora conde de Nottingham, vivía con Mariana y su hijo en el castillo paterno.

Era éste un castillo imponente, de elevadas torres...

Pero nuestros lectores ya lo conocen, porque de él hemos hablado al principio de este cuento. Agregaremos solamente que en los diez años que habían transcurrido desde el día en que fuera muerto el padre de Robin y éste se viera obligado a refugiarse en la selva, el castillo había sido alojamiento de usurpadores, quienes, por falta de tradiciones familiares, no habían cuidado de la buena conservación del edificio y lo habían saqueado y dañado.

Al regresar Robin, después de este lapso, a la morada solariega, se dedicó ante todo a restaurar el castillo para volverlo habitable para él y los suyos. Naturalmente, en aquel entonces estos trabajos no se hacían tan rápidamente y se necesitaron muchos meses antes de que la mansión se hallase en condiciones de volver a ser habitada.

El día en que se cumplía el año del perdón otorgado por el rey a Robin y a su banda, éste decidió ofrecer una fiesta a su rey y señor, en señal de gratitud. En tal ocasión invitó a todos los señores feudales de mayor jerarquía del reino para que la fiesta resultara más brillante.

Y en efecto, con la ayuda de Mariana, los preparativos por sí mismos hablaban de la grandiosidad de la recepción.

La fiesta debía durar tres días y tres noches, alternando toda suerte de diversiones, como ser bailes, cantos, juegos, espectáculos coreográficos y escénicos y opíparos banquetes, para los cuales se habían adquirido los mejores vinos y otras bebidas que pudieran hallarse en muchas millas a la redonda.

Se había determinado que los huéspedes llegarían al caer de la noche, cuando empezaban a ser encendidas las luces del castillo. Subirían la ancha y blanquísima escalera de mármol, cubierta en aquella oportunidad por una espesa alfombra de color granate. A uno y otro lado había sido puesta una hilera de macetas con verdes

arbolillos, que ofrecían un agradable contraste. En lo alto de la escalera, a la entrada de la sala de fiestas del castillo, aguardaban los dueños, destacándose Mariana por su traje de una preciosa y suave seda color turquesa, ataviada con valiosísimas joyas. En sus lindos cabellos rubios llevaba una diadema de perlas de todos los tamaños; pero las joyas que más la adornaban eran sus hermosos ojos, que irradiaban toda la felicidad de su corazón.

Largas horas duró el desfile de los huéspedes, que presentaban sus obsequios a los castellanos, quienes los acogían con señorial cordialidad.

Luego, a una señal de la dueña de casa se iniciaron las danzas y cada cual se dedicó a la diversión que más le agradaba.

Entre los numerosos actos se destacó, empero, por su categoría artística, el torneo de trovadores, en el cual tomaron parte muchos de los más cotizados trovadores y poetas de la época, siendo superados todos ellos por el exquisito arte de Blondel de Nesle, quien, en versos insuperables, cantó las hazañas de su rey Ricardo I, Corazón de León, y su liberación de la cautividad.

Ahora que hemos dado a nuestros lectores una pálida idea de la espléndida fiesta que ofrecieron Robin y Mariana en su castillo de Nottingham, seguiremos a nuestros protagonistas en sus nuevas aventuras.

El rey Ricardo I, Corazón de León, era, naturalmente, el huésped de honor de los condes de Nottingham. Como caballero atento y cumplidor, no llegó último a la fiesta. Deseaba distraerse de las preocupaciones del gobierno y aprovechar también de la circunstancia de encontrarse otra vez con Robin, para formularle algunas proposiciones.

Confiaba el monarca en encontrar, entre diversión y diversión, una oportunidad para conversar con Robin sobre un proyecto que le preocupaba seriamente, o sea sobre un próximo viaje que pensaba emprender, y esperaba convencer a su fiel súbdito de que lo siguiese a Francia. Esto porque, además de la amistad que le unía a Robin y la confianza que le tenía, contaría para su futura campaña con un elemento de suma importancia: la habilidad y el coraje excepcionales de nuestro héroe.

En determinado momento de la fiesta, Ricardo I, Corazón de León, aturdido por la algarabía que reinaba en los salones principales, se retiró a una salita, lejos del bullicio de las danzas y de los cantos, y se tendió, para descansar, en un comfortable sillón cuando vió entrar a Robin.

—Llegas a punto — le dijo con su simpática sonrisa —. ¿Puedes, querido Robin, disponer de un poco de tiempo para escuchar las lamentaciones y las preocupaciones de tu viejo rey?

—Estoy siempre a vuestra disposición, Majestad
—contestó el dueño del castillo, inclinándose respetuosamente ante el rey y besándole la mano que le tendía.

—Gracias, no esperaba menos de ti, querido amigo Robin.

—Soy todo oídos, Majestad. Podéis hablar.

—Ya sabes, Robin, que las relaciones diplomáticas con el rey Felipe Augusto de Francia están, desde algunos meses, bastante tirantes. La reconciliación impuesta por Su Santidad el Papa mucho me temo que no vaya a durar, porque Felipe Augusto está cada vez más intratable y me molesta continuamente con todo género de impertinencias.

—He oído algo de eso, pero no estoy enterado de los detalles. ¿Tiene Vuestra Majestad algún motivo especial de queja? ¿Cuál es?

—Sí. He enviado recientemente a Italia hombres de confianza, para que adquieran en los puertos de Génova, Amalfi y Venecia determinadas mercaderías que necesito. En el viaje de regreso tuvieron que pasar por Francia, y allí fueron despojados de todo lo que traían, por algunos bandidos. Tengo, sin embargo, fundadas sospechas de que aquellos bandidos no eran sino gente del rey Felipe Augusto, pero sin pruebas no puedo protestar enérgicamente.

—Pero el rey Felipe Augusto es responsable de lo

que ocurre en su país, según el derecho de gentes — interrumpió Robin —. Tenemos motivos suficientes, por lo tanto, para presentar una protesta, absteniéndonos de reclamar daños y perjuicios hasta que tengamos pruebas de que tales bandidos fueron, efectivamente, gente del rey.

—Es precisamente lo que hice — declaró el rey —. He encargado a mis embajadores que presentaran la protesta. Mientras tanto, he enviado a Francia a algunos hombres de confianza, encabezados por tu amigo Much, para que averigüen secretamente el estado de cosas. Ahora estoy esperando su regreso, y si las noticias no son del todo de mi agrado. . . habrá guerra.

—Comprendo el punto de vista de Vuestra Majestad — respondió Robin —. Pero me permito objetar que, en mi opinión, conviene, para propio bien y prestigio de la corona de Inglaterra, a la que sirvo con devoción, pedir, antes de declarar la guerra, la satisfacción correspondiente al rey de Francia. Solamente en el caso de que rehusara sin justificar suficientemente su actitud podrá Vuestra Majestad ir a Francia a luchar contra él. De esta manera salvamos el prestigio y la dignidad de nuestro país frente a la historia.

—Comparto tu opinión — dijo Ricardo I después de haber reflexionado un buen rato —. Tienes razón. La historia es un juez muy severo, de cuya sentencia nadie escapa, y la justicia es infalible. Me chocaría que, una

vez muerto, ese juez me juzgara indigno de la grave misión que el destino me ha encomendado. He sido en toda mi vida un caballero y como tal quiero seguir hasta mis últimos días.

—Estas palabras honran a Vuestra Majestad — contestó Robin.

En ese momento se le acercó un lacayo para decirle que lo esperaba en el salón del baile.

—Voy, voy en seguida. . . — respondió Robin, y dirigiéndose al rey agregó —: Permitidme que me retire, pues tengo que dar orden de que sean quemados los fuegos de artificio. Es una sorpresa para nuestros huéspedes y habrá también una para Vuestra Majestad.

—Atiende tus cosas, mientras yo voy en busca de tu esposa para bailar con ella, y si no la encuentro me consolaré con libar un poco del mejor de tus vinos.

Diciendo esto Ricardo abandonó la salita y se dirigió al gran salón, donde entre risas y juegos los huéspedes pasaban la velada, mientras Robin impartía las disposiciones del caso.

Ya había caído la noche y las luces oscilantes de innumerables candelabros y de las chimeneas resplandecientes iluminaban el interior del castillo.

El parque estaba sumergido en la más honda oscuridad, y una que otra pareja de enamorados había buscado en ella la sombra protectora e inspiradora para

sus románticas confidencias y discretas conversaciones amorosas.

A una señal convenida de Robin los lacayos apagaron una a una las velas y el castillo quedó totalmente a oscuras.

Súbitamente, a una orden de Robin, una potente detonación resonó por todo el castillo, por el parque y se oyó a muchas leguas de distancia. Luego el cielo se iluminó con luces multicolores que ascendían chisporroteantes y descendían en suave cascada a manera de una lluvia de flores fosforescentes.

Se repitieron las detonaciones con breves intervalos, y a ellas seguían estallidos de luces que semejaban millares de flores y canastas llenas de frutas, de las cuales caían cintas y serpentinas multicolores.

Muchos huéspedes se precipitaron a las ventanas y terrazas del suntuoso castillo, otros bajaron al parque, pero todos quedaron admirados ante el despliegue de luces y colores. Por último se produjo una detonación más estruendosa que las anteriores, seguida por un fuego tan resplandeciente que obligó a todos a cerrar los ojos por un instante.

Una llamarada carmesí tiñó la bóveda celeste; parecía que un pintor gigantesco pincelara el firmamento con un enorme pincel, trazando una franja colorada, de la cual se desprendían cordones dorados que, entrelazándose, formaban el blasón del rey Ricardo I, y con

letras de fuego se destacaban en el azul profundo del cielo las siguientes palabras:

¡VIVA RICARDO I. CORAZÓN DE LEÓN,
REY DE INGLATERRA!

Todos los invitados quedaron extasiados ante este espectáculo nunca visto. Era, por cierto, un gran homenaje a Su Majestad el rey de Inglaterra, quien no pudo dejar de felicitar a Robin y agradecerle emocionado este testimonio de amistad.

II

La muerte de Mariana y su hijo

Luego se hizo una total oscuridad, impenetrable a los ojos que todavía no se habían acostumbrado a ella deslumbrados por la vívida luz de pocos momentos antes. Hubo un silencio de unos segundos. Sobre el castillo se cernía una atmósfera de drama. Al pronto rasgó la sombra silenciosa un grito de horror, que estremeció a todos los circunstantes, quienes quedaron paralizados sin poder localizar el lugar de donde partiera el grito. Otro se oyó y luego estas palabras:

—Robin, ayúdame... Me estoy muriendo...

Los gritos — no cabía duda — eran de mujer, y Robin reconoció la voz casi ahogada de su Mariana.

—Encended las velas, rápido, rápido... ¿Dónde estás, querida Mariana?... Contéstame...

—Me muero; ayúdame, Robin — repetía cada vez más débilmente aquella voz —. Aquí estoy, en la sala azul, junto al gran sillón... Ayúdame... que no resisto más...

En aquel instante se oyó una exclamación:

—¡Papá, lo agarré, lo tengo! Ven rápido, ayúdame, que es más fuerte que yo... ¡y me está haciendo daño!...

Rápidamente la servidumbre, ayudada por los presentes, encendió los candelabros, y Robin se precipitó, espada en mano, hacia el lugar de donde provenía el llamado de su hijo.

—¡Ay..., ay!...

Llegó Robin en el momento preciso en que una sombra negra clavaba una daga en el corazón de su hijo, la retiraba y huía por la ventana.

Pero algunos caballeros que habían asistido a la escena se dieron cuenta de la maniobra del asesino y le cortaron el camino. Otros, sacando a relucir sus armas, le rodearon y prendieron, no obstante la enérgica resistencia que ofrecía.

Con horror Robin reconoció en el prisionero a Roberto de Reinault, quien hacía tiempo había planeado su crimen con sangre fría y el corazón lleno de odio. Era éste un hombre pagano, fanático y temible ejemplar de los hombres del norte y su aspecto revelaba un temperamento feroz e implacable.

Desde el día en que su castillo fuera presa de las llamas devoradoras y se viera obligado a desterrarse, su odio había ido en aumento día a día y revolvía en su mente planes de venganza contra Robin, principal causante de su ruina.

—¡Ahí tienes mi venganza, Robin — exclamó son-

riendo satánicamente el malvado —. He esperado meses y meses, pero ahora estoy satisfecho; puedes matarme si quieres, pero yo he destruído todo lo que más amabas: tu mujer y tu hijo, y con ellos, tu estirpe. . .

No había terminado de hablar cuando Juanito le hundió hasta la cruz su espada en el pecho.

Tal fué el fin de Roberto de Reinault.

Robin, no bien comprobó que su hijo había dejado de existir, se precipitó al lado de Mariana que, herida de gravedad, yacía desvanecida en el sillón. Por una herida que presentaba en la sien derecha fluía abundante sangre. Tenía la cabeza inclinada, el rostro apenas un poco más pálido que de costumbre y parecía dormida.

Al oír la voz de su Robin que la llamaba tiernamente, Mariana se recobró y dirigiéndose a su esposo susurró con dulzura:

—Robin, querido esposo mío, querido compañero de toda mi vida, me muero; te dejo ahora, pero sé que volveremos a encontrarnos en un mundo mejor, donde estaremos eternamente juntos. . .

Lentamente iba perdiendo las fuerzas; respiraba cada vez con mayor dificultad y entraba rápidamente en agonía. Sus mejillas perdían paulatinamente el color rosado, volviéndose de cera. Los ojos se le hundían en las órbitas y sus finas facciones iban tomando un color azulado. Con un hilo de voz siguió diciendo:

—Te agradezco, Robin, con toda el alma, la feli-

ciudad que me diste. Rogaré por ti allá en el reino de los cielos... Te pido solamente una cosa: cuida de nuestro hijo; que se vuelva grande y fuerte y sea un hombre bueno, honrado y leal como su padre... No lo despiertes ahora. Ve cómo duerme plácidamente... que no me vea morir... Bésame por última vez... un beso fuerte, fuerte, para ti y para él.

Con estas palabras cerró los ojos, besó a Robin y expiró suavemente entre sus brazos, con la misma serenidad y dulzura con que había vivido a su lado tantos años.

Como un rayo destructor habíase abatido la tragedia sobre el corazón de nuestro héroe, que envejeció en el acto, perdiendo su aspecto juvenil de momentos antes. Y si su cuerpo seguía viviendo, su corazón estaba muerto para siempre.

El rey Ricardo y Juanito, sus amigos más queridos, trataron de levantar su ánimo, pero no consiguieron sino aumentar su dolor. Las puertas del castillo fueron cerradas a toda fiesta, a toda sonrisa, a toda alegría.

Pero la vida tiene sus derechos y los vivientes deben seguir el camino impuesto por el destino de cada uno.

Mas, estaba escrito en el libro de la vida de Robin que su misión en esta tierra no había concluído..., que debería seguir luchando por un ideal..., por el ideal de su patria, de su pueblo, y para la mayor grandeza de los mismos en los siglos venideros.

III

El conde de Nottingham asiste a un consejo de la corona

Algunos meses transcurrieron desde el día en que Mariana y el pequeño Ricardo murieran tan trágicamente, meses durante los cuales el dolor atenaceaba constantemente el corazón de Robin. El recuerdo de los seres queridos llenaba la vida de nuestro héroe, que pedía a Dios alivio para sus penas.

Seguía fiel a su rey, con el cual se encontraba frecuentemente. Había sido designado consejero de la corona y a causa de este cargo el rey lo llamaba a menudo para pedirle su opinión sobre los más arduos problemas de gobierno.

Sus variadas ocupaciones lo distraían algo de su tristeza, así que para calmar su dolor, se sumergía cada vez más en los asuntos del Estado.

Era considerado por el rey y por los demás consejeros como un indispensable colaborador, sin cuya anuencia nada se emprendía.

Un día llegó al castillo de Nottingham un mensajero trayendo una esquila del rey, en la cual invitaba con la máxima urgencia al conde de Nottingham a asistir a la reunión del consejo de la corona para resolver un importantísimo asunto.

Robin, que sabía que el rey no lo hubiera molestado por cuestiones insignificantes, comprendió que la situación debía de ser urgente y de gravedad. Decidió, pues, partir inmediatamente y dió orden a sus palafreneros de ensillar su más veloz caballo, lo que fué hecho en pocos momentos.

Durante largas horas galopó Robin; cayó la noche y aun galopaba, y recién cuando faltaba media hora para la salida de la luna llegó, cansado y hambriento, a palacio, donde lo esperaban impacientes el rey y los demás consejeros.

Después de una ligera refección todos se dirigieron a la sala del consejo. Tomando la palabra, el rey dijo:

—Todos vosotros estáis al tanto de las gestiones diplomáticas que se han desarrollado entre mi gobierno y el de Su Majestad el rey Felipe Augusto. Sabéis también que he averiguado — y mis informaciones son fidedignas — que los bandidos que asaltaron a mis embajadores en Francia son hombres del rey de Francia. He pro-

testado enérgicamente y reclamado satisfacciones, pero nada he conseguido. . . . Ahora hay que resolver si para el prestigio de la corona y del país debemos declarar la guerra a Francia, en salvaguardia de nuestros legítimos derechos. Cada uno de vosotros exprese su punto de vista sobre la decisión que se debe adoptar.

Tras un breve silencio, la discusión, mantenida al principio por algunos pocos consejeros, se generalizó. Cada uno examinó la cuestión desde su punto de vista particular, expresando su opinión acerca de la oportunidad de declarar la guerra a Felipe Augusto.

La mayoría consideraba que habiendo sido gravemente ofendido el rey en la persona de sus embajadores, había que castigar sin demora el agravio.

El conde de Nottingham, interpelado a su vez, dijo que compartía plenamente el parecer de los demás miembros, de manera que casi unánimemente se resolvió declarar y hacer la guerra al país vecino.

A tal efecto, tras encomendar a Robin la organización y financiación de un ejército, se determinó enviar a Felipe Augusto un embajador especial que le llevaría la noticia de la declaración de guerra.

Concluída la reunión el rey agradeció a todos y llamó a su lado al conde de Nottingham, manifestando que quería hablarle a solas.

—Ya lo has oído, Robin; está decidido que debo ir otra vez a la guerra. Quiero partir cuanto antes, para

no dejar tiempo de prepararse al enemigo. Tan pronto estén alistados mis hombres me embarcaré para Francia. Deseo dar de una buena vez a Felipe Augusto la lección que se merece. Pero no quisiera alejarme de aquí sin ti. Espero, por lo tanto, que me acompañarás con todos tus hombres. ¿Puedo contar contigo?

Robin quedó perplejo al oír las últimas palabras del rey. Permaneció un rato silencioso y luego respondió:

—Majestad, ya sabéis que os quiero y os estimo muchísimo, os he sido fiel y lo soy todavía con toda mi alma. Pero os ruego que me dispenséis de acompañaros a Francia.

El monarca fijó su mirada en los ojos de Robin y le dijo:

—Robin, creo adivinar el motivo de tu negativa...

—Sí, Majestad, es verdad; no puedo y no quiero alejarme de la tierra donde descansan los restos de mi fiel compañera y de mi hijo. No puedo evitarlo; debo quedarme cerca de las dos tumbas... Perdonad, Majestad, mi franqueza: mi decisión es irrevocable. Espero que no habré desagradado y decepcionado, por primera vez, a Vuestra Majestad.

Hubo un silencio prolongado... Ninguno de los dos pronunciaba palabra, pero su pensamiento era el mismo.

Al fin, Robin dijo:

—Pese a que no puedo acompañar a Vuestra Majestad, me permito poner a su disposición todos mis

hombres y mis bienes. Los unos, fieles y valientes, os harán mucha falta en la tierra extraña adonde os dirigís; los otros os serán, sin duda, de gran utilidad.

—Comprendo tu dolor, Robin — dijo el rey —; pero no entiendo por qué no quieres acompañarme, puesto que volveremos dentro de pocos meses. De todos modos, si tal es tu deseo, así sea.

—Gracias, Majestad; sabía que no recurría en vano a la bondad y comprensión de Vuestra Majestad. Os deseo el mejor éxito en esta empresa y que Dios os devuelva sano y salvo, porque Inglaterra y su pueblo os aman y os necesitan.

El rey estaba muy emocionado, pero haciendo esfuerzos por ocultarlo le dijo a Robin:

—Bien, vuélvete entonces a tu castillo y alístame los hombres de los cuales puedas disponer. Dentro de algunos días pasaré por allá y los uniré a los míos, antes de embarcarme para Francia.

Robin se disponía a besar la mano de su rey, cuando éste, no pudiendo ya resistir a la emoción, lo abrazó fuertemente. Conmovido hasta las más íntimas fibras de su ser, Robin abandonó el castillo real y volvió la misma noche a Nottingham.

IV

La partida de Ricardo I, Corazón de León, y su muerte (1199)

Algunos días después Robin recibía la visita de su rey, tal como había sido convenido. Ricardo encontró listos y bien pertrechados a más de mil guerreros, que antes de alejarse juraron fidelidad al rey. Este decidió partir a medianoche para llegar a la mañana siguiente al puerto de embarco.

Largas horas conversaron Ricardo I y Robin junto a la chimenea, en la cual ardían gruesos troncos. Evocaron los días felices transcurridos en compañía, y Ricardo expresó a su amigo el temor de no regresar de esta nueva aventura.

A medianoche se separaron. Robin permaneció largo rato en la torre de su castillo siguiendo con la mirada al ejército que se alejaba en la negra noche. Sabía

cuán arriesgada y peligrosa era esta nueva empresa y un triste presentimiento atenaceaba su corazón dolorido.

Corría el año 1199. Ricardo I, Corazón de León, rey de Inglaterra, que tenía a la sazón 52 años, se hallaba en tierra francesa luchando contra su tradicional enemigo el rey Felipe Augusto.

Ambos contendientes se habían encontrado en algunas batallas, las que, sin embargo, no habían aún decidido la guerra. Sólo cuando Ricardo I se encontró en el sitio del castillo de Chaluz Chabrol, en el Limosín, aconteció algo que decidió definitivamente la suerte de la contienda: Ricardo fué herido mortalmente por una lanza, que atravesó su loriga de plata alcanzándole el corazón. Murió instantáneamente.

Su muerte fué sentida por todos sus súbditos y aun por sus enemigos.

Y así concluyó Ricardo I, Corazón de León, rey de Inglaterra.

V

Sube al trono Juan Sintierra

La noticia de la trágica muerte de Ricardo se propagó con la velocidad del rayo. A los pocos días la supo Juan Sintierra. Este era el momento tan intensamente deseado y esperado por el hermano de Ricardo. Ahora subiría él al trono, reinaría y gobernaría en nombre propio y no por cuenta de su hermano y en sustitución de éste.

El rey Juan Sintierra era un hombre cruel y de carácter débil. Durante su reinado se verificaría un acontecimiento de enorme trascendencia histórica y política para las generaciones futuras.

El primer acto de gobierno de Juan Sintierra fué, ni falta hace decirlo, el de eliminar a los más íntimos amigos y colaboradores del rey anterior. Deseando gobernar a su entero arbitrio, resolvió quitar a los señores feudales y al pueblo los privilegios y las garantías de que gozaban.



LA NUEVA PROSCRIPCION DE ROBIN. — FIN DE LAS LUCHAS. — LA CARTA MAGNA (1215)

Con el reinado de Juan Sintierra sobrevino una recrudescencia de las luchas políticas entre la corona absolutista, por una parte, y los señores feudales, que trataban por todos los medios de conquistar libertades políticas, por otra.

El conde de Nottingham fué, naturalmente, uno de los primeros anotados en el bando de proscripción por el rey; confiscado su feudo y perseguido, tuvo que refu-

giarse una vez más en la selva de Sherwood, seguido por pocos pero fieles amigos.

Robin Hood volvió a la escena y fué en breve el abanderado de la reacción contra la corona. A él se sumaron casi todos los señores feudales, condes, barones y demás nobles, fueran sajones o normandos, pero todos unidos para conseguir un mismo fin.

La mayoría de los nobles y de la población estaba de su lado, quién apoyándolo secretamente, quién abiertamente.

Por espacio de quince años se mantuvo una épica lucha entre los dos exponentes de diferentes sistemas de gobierno. Fué una lucha que revistió variados aspectos, desde las tretas y artimañas para burlar a los enemigos, en las que Robin era ducho, hasta verdaderos hechos de armas en campo abierto, entre tropas igualmente bien equipadas y decididas a combatir hasta el fin.

Tratándose de una cuestión de vida o muerte, pues Juan Sintierra había condenado a Robin y a sus adeptos a la pena capital, de ambos lados se luchaba denodadamente. Pero el cruel Juan no perdía oportunidad de vengarse de los rebeldes si alguno caía en sus manos, haciéndolo torturar y matar sin piedad por sus verdugos.

Robin ya no era el alegre y despreocupado bandido de la selva; el dolor y las adversidades le habían envejecido, pero su ánimo esforzado había impuesto una

misión que lo espoleaba y renovaba sus fuerzas cuando caía en el desaliento.

Su espíritu de equidad, que ya conocemos, le impelía a combatir toda injusticia, toda usurpación, todo crimen perpetrado por el rey y sus secuaces.

Oíase otra vez en la selva, en los campos, en los villorrios, el grito temido de: "¡Robin Hood!... ¡Robin Hood!...", y era éste una vez más el símbolo de la rebelión y de la lucha contra el rey Juan Sintierra.

Pero ¿para qué luchaban estos valientes? La historia nos lo dirá:

El pueblo, apoyado por los barones y por Robin Hood, se sublevaba contra los abusos del rey; buscaba el medio de obligarlo por la fuerza a conceder determinadas garantías a sus súbditos, hasta que Juan Sintierra se vió obligado a firmar la Carta Magna, en 1215. Los nobles y el pueblo habían triunfado y conseguido el reconocimiento de esas garantías por las cuales habían luchado durante más de quince años.

Consistían éstas en la obligación, por parte del rey, de respetar los bienes de sus súbditos y no exigirles tributo sino con consentimiento de ellos, y de respetar sus personas, no castigándolos sino en virtud de juicio regular.

Se creó en aquella ocasión el Parlamento inglés. Los derechos y las libertades concedidos en la Carta Magna



estaban garantizados por dos asambleas, llamada una, Cámara de los Lores y la otra, Cámara de los Comunes.

En la primera ingresaban por derecho de nacimiento y por su título todos los nobles que poseían un feudo. La Cámara de los Comunes estaba compuesta por vecinos elegidos por las ciudades, y por los terratenientes de los condados.

Con la Carta Magna se establecieron por primera vez en Inglaterra los fundamentos de las libertades públicas, que servirían de ejemplo a las constituciones de los países más civilizados. Los reyes de Inglaterra deben, al subir al trono, ratificar las primeras contenidas en la Carta Magna, jurando observarla, pues consagra los derechos y deberes de los reyes y de los ciudadanos, constituyendo la base del derecho público de Gran Bretaña.

VI

Disolución de la banda

En estos últimos quince años Robin no había flaqueado en su lucha.

Cuando en 1215 el rey Juan Sintierra firmó finalmente la Carta Magna, ya no tenía nuestro héroe motivos para combatirlo: habían conseguido lo que anhelaban desde mucho tiempo atrás.

Como nuestros lectores recordarán, Robin y sus hombres se habían constituido en banda en las dos ocasiones en que debieron huir a la selva, no para cometer salteamientos y fechorías, sino para luchar por un ideal.

Sin embargo, ahora que ya nada tenían que hacer en el bosque, donde seguían viviendo, con el ocio forzoso empezaron a cundir discordias entre los hombres de Robin. Su autoridad había disminuído y ya no obedecían sus órdenes. Cada uno hacía su voluntad.

Robin era ya viejo. Sentía debilitarse sus fuerzas y decidió retirarse a su castillo de Nottingham, que después de la Carta Magna le había sido devuelto junto con todos sus bienes y su título de conde. Coincidió este proyecto con el deseo de todos los demás, que también habían sido reintegrados a la vida normal, habiéndoles reconocido el rey sus derechos.

Robin llamó, por lo tanto, a todos sus hombres y les dijo:

—Queridos amigos y compañeros: el momento de separarnos ha llegado; la lucha ha terminado con la victoria de nuestros derechos. Cada cual vuelva a su casa y reanude la vida de antes. Las pocas riquezas que han quedado de nuestras conquistas las distribuiré, en partes iguales, entre todos vosotros. Mi parte será dividida también, pues yo no necesito nada. Todos vosotros sabéis dónde queda mi castillo, y en caso de necesidad sus puertas os serán abiertas. Antes de dejaros deseo que dediquemos un recuerdo a nuestro querido compañero Much, quien ha muerto hace quince años ya, en el cumplimiento de su deber, al lado de nuestro bien amado e inolvidable rey Ricardo I, Corazón de León. A todos vosotros os doy las gracias por haberme seguido tan fieles y confiados durante todos estos años. Hemos pasado toda una existencia sufriendo, luchando y gozando juntos. Os conservaré siempre en mi memoria y en mi corazón.

Todos le escucharon en el más profundo silencio, tratando de retener las lágrimas que empezaban a correr por sus mejillas curtidas por el sol y las intemperies.

El padre Tuck rompió el silencio:

—Robin, ¿qué será del padre Rodolfo y de mí? Nosotros no podemos quedarnos solos en la selva. ¿Nos permites seguirte?

A lo que contestó Robin:

—Querido Tuck, querido Rodolfo: no he olvidado vuestra particular situación. Habéis sido mis valiosos colaboradores y consejeros por tantos años, que no sería justo que os abandonara ahora. Pero no creo acertado que me sigáis, pues yo mismo todavía no sé dónde iré. Necesitáis un lugar apropiado para el descanso y la oración y os lo he procurado en la abadía de Santa María. El padre Rodolfo deberá asumir el priorato de dicha abadía, mientras tú, Tuck, serás su segundo.

Por la tarde de aquel día, todos se dedicaron febrilmente a finalizar los preparativos para el viaje y se retiraron al caer la noche, pues habían proyectado partir a la mañana siguiente.

Empero, cuando al alba nuestros hombres oyeron la campana de la capillita llamar a misa, todos, sin cambiar palabra y con sólo mirarse, comprendieron que era la última vez que estarían juntos.

Terminada la función religiosa, silenciosamente, sin atreverse a mirarse, cada cual marchó por su camino...

Juanito y Robin quedaron solos.

—¿Recuerdas, Robin, cuando nos encontramos por primera vez, hace veinte años, en este mismo lugar?

—dijo Juanito.

—Sí, Juanito — contestó Robin —; cierro los ojos y evoco toda mi vida y todas mis aventuras, las más alegres y las más tristes. ¿Cuántas emprendimos juntos?... Aquí mismo, donde ahora estamos, Mariana me confió al oído que iba a ser madre... Más allá, la capilla de donde salimos juntos, con nuestro hijito en los brazos, después de su bautismo... Y ahora ¿qué me queda de ellos sino el recuerdo en mi alma dolorida?

Amargas lágrimas, las primeras después de largos años, llenaron los ojos de este hombre endurecido por las penurias, afanes y desgracias de una vida azarosa.

—Vamos, vamos... a no entristecerse ahora. Piensa que desde donde se encuentran, tu Mariana y tu Ricardo, tal vez te estén mirando y les cause pesadumbre tu tristeza. Y si en esta tierra ya no tienes a nadie, recuerda que yo estoy aún a tu lado, que te seguiré siempre, dondequiera que vayas.

Robin se hallaba demasiado emocionado para poder hablar; un nudo se le había formado en la garganta y estaba a punto de sollozar como un niño. Reaccionó, no obstante, y saltó sobre su caballo siendo imitado por Juanito, y ambos se pusieron en marcha silenciosamente,

abandonando para siempre su efímero reino de la selva de Sherwood.

Pero antes de alejarse definitivamente, Robin quiso visitar todos los lugares que habían sido testigos de sus hazañas y de sus momentos de felicidad.

Largas horas duró aquel triste peregrinaje. Las hojas amarillentas caían de los árboles y cubrían los senderos mojados por una lluvia fina y monótona. Nuestros caballeros estaban empapados hasta la medula y seguían caminando. Robin rememoraba sus aventuras y hablaba... hablaba...

Recordaba que en aquel sitio había reunido por primera vez a sus fieles...; allá, un poco más lejos, habíase encontrado por primera vez con un magnífico alce real, su primer amigo en la selva. Recordaba mil ocurrencias de su vida pasada y las iba refiriendo a Juanito, quien galopaba a su lado.

Juanito se percató de que Robin cabalgaba con la mirada fija en el vacío, hablando consigo mismo y ajeno a cuanto le rodeaba.

—Juanito, allá, detrás de aquel árbol, veo a Mariana que se esconde, que me llama; sí... ahora la veo bien, es ella, y a su lado está Ricardito, nuestro pequeño... Juanito, detrás de todos esos árboles veo sombras; ¿por qué se esconden nuestros amigos?... Parece que me huyen... ¿Qué mal les hice yo?

Juanito miró a su compañero, que miraba la espesura con ojos despavoridos. Lo llamó por su nombre, le pasó la mano por delante de los ojos: Robin no dió muestras de haberlo oído o visto. Le tocó la mano y comprobó que ésta ardía.

Había llegado el momento en que ese organismo resistente y hecho a todas las incomodidades, privaciones y luchas, estaba por ceder bajo el peso del dolor y de la enfermedad.

Durante muchas horas siguieron cabalgando, salieron de la selva, atravesaron campos y cruzaron ríos. Juanito no perdía de vista ni un solo momento a Robin; éste continuaba delirando, creyendo que al fin se iba a reunir con su amada, que lo estaba esperando.

Al caer la noche el tiempo varió; la lluvia cesó y comenzó a sentirse un frío intenso. Sus trajes, empapados, se helaron.

Por fin llegaron a una hostería, delante de la cual Juanito vió muchos carruajes. Golpeó a la puerta pidiendo alojamiento. El hostelero le contestó:

—Lo lamento, caballero, pero no puedo daros hospedaje. Con esta lluvia tengo desde hace tres días la casa tan llena, que no cabe ninguno más.

—Pero mi compañero está enfermo — repuso Juanito con voz afligida —. No puedo seguir con él en este estado; puede morir en el camino...

—Me es imposible complaceros, caballero; pero es probable que en un convento distante de aquí una legua os concedan alojamiento y asistan al enfermo.

Sin perder más tiempo Juanito le dió las gracias y guiando por las riendas al caballo de Robin siguió adelante, en la dirección indicada por el hostelero.

VIII

Muerte de Robin

Mientras tanto, en la celda de Robin se desarrollaba una escena bien distinta.

La abadesa entró en la celda de Robin y quedó mirando fijamente al enfermo, como si hubiese visto a un espectro. Ese rostro despertaba en su mente, evidentemente, recuerdos de lejanos tiempos; pero estos recuerdos no debían ser muy gratos, pues sus facciones se crisparon en una mueca dolorosa. Sus labios temblaron y con voz enronquecida preguntó:

—¿Cómo os llamáis, caballero? ¿Sois hijo, acaso, del conde de Nottingham?

Robin, que no advirtiera el cambio producido en la fisonomía de la superiora, respondió:

—Sí, madre, soy el único hijo del conde de Sherwood y me llamo Robin...

Al oír estas palabras el rostro de la abadesa se cubrió de una palidez mortal; sintió que sus piernas vacilaban y temió desvanecerse. En pocos instantes retrocedió con la memoria cincuenta años; toda su juventud, su triste experiencia, su renuncia a los bienes terrenales pasaron por su mente en ese momento.

¿Cuál era la historia de esa mujer? y ¿qué hechos suscitaban estas emociones?

Debemos relatarla brevemente, pues está íntimamente ligada a la historia de Robin y a su fin.

Cincuenta años atrás existían dos jóvenes que se amaban y debían casarse; era ella la hija mayor de un acaudalado señor y se llamaba Beatriz de Muelnet; era él el joven conde de Nottingham. Para festejar el noviazgo, los padres de Beatriz dieron una suntuosa fiesta en su palacio. Quiso el destino que al llegar al castillo el joven Walter de Nottingham topase con una hermosa joven que asistía a la fiesta; Walter y la desconocida cruzaron sus miradas y quedaron prendados uno de otro.

Ya no era posible que Walter y Beatriz se casasen: la joven recién encontrada había de ser su esposa. No tardaron en confesarse su amor; pero ella era Rosalinda, hermana menor de Beatriz, que acababa de llegar del convento. El conflicto entre ambas hermanas era inevitable, mas Rosalinda fué la elegida por Walter, y se casaron.



El mismo día Beatriz tomaba el hábito. Pero nunca fué una verdadera esposa de Jesús, pues su corazón quedó cerrado a todo sentimiento de bondad y de piedad. La imagen del hombre que había amado la persiguió durante toda su vida.

Ahora, después de cincuenta años, veía la reproducción de las facciones de aquel hombre en el rostro envejecido de Robin.

La voz de éste la despertó a la realidad.

—Madre, ¿podéis ayudarme? Me siento morir. . .

—Sí, en seguida trataré de aliviar tus dolores. . .

En la cara de la monja se reflejaban sentimientos encontrados: ora parecía querer aliviar al enfermo, ora querer enterrarle un cuchillo en el corazón.

La idea de realizar una venganza, aunque tardía, tentaba a su alma amargada y le contraía horriblemente el rostro. Empezaba ya a saborear este sentimiento malvado, ignorado por los corazones simples y puros, y una lucha atroz se desarrollaba en su corazón, entre el deseo de venganza, más fuerte que su voluntad, y la conciencia de su deber de religiosa.

Mas se decidió por la venganza.

En su ofuscamiento comprendía, sin embargo, que no debía dejar rastro alguno de su acto, consciente de la infamia de que Robin muriese por obra de su propia tía...

Simulando piedad y compasión, se le acercó y con voz insinuante le dijo:

—No temas, te cuidaré y te salvaré. Pero para disminuir la fiebre debo hacerte ahora mismo una sangría.

—Estoy dispuesto, madre; haced la sangría, con tal que mejore. ¡Tengo plena confianza en vuestras curas y en vuestra bondad!

En este momento entraba Juanito, quien había oído las últimas palabras de Robin.

La madre superiora se hizo dar el cuchillo de Juanito, con el cual practicó una profunda sangría en el brazo derecho del enfermo. Luego exclamó:

—¡Dios mío! Hacen falta vendas para ligar la herida... Esperadme un momento, voy a buscarlas y vuelvo en seguida.

Mas tardó mucho la priora en volver... Y mientras tanto, Robin se desangraba.

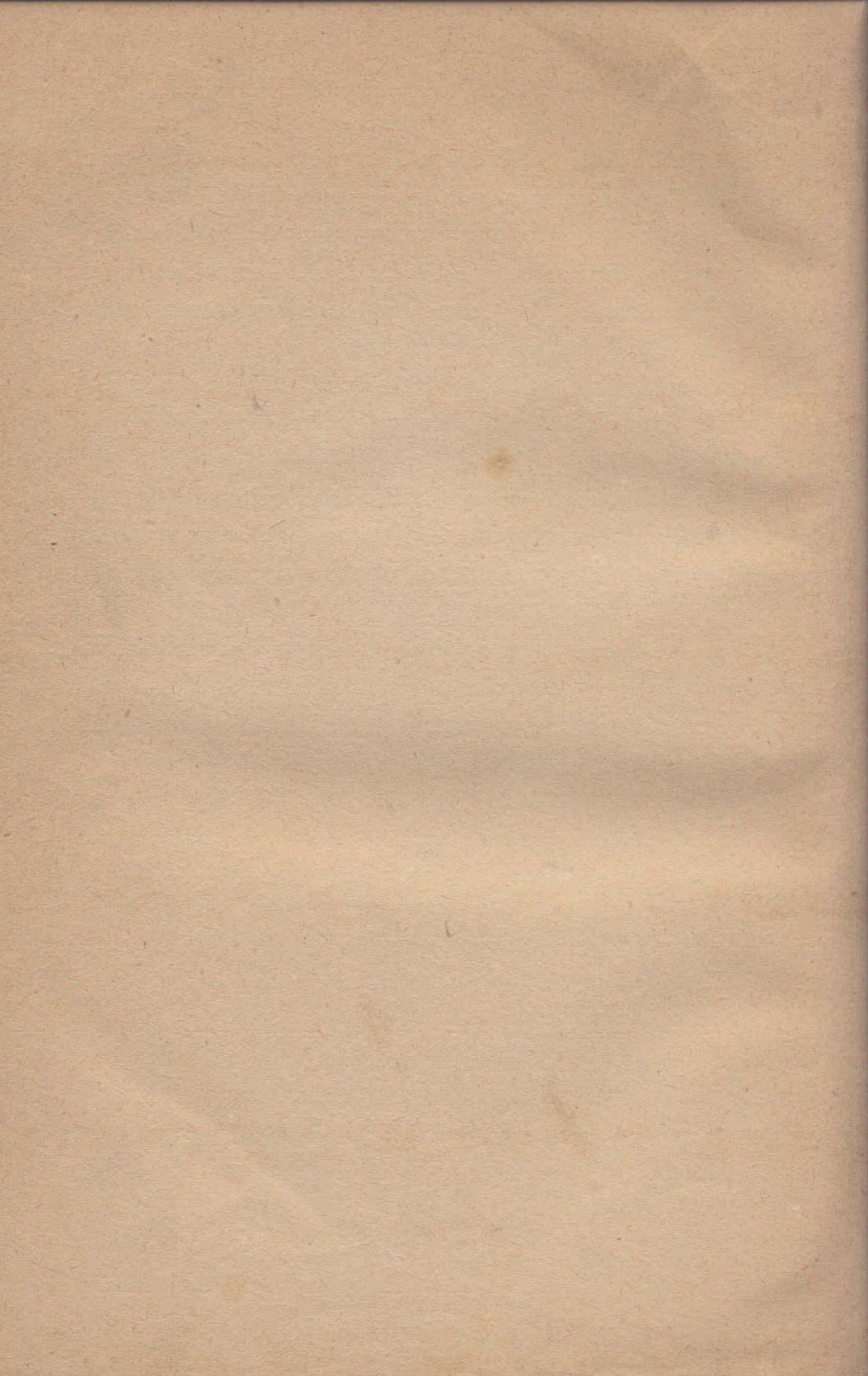
—Juanito, me siento morir, ya no tengo fuerzas. Creo que aquí quisieron matarme... No importa... ya he vivido bastante... Perdono a todos los que me hicieron mal... Ahora me encontraré con mi adorada Mariana, con mi pequeño Ricardito... Adiós, Juanito...

Sin concluir la frase, expiró en los brazos de su fiel amigo.

Así murió un héroe cuyas hazañas se convirtieron en leyenda y están arraigadas en la tradición del pueblo inglés, y vivirán eternamente en el alma de todo corazón noble y sensible.

Como de Beethoven, podríase decir de él que "hasta la tumba sintió su corazón palpar por todos los hombres, ofrendó su carne y su sangre al mundo entero. Así fué, así murió y así seguirá viviendo en todos los tiempos".

Tal fué el signo de Robin.



I N D I C E

Biblioteca "Jose M Estrella"

Esc N^o 18

N ^o	Rés	Vence	N ^o	Rés	Vence
131	5-7-83	12-7-83			

PRIMERA PARTE

	Pág.
I. — Introducción a la leyenda	11
II. — Las ocho hadas	13
III. — La huída de Robin	16
IV. — La selva de Sherwood	18
V. — El mercader y la alfombra	20
VI. — Los primeros contactos con los animales de la selva	24
VII. — Formación de la banda de Robin y juramento de su propia ley	27
VIII. — La primera burla de Robin	31
IX. — Robin se hace pasar por mercader	34
X. — Las cuatro manzanas	37
XI. — Presentación de Guy de Gisborn y sus compinches	41
XII. — El alfarero	45
XIII. — Una aventura en la selva	49
XIV. — Conocemos a Mariana y a Raúl de Bellamy	56
XV. — Juanito y Much	64
XVI. — El padre Tuck se une a la banda	66
XVII. — Un duelo entre Robin y Guy	74
XVIII. — Los novios y el casamiento de Robin y Mariana ...	78

SEGUNDA PARTE

	Pág.
I. — La peligrosa aventura de Much y su encuentro con el barón Ricardo en las prisiones del Castillo	85
II. — El pasaje secreto y la salvación	98
III. — Donde se habla de Ricardito y del rapto de Mariana	108
IV. — Iron, el caballero desconocido	113
V. — Un consejo de guerra, un plan ingenioso y su feliz éxito	118
VI. — El padre Tuck va a la ciudad	127
VII. — Vuelve acompañado por los titiriteros y el padre Rodolfo de Boulon	133
VIII. — La primera función de los titiriteros	150
IX. — Un poco de historia	152
X. — El caballero desconocido revela su identidad y Ricardo I, Corazón de León, perdona a Robin y a su banda	156

TERCERA PARTE

I. — Una fiesta en el castillo	169
II. — La muerte de Mariana y su hijo	178
III. — El conde de Nottingham asiste a un consejo de la corona	182
IV. — La partida de Ricardo I, Corazón de León, y su muerte (1199)	187
V. — Sube al trono Juan Sintierra	189
VI. — Disolución de la banda	194
VII. — El convento - Historia de la tía de Robin	201
VIII. — Muerte de Robin	203

